



Universidad de Quintana Roo

DIVISIÓN DE CIENCIAS POLÍTICAS Y HUMANIDADES

Construcción de la identidad en Quintana Roo Una visión microhistórica (1902-1974)

Tesis presentada para obtener el grado de

Maestro en Ciencias Sociales

Sustentante:

Lic. Eduardo Villarreal Rosado

Director:

Dr. Martín Ramos Díaz

Chetumal, Quintana Roo, Junio de 2009.



Universidad de Quintana Roo

Tesis presentada para obtener el grado de

Maestro en Ciencias Sociales

Construcción de la identidad en Quintana Roo

Una visión microhistórica (1902-1974)

COMITÉ

Director:

Dr. Martín Ramos Díaz

Lector:

Dr. Raúl Arístides Pérez Aguilar

Lector:

Dr. Gustavo Rafael Alfaro Ramírez

Chetumal, Quintana Roo, Junio de 2009.



Universidad de Quintana Roo.

***Maestría en Ciencias Sociales Aplicadas a Los
Estudios Regionales***

Construcción de la identidad en Quintana Roo
Una visión microhistórica (1902-1974)

Sustentante:

Eduardo Villarreal Rosado

98-02135

Director de Tesis:

Dr. Martín Ramos Díaz

Chetumal, Quintana Roo, Junio de 2009.

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 1 |
| Capítulo I.- Referentes teóricos | 3 |
| Presentación | 3 |
| 1.1 Un paradigma de la identidad | 4 |
| 1.2 Identidad étnica | 8 |
| 1.3 Fronteras interétnicas | 12 |
| 1.4 Identidad nacional | 14 |
| 1.5 Sociedades multiculturales | 16 |
| 1.6 El enfoque michohistórico | 18 |
| <i>1.6.1 Las historias de vida.</i> | 19 |
| | |
| Capítulo II.- Cronología | 20 |
| Presentación | 20 |
| 2.1 La delimitación territorial entre México y Belice y la erección del Territorio Federal de Quintana Roo | 21 |
| 2.2 El porfiriato y la fundación de Payo Obispo | 23 |
| <i>2.2.1 El gobierno del General Ignacio A. Bravo</i> | 25 |
| 2.3 El período revolucionario en Quintana Roo. La primera anexión a Yucatán | 28 |
| 2.4 El poblamiento de la selva quintanarroense y el chicle | 30 |
| 2.5 Segunda desaparición de Quintana Roo. Comité Pro-Territorio | 32 |
| 2.6 Gobierno del General Rafael E. Melgar | 34 |
| 2.7 Margarito Ramírez | 36 |
| <i>2.7.1 El ciclón Janet</i> | 36 |
| 2.8 Aarón Merino Fernández | 38 |
| 2.9 Hacia el Estado libre y soberano de Quintana Roo | 39 |
| <i>2.9.1 Rufo Figueroa</i> | 39 |
| <i>2.9.2 Javier Rojo Gómez</i> | 39 |
| <i>2.9.3 David Gustavo Gutiérrez Ruiz</i> | 39 |

| | |
|---|-----|
| Capítulo III.- Historias de vida | 41 |
| Presentación | 41 |
| 3.1 Manuel Rosado Rivero | 42 |
| 3.2 Olga Canul Canul | 46 |
| 3.3 Clara Alicia Rosado Acosta | 63 |
| 3.4 Mario Gerardo Castellanos Álvarez | 76 |
| | |
| Conclusiones | 93 |
| Presentación | 93 |
| 4.1 La materia formadora | 95 |
| 4.2 Los hechos significativos | 97 |
| 4.3 La identidad en el Territorio de Quintana Roo | 100 |
| | |
| Fuentes de información | 104 |
| Bibliografía | 104 |
| Fuentes Electrónicas | 107 |
| Archivos | 107 |
| Entrevistas | 108 |

A Elisa y a Jorge, gracias por darle sentido a mi existencia.

Introducción

A lo largo de los últimos treinta y cinco años (1974-2009) ha sido propósito de las diversas administraciones gubernamentales que se han sucedido en Quintana Roo, enraizar en la sociedad un sentido colectivo de apropiación y pertenencia hacia la entidad a través de la emulación de aspectos y elementos relacionados con los procesos histórico-sociales mediante los cuales se conformó el estado. Dichos procesos resultan sumamente relevantes en cuanto a que han constituido tanto la forma como el fondo de la esencia social, cultural y política de lo que hoy es Quintana Roo.

El presente estudio busca exponer un panorama descriptivo de la identidad en Quintana Roo en el período en que la entidad fue Territorio Federal (1902-1974), considerando la manera en que se fueron desarrollando las vivencias colectivas y los intercambios simbólicos entre los pobladores en función de la dinámica cotidiana, atendiendo a los procesos tanto políticos como sociales que derivaron en la construcción dirigida del estado.

En este sentido, se ha realizado el presente trabajo a partir de la perspectiva microhistórica, en donde desde la historia oral, se muestra una visión muy particular de las experiencias poblacionales en el período histórico de estudio. Dicha visión se complementa con una revisión histórico-bibliográfica que abarca desde los acontecimientos precedentes al edicto que dio origen a Quintana Roo como territorio, hasta los que derivaron en la promulgación del decreto que le constituye como estado. Con ello se propone establecer un mapa histórico-social que de cierta manera nos permita contrastar desde diferentes miradas los procesos a partir de los cuales se está conformando la identidad quintanarroense.

El estudio se divide básicamente en cuatro apartados; el primero de ellos se avoca a sustentar teóricamente la investigación, enmarcándola en el estado del arte respecto a los diferentes enfoques conceptuales sobre los temas de identidad y microhistoria.

La segunda parte del documento se dedica a la síntesis de los principales acontecimientos históricos del período referido, mediante una revisión histórico-bibliográfica que atiende especialmente a aquellos sucesos y procesos que pudiesen representar detonantes y generadores de un incipiente sentido de identidad.

El tercer apartado presenta cuatro historias de vida representativas del momento histórico estudiado; la finalidad de este capítulo es conocer de viva voz (desde la perspectiva que solamente la microhistoria puede ofrecer) los matices diferenciados de las experiencias y representaciones simbólicas de personas que vivieron los acontecimientos abordados, de personas que construyeron sus vidas en ese contexto y en esas condiciones sociales, económicas y políticas, y sobre todo, que construyeron una forma *sui géneris* de ver la vida, de vivirla, de sentirla.

Finalmente, el cuarto capítulo presenta las conclusiones; busca exponer un panorama argumentativo de cómo surgieron en el período de estudio detonantes sociales como el tipo de poblamiento y sus características, la constitución de redes sociales, etc, que han servido para la construcción de una identidad. Cabe señalar que en este apartado no se pretende afirmar si existe o no una identidad en este período, sino como el título del trabajo lo indica, presentar una visión desde el enfoque microhistórico de los factores constitutivos de un proceso de construcción de la misma.

Eduardo Villarreal

Capítulo I.

Referentes teóricos

Presentación

Dada la necesidad de cumplir con el rigor científico necesario para todo trabajo de naturaleza académica, se inicia el presente documento con este primer capítulo, el cual consiste en el bosquejo de una estructura teórica que muestra diferentes categorías de análisis que se presentan en los estudios sobre el tema de identidad, tales como *identidad étnica*, *fronteras interétnicas*, *identidad nacional* y *sociedades multiculturales*, a partir de diferentes enfoques y corrientes conceptuales como el interaccionismo simbólico, el funcionalismo, la perspectiva fenomenológica social, la escuela francesa de sociología y la teoría crítica alemana. De igual forma, se presenta una breve descripción de la teoría y el método de los estudios microhistóricos, tomando como referente principal la corriente de Giovanni Levi y Carl Ginzburg. Como ya se ha mencionado anteriormente, el objetivo de este apartado es proporcionar el andamiaje teórico de la investigación que fungirá como sustento conceptual para el análisis de los procesos históricos que han servido como vehículo en la conformación de una identidad quintanarroense.

1.1 Un paradigma de la identidad

Considero conveniente precisar en primera instancia algunas acepciones teóricas sobre la definición y conceptualización de identidad. Para este fin, tomaré como referencia las reflexiones de Jorge Luis Cruz Burguete (1998), quien contextualiza la identidad dentro de cinco corrientes sociológicas: el funcionalismo, el interaccionismo simbólico, la fenomenología social, la escuela francesa de sociología y la teoría crítica alemana; cada una con diversas particularidades igual de valiosas (e incluso complementarias) para el análisis teórico.

En primera instancia, Cruz Burguete precisa que la identidad es el resultado de un proceso social que denomina “la interacción simbólica”, que consiste en el intercambio recíproco de elementos simbólicos entre individuos que coexisten en una misma colectividad. Dicho intercambio surge y se desarrolla en la convivencia cotidiana con los demás, en la “acción social”, que es el proceso comunicativo, tomando en cuenta condiciones contextuales propias del medio social. Es de esta forma como retoma la idea de Parsons (1975) respecto a las *relaciones recíprocas*, que existen entre la acción individual y la estructura social:

A través de la interacción simbólica, el individuo aprende a utilizar y desarrollar códigos generalizados que puedan interrelacionar una concepción del otro concreto, con categorías y colectividades generalizadas. Ésta es la base, en el proceso de socialización, de la interiorización de los sistemas culturales y sociales (Parsons, 1975: 171).

También en este sentido, define la socialización como el mecanismo a través del cual se da el significado social de las ideas, respondiendo a la relación recíproca de interdependencia que se establece entre el individuo y la sociedad; es decir, la acción que realiza el individuo al identificarse con un grupo de referencia y pasar a formar parte del conjunto, asumiendo el mismo papel del “otro generalizado” a través de las influencias sociales. Así, el actor social que se encuentra en grupos ajenos al propio, tiene la necesidad

de “reformular” y “manipular” su identidad individual para poder “encajar” en el nuevo medio social en que se desenvuelve.

De esta manera, plantea que la identidad es resultado de la socialización porque surge y se desarrolla en la interacción cotidiana entre el individuo y la colectividad: el debido miramiento a las reglas sociales que norman lo que se debe hacer para pertenecer a dicha colectividad, aquellas acciones que se deben “controlar” para evitar la exclusión del grupo, y la constante retroalimentación individuo-sociedad. Aunado a esto, aduce que la identidad se configura en tres dimensiones: 1) En su carácter *locativo*, ya que se ubica en un “mundo simbólico” definido por la sociedad. 2) En su tipología *selectiva*, ya que ordena preferencias, alternativas y acciones; y 3) En su tendencia *integradora*, en cuanto a que unifica experiencias pasadas, presentes y futuras. Aun más, comenta que al no ser la identidad un fenómeno directamente observable, no puede ser inferida a partir de comportamientos explícitos.

Ahora bien, ya acotadas de manera somera las colindancias teóricas respecto al tema, Cruz Burguete puntualiza que el papel de la identidad visto desde la corriente funcionalista¹ es secundario, ya que únicamente se limita a “mantener el modelo”, es decir, a asegurar la persistencia del *sistema*² a través de la integración social; donde los cambios sociales son producto de dicha integración de los individuos. Así, la identidad es vista como el “cemento” que mantendrá unido al grupo.

En lo que se refiere al interaccionismo simbólico, maneja que la identidad es producto de la confluencia de las reglas de interacción y de los convencionalismos que se dan al interior de una sociedad. En este sentido, la identidad es móvil y sujeta a una constante negociación.

¹ No entraré en detalles respecto al funcionalismo, ni a cualquiera de las otras cuatro corrientes sociológicas mencionadas, ya que no pretendo hacer más tortuosa y/o extensa la lectura, además de que su enunciación es meramente referencial.

² Entendiéndose como: [la] *combinación de partes reunidas para obtener un resultado o formar un conjunto* (Gran Diccionario Enciclopédico Visual, 1994: 1123).

Por otro lado, la perspectiva de la fenomenología social, mantiene que la identidad no es otra cosa más que un “mapa de significados” que se imprime en la psique del individuo y le define.

La escuela francesa de sociología contempla la identidad en función de la existencia de una “memoria colectiva”, que se manifiesta en tiempos y espacios diversos a partir de los cuales los actores sociales construyen su propia conciencia. Esta memoria conserva del pasado lo que está todavía vivo y es significativo para dicha conciencia social. De esta manera, la identidad surge como un continuo y cíclico proceso de aprendizaje de lo colectivo.

Por último, Cruz Burguete señala que la teoría crítica alemana se basa en el postulado de la “acción comunicativa” como medio de socialización, en donde la función de la identidad es lograr la integración social y sistémica, así como la evolución sociocultural. Refiere dos fases de integración de las identidades: la integración simbólica, que no es otra cosa que la conciencia colectiva (los ritos, por ejemplo, cumplen la función de cohesionar al grupo a través de un aparato simbólico), y la integración comunicativa, basada en identidades grupales cuyos valores se superponen a los de la colectividad (refiriéndose un poco a las teorías de identidad nacional, que más adelante son tratadas).

Otros autores, como Su Kim (2003), definen la identidad como la forma en que la gente entiende su relación con el mundo, cómo esas relaciones se construyen a través del tiempo y el espacio, y cómo la gente comprende sus perspectivas y posibilidades en el futuro. Su Kim menciona que los individuos se encuentran en un constante proceso de construcción de su identidad, reformulando continuamente su percepción del “yo”, misma que funge como reguladora del comportamiento. Sin embargo, el planteamiento más significativo que aporta, es la idea de que en una era en que las transformaciones sociales se suceden rápidamente respecto a estructuras, relaciones, tradiciones, creencias e ideologías; existe una presión que impulsa a las sociedades a reinventarse y redefinirse a sí mismas constantemente, desde nuevos puntos de referencia (Su Kim, 2003: 138). Además, esgrime que los espacios (estratégicos o no) en los que el individuo participa en la dinámica de su

colectividad, también cambian frecuentemente en busca de aceptación y de un sentido de pertenencia (Id: 137). Menciona que la identidad no es solamente la concepción que tiene el sujeto de sí mismo, sino la interpretación individual de la definición de la sociedad sobre sí, ambos aspectos inmersos dentro de un subgrupo social (Llámesese familia, comunidad, etc), y de una población mayor (país y/o nación).

De este modo, justifica cuatro aseveraciones generales respecto a la identidad. Primero, sugiere que existe una multitud de acepciones del “yo” que pueden ser desmenuzadas y diferenciadas a través del conocimiento e identificación del lenguaje, en el presente y en el pasado; segundo, aduce que la identidad es producto de modelos culturales que surgen de prácticas ideológicas y sociales; tercero, afirma que el “yo” se encuentra en constante proceso de negociación y construcción entre actores a través del discurso; y cuarto, alega que todo lo anterior deriva en una permanente lucha interna en el individuo como autor de su propia identidad en el sentido de la dirección que ha de tomar.

1.2 Identidad étnica

Ya bosquejadas de cierta manera algunas generalidades sobre identidad (aunque claro está que podríamos continuar exponiendo otras de sus diversas acepciones teóricas, de acuerdo a múltiples corrientes sociológicas, filosóficas, etc), pasemos a abordar la primera de las categorías de análisis que nos concierne respecto a este tema.

La identidad étnica es la base de la concepción del “yo” del individuo (después de la familia), ya que es a partir de ella como el actor social se percibe como parte de algo mayor, como elemento de un conjunto particular, idea que en cierta medida proporciona un sentido a la propia existencia del sujeto respecto a la de la colectividad. Sin embargo, para una mayor precisión, me apoyaré en la disquisición de Valk (2001), quien expone que la etnicidad se observa por lo general como el foco de la identidad, y se le adscribe frecuentemente junto a otras categorías de estudio como género y raza. Menciona que una característica específica y principal de la identificación de un grupo étnico es su fundamentación en una creencia de origen común, lo que le proporciona una naturaleza histórica orientada hacia el pasado. Esta característica no se presenta en ninguna otra categorización social.

Valk coincide con muchos otros autores en que no existe una sola definición de identidad étnica ampliamente consensuada; sin embargo, aborda el tema tomando en cuenta los aspectos más subrayados en la mayoría de los estudios al respecto: los sentidos de pertenencia y compromiso para con el grupo, las actitudes que asume el individuo hacia éste, y los aspectos culturales que todo esto engloba. A partir de lo anterior, define la identidad étnica como: a) una combinación de actitudes de un individuo hacia su grupo de origen, así como de sus prácticas culturales comunes y b) el sentimiento de pertenencia hacia el mismo (Valk, 2001: 583).

Aún más, puntualiza que dentro del marco de la teoría de la identidad social, la identidad étnica se considera una forma específica y multidimensional; y esta multidimensionalidad ha sido examinada a partir de la importancia de distinguir entre los diversos espacios que posee. Especifica que algunos investigadores se enfocan a aquellos

elementos únicos de la identidad étnica que diferencian ciertos grupos (lenguaje, religión, preferencias endogámicas, etc.), mientras que no permiten comparaciones intergrupales; sin embargo, el sentido de pertenencia a un determinado grupo es común a todos los individuos. Este factor, junto con las actitudes positivas hacia dicho grupo de origen, es solamente una de esas dimensiones que se mencionan al inicio del párrafo.

Comenta que otro componente de la identidad étnica ampliamente estudiado es el sentido de auto identificación como miembro de un conjunto. En las teorías de auto categorización, dicho sentido es considerado y definido como “identidad”; y de acuerdo a esto, la auto categorización es una acentuación de las similitudes y diferencias entre miembros del mismo grupo y miembros de otros grupos. La categorización opera junto con la comparación social que genera comportamientos grupales específicos (diferenciaciones intergrupales, racismo, segregación étnica, etc). En resumen, resulta lógico que las diferenciaciones intergrupales deriven en preferencias en el individuo, por lo que este aspecto puede ser considerado como un componente inherente a la identidad étnica (Id.: 585).

De esta manera, señala que los sentidos de pertenencia y orgullo hacia el grupo de origen no necesariamente implican la existencia de sentimientos similares u opuestos hacia otros grupos, sino que la importancia y extensión de las distinciones entre diferentes culturas varía dependiendo de la disposición y las estrategias de aculturación de individuos que pertenecen simultáneamente a dos o más culturas. Por ejemplo, un grupo minoritario que se encuentre en constante contacto con otros grupos o con una sociedad mayoritaria, probablemente hará menos distinciones intra grupales.

Otro autor que aborda puntualmente el tema de la etnicidad es Bacon (1999), quien indica que la identidad étnica es tanto individual como colectiva, por lo que todos tenemos nuestro propio sentido personal de etnicidad. Menciona que el individuo es capaz de escoger una “etiqueta étnica” (Bacon, 1999: 141), un espacio que irá llenando con una identidad que aglomere cierto número de elementos culturales (lengua, religión, hábitos alimenticios, etc), que le definirán como un “ser étnico”, aunque dichos elementos varíen a

lo largo del tiempo (por supuesto, hablamos de elementos que se encuentren disponibles en la gama que presenta la sociedad en que el individuo se desenvuelva). Explica también que la identidad étnica es un proyecto colectivo que se desenvuelve y desarrolla en la arena pública, en la interacción social del grupo.

Bacon plantea que esta concepción es aplicable también entre grupos generacionales, con la variable de que la identidad étnica entre un grupo generacional y otro tendrá siempre cambios que pueden ser grandes o no, pero nunca drásticos; aunque él lo postula como otra identidad emergente, principalmente en grupos de segunda generación entre inmigrantes (tal es el caso de Quintana Roo).

Para complementar este apartado, igualmente retomamos las ideas de Ueli Hostettler (2004), quien refiere en primera instancia que el ser humano posee una propensión innata para distinguir entre el *yo* y el *otro*, así como para asociar y elevar esas categorizaciones a *nosotros* en relación a *otros*. Interpreta que es en este constante proceso de distinciones sistemáticas que se delimitan, mantienen y legitiman las fronteras sociales de grupo, por lo que argumenta que una categoría social como lo es la etnicidad resulta un parámetro que particularmente nos proporcionará una clara instancia para el estudio de procesos de construcción cultural (identidades).

También comenta que en muchos casos, éstas categorizaciones (*nosotros - otros*), son construidas deliberadamente por grupos (externos o no) mayoritarios que, en detento del poder y con fines e intereses específicos, deliberadamente abren o cierran las brechas de la otredad, aludiendo a diversos factores como: raíces y orígenes históricos comunes, haber compartido espacios de confluencia cultural, social y/o política, etc. (Hostettler, 2004: 187-188).

Indudablemente uno de los factores fundamentales para la conformación de la identidad étnica es la influencia del haber nacido dentro de un contexto cultural y social particular; sin embargo, existen otras manera a través de las cuales un individuo o un grupo se apropia de una identidad que no es la de su origen o nacimiento, tal como sucede cuando

se da entre grupos o individuos disímiles una interacción continua y prolongada, combinada con la afinidad hacia el grupo al que se está adscribiendo. Así, Hostettler niega que la constitución de la identidad étnica se de exclusivamente en función de un origen histórico ó étnico común, sino que pueden existir otros factores dentro de un contexto de heterogeneidad cultural, que con el paso del tiempo y a través de procesos dirigidos estratégicamente, den como resultado un sentido identitario compartido; es decir, la identidad no se basa (o debe basarse para su estudio) en la existencia de categorizaciones inherentes a un grupo o grupos determinados de individuos, sino en la utilización individual de dichas categorías en la interacción social.

Hostettler también hace especial referencia a la educación pública como medio idóneo para construir y legitimar una identidad a través de un discurso inculcado y dirigido, con fines específicos (unión nacional, integración, intereses económicos, etc). ¿Porqué la educación pública? Hostettler responde que es a través de las nuevas generaciones como se podrán dar los cambios estructurales en los patrones que conforman la identidad de un grupo (Ibid.).

Para finalizar, plantea que la manera de abordar los estudios sobre identidad étnica debe ser documentando y analizando los procesos sociales que dibujan grupos definidos dentro de jerarquías también definidas, así como la manera en que dichos procesos operan en la práctica cotidiana, para conocer de esta forma cómo las identidades, una vez establecidas, se perpetúan, modifican o deshechan. Sin embargo, reconoce que ninguna postura teórica posee suficiente solidez de argumentos para explicar, por sí sola, la complejidad de los procesos de conformación y construcción de la identidad, por lo que propone un acercamiento interdisciplinario para afrontar los estudios sobre este tema.

1.3 Fronteras interétnicas

Ya delimitados los parámetros a través de los cuales se construyen (y se estudian) las identidades étnicas, surgen las siguientes interrogantes: ¿Cuáles son los alcances de las diferenciaciones intergrupales?, ¿hasta dónde llegan los límites de la etnicidad? (tanto teórica, como prácticamente). Sanders (2002) concibe las fronteras étnicas como *patrones de interacción social* que confirman la distinción intergrupala; plantea que en general existen varias maneras en que puede abordarse el tema de las fronteras étnicas entre grupos que conviven en una misma sociedad, enfatizando elementos tanto culturales como geográficos. Respecto a los primeros, se toma en consideración la construcción social que se desarrolla a partir del conocimiento consciente por parte de los individuos pertenecientes a los diversos grupos que confluyen, de las diferencias culturales (tanto creencias como prácticas) que les definen como diferentes de los otros. Los segundos se remiten a los diversos orígenes histórico-geográficos de grupos también diversos, que marcan conductas sociales y culturales, ajenas a las que presenta lo que Sanders llama la “sociedad huésped ó mayor” (Sanders, 2002: 327), que es a final de cuentas el espacio social donde han de converger e interactuar.

Este autor plantea que las formas en que los individuos de diferentes grupos van caracterizando y posicionando tanto a los otros grupos como a sus respectivos miembros dentro de la sociedad mayor, responden al contexto histórico-social en que se dan las interacciones intergrupales; consecuentemente, la identidad étnica fluye a través del tiempo y del espacio social. Así, deviene que la presentación pública de la identidad étnica es situacional, sólo se da en la interacción social, más que en lugares físicos. Igualmente, sugiere que la tarea del investigador es localizar dichos espacios de interacción entre grupos, ya que esos puntos coyunturales son las fronteras étnicas. En ese sentido, es la frontera étnica lo que define al grupo y no los aspectos o elementos culturales que le conforman (Barth, 1969: 15; citado en: Sanders, 2002: 328), ya que éstos últimos son producto de la relación existente entre una colectividad y su medio geográfico de origen.

Ya establecida esta diferenciación, comenta que las distinciones étnicas a veces coinciden con la segregación territorial en la sociedad huésped y con construcciones

sociales de identidad racial. Dice que cuando estos dos factores se conjugan, los contrastes intergrupales se acentúan.

1.4 Identidad nacional

Otra categoría de análisis que resulta importante para el presente estudio es la identidad nacional, que surge a partir de la noción de pertenencia del individuo (que para este efecto se denominará ciudadano) a un organismo mayor compuesto por una serie de instancias (instituciones) cuyo objetivo es normar, asistir, regular y proporcionar orden social a la colectividad (misma que puede estar conformada por uno o varios grupos, cada uno con sus diferenciaciones) que interactúa en las mismas demarcaciones geográficas, sociales, políticas, culturales, etc. Hirsch (s/a), postula que para poder hablar de identidad nacional debemos considerar la identidad junto con otra variable, que es el “carácter nacional”; les concibe a ambas como dos estructuras que sólo pueden existir cuando el Estado-nación aparece como una nueva forma de organización de las sociedades. Estas dos categorizaciones son la expresión de un consenso que permite a los ciudadanos reconocerse a sí mismos; así, constituyen una estructura de naturaleza colectiva que es la “conciencia nacional”. Dado que se considera a la ciudadanía como el sujeto sociopolítico del Estado-nación, la conciencia nacional es un atributo de la ciudadanía, no de los individuos.

De esta manera, se asume la “identidad nacional” como la forma en que los ciudadanos de una nación perciben como propias aquellas instituciones (la institución es la unidad de análisis de la identidad nacional) que confieren valor y significado a su cultura, su sociedad y su historia; por otro lado, define el “carácter nacional” como aquella atribución común que se da a las acciones reguladoras de la participación institucional de un grupo nacional, es decir, el “sentido de pertenencia” (unidad de análisis del carácter nacional). Ambas categorías están constituidas por imágenes, percepciones, estereotipos, motivaciones, representaciones, creencias, actitudes, valores y conductas manifiestas. Así, la conciencia nacional, entendida como el carácter y la identidad nacionales, también es un ente histórico y dinámico que sufre los mismos cambios experimentados por el Estado-nación, y dichos cambios dependen de lo que sucede con él.

Por otro lado, Hirsch menciona que existen muchas variables que afectan sensiblemente el grado de apropiación del sujeto hacia las instituciones, tales como el género, el estado civil, el lugar de nacimiento, la edad, el tiempo y tipo de residencia, la

escolaridad, el origen étnico, la situación laboral, el tipo de empleo que desempeña, el ingreso que obtiene, la rama de actividades en las que se inserta, la ciudad y la región geopolítica donde vive, la clase social de procedencia, etc.

Dado que la identidad individual crea la conciencia del actor como persona; y la individualidad está mediada socialmente por comparaciones y diferenciaciones intra grupales, formadoras del sentido étnico; las identidades que son múltiples en un contexto colectivo, constituyen estructuras que rigen la conducta, interpretan la experiencia y proveen los únicos materiales de que disponen los individuos para dar sentido a su vida; sin embargo, esto sólo puede darse cuando la organización social posee un significado coherente y un proyecto general compartido.

1.5 Sociedades multiculturales

Este tema constituye un parámetro muy importante en esta investigación dada su congruencia con el caso estudiado, lo que hace necesaria su conceptualización para poder señalar las particularidades al respecto. Para ello, cabe mencionar a Sartori (2001), quien inicia su reflexión con la siguiente interrogante: ¿Hasta qué punto puede ser “abierta” una sociedad? Para responderla, plantea primeramente que para que una sociedad pueda considerarse abierta, debe ser libre, en el sentido en que la entiende el liberalismo clásico (en términos de igualdad entre los individuos), es decir, incluyente; sin embargo, cuestiona si dicha sociedad puede ser necesariamente una colectividad multicultural y multiétnica. Plantea que para comprender una sociedad abierta debemos ser capaces de identificar lo que él denomina el “código genético” de dicha sociedad; y dicho código genético es el pluralismo.

Sartori relaciona intrínsecamente el pluralismo con la tolerancia, en cuanto a que el primero presupone a la segunda; empero, la diferencia principal radica en que la tolerancia *respet*a valores ajenos, mientras que el pluralismo es un valor en sí mismo que se *autoafirma*. De esta manera, el pluralismo se conceptualiza como la diversidad vista como un valor que enriquece al individuo y a su sociedad. La trayectoria de la idea del pluralismo va desde la intolerancia a la tolerancia, de la tolerancia al respeto del disenso y después, mediante ese respeto, a creer en *el valor de la diversidad*.

Torrens (1998) también aborda el tema de las sociedades multiculturales, comentando que una colectividad de este tipo está formada por una multiplicidad de culturas, además de que observa la diversidad cultural para incluir en cada persona el derecho a construir su propia identidad. Dice que dentro de esta perspectiva, el reajuste que se da en el encuentro entre culturas debe ser multilateral, nunca unilateral, ya que como se ha dicho con anterioridad, se basa en la inclusión. Al igual que Sartori, menciona que la tolerancia es insuficiente, ya que ésta presupone siempre un reconocimiento del otro, pero no una comunicación con él. En resumen, el multiculturalismo se concibe como un proceso continuo de reconocer y ser reconocido dentro de una sociedad; afirma que la constante interacción entre grupos disímiles deriva en la conformación de culturas híbridas, de una

diversidad individual y colectiva. Así, una sociedad multicultural se prefigura en el derecho a la diferencia, fijándose a la vez en los rasgos comunes entre las culturas; es decir, una sociedad multicultural debe ser capaz de preservar y abrir al mismo tiempo las culturas que le integran; salvaguardar la singularidad de cada una de ellas, mientras se propaga una universalidad heterogénea (Torrens, 1998: 317).

Otro autor que también hace referencia a esto es Néstor García Canclini, quien menciona que en la actualidad vivimos (y convivimos) en un constante intercambio de valores, conocimientos, tradiciones e ideologías, producto de la modernidad que nos ha llevado a una *hibridación cultural* que nos obliga a interactuar precisamente en el marco de esa diversidad. Comenta que esa heterogeneidad cultural, si bien a veces presenta conflictos, también constituye una gran fuente de riqueza dada la variedad de elementos en constante intercambio simbólico (Canclini, 1989: 14-15).

1.6 El enfoque michohistórico

Dado que el enfoque microhistórico permite estudiar los grupos humanos a partir de sus propios conflictos y desarrollo particulares, resulta apropiado revisar esta perspectiva metodológica para escudriñar los procesos de definición y adscripción social que dan estructura a los estudios identitarios. Para ello, es importante resaltar los planteamientos de Giovanni Levi, Carl Ginzburg y otros, que son retomados por Diego Sempol, quien menciona que la microhistoria, más que una teoría consolidada es un “conjunto heterogéneo de prácticas historiográficas”; esto dado la falta de “textos fundadores” o de una teoría propiamente dicha, ya que surge bajo la influencia de disciplinas como la antropología, que hace énfasis en las relaciones intragrupal y multicontextuales, lo que obliga al investigador/historiador a reducir la escala de sus observaciones e interpretaciones. Esto a su vez implica un análisis que rechaza simplificaciones, generalizaciones y planteamientos hipotéticos, mientras que hace hincapié en referentes microsociales y contextos particulares diversos, complejizando la “experiencia social” a través de la “reconstrucción de lo vivido”, es decir, la estructuración de la historia social a partir de las experiencias y vivencias tanto individuales como colectivas (Sempol, s/a: 63).

Esta reducción de la escala del objeto de estudio es lo que fundamenta el enfoque michohistórico, porque como ya se mencionó, al reducir el campo de lo observado se cuestionan viejos hábitos metodológicos de la batería teórica histórica, como las categorías de análisis tales como *clase social*, *orden*, etc. También debido a ello se precisa redefinir tanto el concepto como la noción de *contexto*, transformando su sentido tradicional de “algo unificado y homogéneo” por la concepción de una multiplicidad de contextos, en donde se sacan a la luz contradicciones muy finas del entramado social que solamente surgen cuando se reduce la escala de lo estudiado. (Idem.).

También cabe mencionar que parte del soporte metodológico de la microhistoria se cimenta en la historia oral, ya que al reducir la escala de lo estudiado, el investigador se focaliza en experiencias sociales particulares, rescatando “la historia popular”, lo cotidiano, lo que no se describe en los macrorrelatos históricos, y para ello, hecha mano de la riqueza de la memoria humana individual y colectiva, de los saberes populares y las vivencias

anecdóticas, para rescatar acontecimientos que permitan el análisis interpretativo de procesos sociales que solventen el interés cognitivo del investigador (Ibid.).

1.6.1 Las historias de vida.

La historia oral ha impulsado nuevas perspectivas de análisis para la práctica historiográfica contemporánea. El rescate de la oralidad ha permitido una mayor profundización en el conocimiento de los procesos sociohistóricos y culturales, tan apreciados en los estudios actuales, y la riqueza de sus fuentes le ha permitido pasar de ser un mero cúmulo de relatos anecdóticos “románticos”, a constituir un preciado corpus de conocimientos históricos legítimos. En ese sentido, las historias de vida, que originalmente eran del interés de disciplinas como la antropología, la psicología o la sociología, han pasado a ser un recurso metodológico que enriquece en gran medida el conocimiento cualitativo, tan importante para la práctica historiográfica.

Para explicar el uso de las historias de vida en los estudios sociohistóricos, se presenta como referencia a Jorge Aceves Lozano, quien menciona que con este tipo de “elaboraciones biográficas” se prioriza la aproximación cualitativa a los procesos del conocimiento socioantropológico, ya que permite un reconocimiento más profundo de la experiencia microsocia, a través de la oralidad. Como él mismo lo menciona:

La “historia oral” como tal, tiene interés en considerar el ámbito subjetivo de la experiencia humana concreta y del acontecer sociohistórico, como lo expresan los sujetos sociales considerados; y porque va a intentar destacar y centrar su análisis en la “visión y versión” de experiencia de los actores sociales con que se relaciona, la utilización de las “historias de vida” se ha perfilado como uno de los recursos más idóneos para lograr esos fines (Aceves, 1996: 131).

Capítulo II.

Cronología

Presentación

El seguimiento de los acontecimientos del período histórico estudiado nos permitirá, además de establecer una contextualización más cercana del tema de identidad en el caso que nos ocupa, mostrar un referente al momento de determinar la relevancia o identificar la existencia de ciertos puntos históricos que pudiesen considerarse detonantes o expresiones de una identidad quintanarroense. Para ello se presenta un desglose cronológico de los hechos suscitados en la entidad de una manera clara y concreta, dado que no es intención de quien esto escribe generar una exploración interpretativa histórica profunda, sino presentar meramente un hilo conductor elaborado a partir de diversas fuentes bibliográficas. De nuevo, su función se reduce a la contextualización histórica de las historias de vida que se presentan en el capítulo siguiente, es decir, busca proporcionar un mapa histórico social en donde podamos ubicar los ejemplos manejados en el capítulo III.

2.1 La delimitación territorial entre México y Belice y la erección del Territorio Federal de Quintana Roo.

En el presente apartado se toma la delimitación territorial entre México y Belice (Tratado Mariscal-Spencer, llevado a cabo en 1893 y ratificado en 1897) como punto de inicio en la construcción de un sentido de adscripción a un territorio que en el futuro se convertiría en el Estado de Quintana Roo, dado que es a partir de esa demarcación, que se implica en la población la conciencia de la existencia de una frontera que le define y encuadra a un mismo tiempo. La determinación de linderos entre México y Belice surge como medida de contención para detener los avances e incursiones inglesas en territorio mexicano y como prerrogativa ante las estrechas relaciones entre los mayas insurrectos de la Guerra de Castas y los colonos británicos, mismas que beneficiaban la resistencia rebelde en la zona a través del comercio de armas por maderas preciosas (principalmente, palo de tinte).

A pesar de no haber existido previamente una demarcación clara de los límites territoriales en cuestión, la sociedad yucateca sintió muy a su pesar el deslinde, dado que la zona norte de Belice se consideraba tácitamente parte del territorio yucateco. No así el gobierno Federal, quien observó la demarcación como oportunidad para reforzar la soberanía nacional en una zona que se encontraba desprotegida y al garete (Menéndez, 1936: 13).

Ya en septiembre de 1901, Porfirio Díaz presentó el proyecto de creación de un territorio federal al Congreso de la Unión, en octubre del mismo año presentó su ubicación, y para principios de noviembre envía a la Cámara de Diputados el proyecto definitivo, informando que los rebeldes mayas de la zona habían sido dominados y proponiendo que los gastos para la erección del territorio corrieran a cuenta de la federación.

El gobierno yucateco no estaba de acuerdo con perder gran parte de su territorio, prueba tangible de ello es la correspondencia intercambiada entre el General Francisco Cantón, entonces Gobernador del Estado de Yucatán y el Presidente de la República, General Porfirio Díaz. En ellas, el Gral. Cantón manifestó su inconformidad intentando

persuadir al presidente de la creación del territorio, o cuando menos negociar la extensión territorial que ocuparía. Sin embargo, la propuesta porfirista era definitiva.³

Las causas oficiales aducidas por el gobierno federal para la creación del territorio fueron la incapacidad del gobierno yucateco para pacificar y colonizar la región oriental de la península, y por ello, la presencia y control del gobierno central se hacía imprescindible. Aunado a esto, existían otros intereses secundarios, tales como la necesidad de mantener un control seguro de la frontera con Belice y de los recursos naturales de la zona (forestales, principalmente). Así, a pesar de la indignación del gobierno yucateco, el 24 de Noviembre de 1902 se decreta la creación del Territorio Federal de Quintana Roo, con una extensión de 50 000 km² (8 000 km² más grande que Yucatán). Se dividió en tres distritos: norte, centro y sur. (Id.)

Los recursos con los que contaba la nueva entidad eran incalculados hasta entonces, y los límites y linderos territoriales que le circunscribían eran inexactos. El 6 de diciembre del mismo año, Porfirio Díaz nombra como primer gobernador designado del Territorio al General José María de la Vega. Solamente a partir de esa fecha, con la creación oficial del territorio, podemos sentar las bases para hablar de un sentido de adscripción previo a una identidad quintanarroense, ya que es a partir de la acción gubernamental que se comienza a concretar poblacionalmente la zona, además de existir un referente hacia el cual fijar tal sentido de pertenencia. Es a partir de la presencia del Gobierno Central, a través de José María de la Vega y su administración, que se comienza a repoblar paulatinamente la región.

³ Correspondencia intercambiada entre el General Porfirio Díaz y el General Francisco Cantón; en: Cantón Rosado, Francisco; op. Cit., p. 194-200 (selección) en: Careaga Viliesid, Lorena (Comp.); **Quintana Roo, Textos de su Historia** (Tomo II); Instituto de Investigaciones José María Luis Mora; México, D.F.; 1990.

2.2 El porfiriato y la fundación de Payo Obispo.

Ya creado el Territorio de Quintana Roo, el gobierno central porfirista se avocó a dar forma a la entidad a través de una estructura político-administrativa que tenía como directriz principal fomentar el desarrollo local. Para ello, se continuó con la campaña militar intensiva en la zona para mantener el control de la misma, además de que se implantaron diversas estrategias enfocadas al poblamiento de la región.

Como ya se mencionó, se designó al Gral. José María de La Vega como primer Jefe Político de la entidad, con la consigna de concretar las decisiones tomadas por el gobierno porfirista. En primera instancia, De La Vega presentó un primer informe referente a Quintana Roo: su población, sus asentamientos, sus vías de comunicación, sus riquezas forestales, etc. todo ello con el fin de diseñar los proyectos que se enfocarían al desarrollo del Territorio; y por otro lado, propuso que para efectos de gobierno y administración se dividiera el territorio en cuatro prefecturas, mismas que serían los brazos administrativos de la entidad (Higuera, 1997: 113).

La parte norte continental de la entidad, así como las Islas de Cozumel e Isla Mujeres, que se poblaron a partir de la conflagración indígena, contaban con autoridades e instancias administrativas consolidadas, además de estar política, administrativa y geográficamente más próximas a Yucatán. Así, la estructuración político-administrativa se enfocó en las zonas centro y sur del territorio. Este ordenamiento fue acompañado por un proceso de colonización intensivo, así como un nuevo auge en la explotación forestal.

Un suceso fundamental en el proceso estudiado, es sin duda la fundación de Payo Obispo, hoy ciudad Chetumal, capital del Estado. Para ello, es importante señalar algunos antecedentes.

Hacia 1898, la franja sur de Quintana Roo se caracterizaba por ser una región en donde se desarrollaba intensivamente el tráfico de armas, dada la inestabilidad derivada de la Guerra de Castas. Poblacionalmente, era una zona relativamente vacía, y podría dividirse en dos subregiones: la primera, ubicada en la parte donde confluyen Belice, Guatemala y

México se encontraba poblada por indígenas mayas pacíficos que constantemente eran asediados por los beliceños. La segunda se podría delimitar a lo largo del Río Hondo, abarcando hasta Corozal y otros asentamientos (principalmente conformados por mexicanos provenientes de Bacalar, que huían de la conflagración) en el lado beliceño; y pequeñas poblaciones del lado mexicano conformadas por beliceños dedicados a la extracción de maderas con la venia de los insurrectos mayas rebeldes. Dadas estas condiciones, se hizo necesario ocupar estas regiones a fin de obtener un control y un dominio real en la zona como estrategia para la defensa de los límites recién señalados en el tratado Mariscal-Spencer con la corona inglesa. Por ello, se envía una avanzada con la consigna de establecer un puesto fiscal militar; y para esta tarea, el gobierno federal manda a construir en Estados Unidos el Pontón Chetumal, que arriba a la bahía del mismo nombre (Chetumal) el cinco de mayo de 1898, bajo las órdenes del Comandante Othón Pompeyo Blanco, quien concentra en el lugar a los mexicanos radicados en Belice (Corozal principalmente) y por primera vez desde la Guerra de Castas se iza la bandera mexicana en esa zona. Entonces se funda Payo Obispo (Dachary, 1984: 55).

Posteriormente hacia 1902, Bacalar se repoblaba,⁴ aunque subsiguientemente muchos de sus habitantes migraran a Payo Obispo hacia 1907. La capital del hoy Estado se pobló en gran medida con inmigrantes beliceños, algunos descendientes de yucatecos que emigraron hacia Belice durante la Guerra de Castas y que viajaban y comerciaban regularmente entre Payo Obispo y Belice. También existía una población flotante de extranjeros (la gran mayoría provenientes de Belice) constituidos por ingleses, alemanes, libaneses, griegos, turcos, cubanos, españoles, chinos, etc. que se dedicaban principalmente al comercio y muchos de ellos se establecieron definitivamente en la zona, viviendo todos precariamente dado el aislamiento del asentamiento y del territorio en general (Careaga, 1990: 153).⁵

⁴ Durante la Guerra de Castas, debido al constante asedio de los mayas rebeldes, Bacalar fue despoblándose hasta casi desaparecer.

⁵ En definitiva, este mosaico pluricultural que desde sus inicios conformó la población de Payo Obispo (y de la mayor parte del estado, aún hoy en la actualidad), determinó y determina en gran medida las tendencias de adscripción étnica, social, económica y hasta política de los habitantes de la región.

Los asentamientos poblacionales existentes en los primeros años del territorio se caracterizaban, en primera instancia, por un aislamiento generalizado debido a la falta de comunicaciones tanto al interior del territorio como con el resto del país. No existían caminos terrestres, sino vías marinas y algunas veredas. Por otro lado, la explotación forestal intensiva y extensiva de los recursos, fomentaba la existencia de campamentos móviles, conformados por gente proveniente de otros estados de la república, quienes se desempeñaban en las labores forestales por temporada, lo que hacía muy difícil su arraigo como pobladores. Aunado a esto, la falta de presencia de autoridades y orden público, fomentaba un clima de ingobernabilidad en tales asentamientos (Dachary, 1984: 114).⁶

2.2.1 El gobierno del General Ignacio A. Bravo.

La administración del General Bravo (1903-1912) como jefe político y militar del Territorio para el presente estudio resulta sumamente relevante en cuanto al intenso poblamiento que se dio en la entidad en su período, aunado a la marca que dejó en el imaginario social la manera en la que se gestó este proceso.

La participación del General Bravo toma relevancia previamente en mayo de 1901, con la toma de Chan Santa Cruz y Bacalar, evento que marca el inicio del fin de la campaña contra los insurgentes mayas. Contrario a la proyección discursiva porfirista que proyectaba al territorio como zona proclive al progreso y al desarrollo social, el ahora estado se convirtió en coto de latifundistas y terratenientes dedicados a la explotación forestal irrestricta, y el General Bravo constituyó la figura idónea a través de la cual se materializaban las concesiones federales para este fin. Bravo intervino prácticamente en todos los procesos de producción y comercialización de la madera extraída de Quintana Roo.

⁶ Cabe señalar que de la etapa inicial del proceso de repoblamiento del territorio (1902-1930) no se tienen cifras precisas, ya que la información a este respecto está representada por datos más bien tendenciales que reales. Ello queda demostrado por el hecho de tener una mayor aproximación en los datos de la región costera del hoy Estado, que del interior del mismo, debido a la ya mencionada falta de medios de comunicación y la actividad maya rebelde que aún reverberaba en el interior. Sin embargo Luz del Carmen Vallarta presenta en su obra: *Los payobispenses* un conteo poblacional muy preciso de varios asentamientos de la época, destacando la información recabada en el censo de 1904. (Vallarta, 2001: 452)

Sin embargo, lo más sobresaliente de su gestión fue la constitución del territorio en colonia penal, a través de la conformación del “Cuerpo de Operarios”, a donde eran enviados todos los perseguidos políticos y disidentes en general del régimen porfirista. En este tenor, grandes grupos de gente constituidos a veces por familias enteras, eran enviados a Quintana Roo para habitar la región y trabajar en condiciones realmente cuasi esclavistas, en la construcción de caminos, explotación de maderas preciosas, durmientes para el ferrocarril, etc (Careaga, 1990: 150).

Así, la precariedad de las condiciones poblacionales aunada al aislamiento por las condiciones geográficas, dificultaban la introducción generalizada de mercancías, además de que la producción de manufacturas internas era prácticamente nula, lo que encarecía el costo de productos de esta naturaleza de manera exponencial. Por otro lado, se hacía necesario incrementar sustancialmente la población del territorio, principalmente en los nuevos asentamientos, a fin de integrar a la nascente entidad a las actividades económicas nacionales a través de la incentivación de la producción local y la implementación de servicios. Para ello, desde 1901 y hacia la primera mitad de 1905, el gobierno federal creó una zona libre de aranceles en el territorio, condición fiscal que fue renovada anualmente durante los siete años siguientes y que produjo la introducción al territorio de productos y mercancías de primera necesidad, tales como alimentos básicos, herramientas de trabajo, materiales de construcción, vestimenta, medicinas, etc, a un costo accesible para la población (Aguirre et al, 1925, citado en: Higuera, 1997: 118).⁷

Consecuentemente, se intensificaron las relaciones poblacionales con la parte norte del país de Belice, en tanto que el comercio de armas y pertrechos durante la Guerra de Castas había cesado, las relaciones mercantiles se avocaron al intercambio comercial de enseres y mercancías. Del lado beliceño, las poblaciones de Consejo, Sarteneja y Corozal (las más importantes), prácticamente sustentaron casi en su totalidad al sur quintanarroense durante los primeros años del siglo XX, además de que estas relaciones fomentaron el

⁷ Aguirre, Amado *et al.*; Informe que rinde al C. Presidente de la República el Jefe de la Comisión nombrada por él mismo, para hacer el estudio del Territorio de Quintana Roo; México; Imprenta de la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos; 1925. En: Higuera; 1997; p. 118.

paulatino surgimiento de otros asentamientos, precarios en un principio, pero que posteriormente se convirtieron en poblaciones fijas (Ibid).

La migración laboral constituyó otro factor derivado de la intensa interacción económica ya descrita, lo que a su vez generó lazos de parentesco fuertes y extensamente ramificados por toda la región. La diversidad poblacional resultante trajo consigo una dinámica multiplicidad cultural, que ocasionó que Quintana Roo se convirtiera en un espacio de intercambios socioculturales también diversos y diferenciados, atendiendo a las múltiples formas y maneras de convivir y de concebir el mundo.

El aumento poblacional también se debió a la creciente industria del chicle y a la explotación forestal que Quintana Roo ostentaba, pero sobre todo, a la manera en la que la gente era reclutada para laborar en dichas actividades. Principalmente, la mano de obra en gran parte del Territorio era constituida, como ya se mencionó con anterioridad, por gente opositora (o bajo sospecha de serlo) al régimen porfirista, que era remitida a Quintana Roo en calidad de presidiarios; pero también se ofrecía trabajo a la población nacional en general, bajo la promesa de proporcionar al jornalero que se aventurase a trasladarse al Territorio condiciones laborales tales como sustento, alojamiento seguro y buenos salarios, mismas que no eran respetadas ni cumplidas en la realidad.

Así, de acuerdo a datos oficiales, al finalizar la primera década del siglo XX (1910), Quintana Roo contaba con 9 109 habitantes, de los cuales un 23.59% eran extranjeros.⁸ Los asentamientos más significativos eran Santa Cruz de Bravo y Payo Obispo, que contaban con 2 258 y 2 112 residentes, respectivamente.

⁸ De acuerdo con el censo de población de 1910; en: Higuera, 1997: 127.

2.3 El período revolucionario en Quintana Roo. La primera anexión a Yucatán.

Históricamente se ha asumido que Quintana Roo no se vio afectado directamente por los acontecimientos del movimiento revolucionario de 1910; sin embargo, Dachary y Arnaiz sustentan que sí hubo incidencia del conflicto en el territorio, dado que constituía un área cuya administración pública era totalmente militarizada. En una primera instancia, los efectos de la conflagración se hicieron sentir al retener en el territorio en calidad de presidiarios a un grupo de oficiales que firmaron el Manifiesto del Club Central Reyista en 1909. Por otro lado, en 1910 fueron ultimados en Valladolid algunos habitantes del Territorio Federal tras ser vinculados con una conspiración organizada contra el gobierno de Yucatán (Dachary y Arnaiz, 1998: 123).

Posteriormente a la separación de Porfirio Díaz del poder y su exilio en Europa, Francisco I. Madero designa al general Manuel Sánchez Rivera para que tome el control político y militar del Territorio Federal, arribando este último a Vigía Chico al mando del 31º. Batallón, consistente de cincuenta hombres, el 8 de septiembre de 1912. A su arribo, Sánchez Rivera otorga en un acto público en Chan Santa Cruz, la libertad a todos los presos políticos e inició las negociaciones pacíficas con los mayas rebeldes que habían escapado a la persecución y exterminio que Bravo había organizado y dirigido durante su gestión, gestionando la paz con el jefe maya Miguel Cahuich (Ibid.).

Después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, y la usurpación del poder por parte de Victoriano Huerta, Venustiano Carranza toma la presidencia de la república y designa al General Rafael Egealiz como Gobernador del Territorio. Posteriormente, dos meses después, a Alfredo Cámara Vales y a los pocos días al General Brigadier Víctor M. Morón. Esta inestabilidad política generó en muy corto plazo una incertidumbre social y económica que desembocaría finalmente en levantamientos armados y en la primera desaparición de Quintana Roo como entidad federal. Así, el 10 de junio de 1913, Venustiano Carranza decreta desde Río Piedras, en su cuartel general, la anexión del Territorio al estado de Yucatán, con lo que la administración pública de Quintana Roo queda bajo cargo de Arcadio Escobedo, gobernador de dicho estado (Idem, 124).

Para enero de 1915, arriba al sureste mexicano el General Salvador Alvarado, designado jefe militar de todos los estados y territorios de la región sureste del país (desde Tabasco), incluyendo Quintana Roo. Se presenta en el territorio en junio del mencionado año en el puerto de Vigía Chico, a fin de reunirse con los dirigentes mayas del área: Tun, May y Cituk, a quienes devuelve la localidad de Chan Santa Cruz, fijando un plazo de pocos días para que los pobladores blancos y mestizos del lugar evacuen el asentamiento.

2.4 El poblamiento del territorio y el chicle.

En el mismo año de 1915, Quintana Roo recuperó su figura como Territorio Federal y Payo Obispo pasó a ser la capital del mismo, además, se inició otra ola de poblamiento en el territorio, ya que llegaron (principalmente a la parte sur, en los linderos del Río Hondo) los primeros chicleros procedentes de Veracruz, Chiapas, Yucatán y Belice, principalmente, con lo que inicia la explotación del árbol del chicozapote a gran escala en esa parte de la entidad. Esta migración sin embargo, era de temporal (o estacional), ya que la mayor parte de los trabajadores generalmente retornaban a su lugar de origen por unos meses al terminar la temporada de lluvias. Cabe señalar que este proceso migratorio no siempre se dio de manera voluntaria ni pacífica, ya que se seguía acostumbrando el poblamiento obligado practicado de la misma manera que en tiempos del General Bravo (Chenaut, 1989: 17).

También menciona Chenaut que hacia 1917 los mayas de Chan Santa Cruz comenzaron a establecer contacto con los recién llegados y aprendieron de ellos las técnicas para la extracción del chicle. De esta manera, los mayas se convirtieron en chicleros y sus dirigentes, en contratistas (Idem, 18). Concretamente en la región correspondiente a Chan Santa Cruz y sus alrededores, fue el General Francisco May quien haciendo uso de su posición de jefe político-militar principal en la zona, concentró un núcleo de poder caciquil alrededor de la explotación del chicle y de la madera, lo que a su vez redundó en un posicionamiento económico y político de su persona (Villa Rojas, 1987: 125).

Ya para la década de los veinte, surgieron en la región sur del territorio más asentamientos poblacionales cuya existencia se debió también a las actividades de la extracción del chicle y la explotación maderera, tales como: Subteniente López, Santa Lucía, Ramonal, Palmar, Sacxán, Sabidos, Allende, Menguel, Cocoyol, Pucté y Botes (Chenaut, 1989: 19).

Por otro lado, el chicle extraído en la península era embarcado en el puerto de Cozumel, lo que convirtió a la isla en el motor económico cardinal que movió hacia adentro del resto del territorio la economía chiclera, al constituirse en el principal centro de abastecimiento de provisiones de los campamentos y en el único asentamiento urbano con

la capacidad para proporcionar servicios a los mismos (Dachary y Antochiw, 1991: 366-367). Debido a lo anterior, se logró un desarrollo local muy fuerte, que permitió erigir fortunas familiares muy sólidas, principalmente gracias al comercio, lo que influyó en la conformación de una clase burguesa muy poderosa que persiste aun en la actualidad.

Esta industria generó la apertura de varios puertos de embarque conectados directamente con la isla de Cozumel, tales como los de Holbox, Isla Mujeres, Puerto Morelos, Paamul, Playa del Carmen, Tanká, Vigía Chico (a donde arribaba por ferrocarril el chicle procedente de la zona del centro del la entidad), entre otros de menor relevancia (Idem, 368). De esta forma, hacia 1924 el territorio contaba con una población total de aproximadamente 9,500 personas, de las cuales alrededor de 4,000 eran indígenas mayas y 5,500 eran mestizos, repartidos a lo largo y ancho de Quintana Roo, eso sin considerar a los trabajadores agroforestales del Banco de Londres y México que constituían alrededor de entre 800 y 1,000 personas (Higuera, 1997: 167).

En 1925 Antonio Ancona tomó las riendas del Territorio. Depuso el cargo en 1927 a la llegada del Dr. y Gral. José Siurob, quien se desempeñaría en la administración del Territorio hasta 1930, tiempo durante el cual se logran establecer escuelas en la zona indígena de la región, comandada por Francisco May; y establece las primeras cooperativas chicleras en Quintana Roo, además de llevar a cabo el primer reparto agrario en la entidad (Alvarez Coral, 1975: 95). Hasta entonces el territorio prosperaba.

2.5 Segunda desaparición de Quintana Roo. Comité Pro-Territorio.

En 1929, con la crisis económica mundial, el auge chiclero descendió abruptamente, depreciándose la resina a pasos agigantados, hasta llegar a 17.50 pesos el quintal (46 kg.), en 1932. Este proceso de inestabilidad económica se vio reflejado en la dinámica del Territorio, especialmente en la población maya que se dedicaba a la extracción del producto.

Ya desde el otoño de 1931 se esparció por Payo Obispo la noticia de que el entonces Presidente de la república, Pascual Ortiz Rubio, envió una iniciativa de ley al H. Congreso de la Unión a fin de proponer la desaparición del Territorio, cediéndose la parte sur del mismo al vecino estado de Campeche (lo que incluía la capital -Payo Obispo-, Bacalar y otros asentamientos localizados en la ribera del río Hondo); mientras que las partes centro y norte serían adscritas a Yucatán (lo que comprendía toda la zona maya del ahora Estado y la parte continental del norte del mismo). Las islas de Cozumel, Holbox y Mujeres, serían administradas de forma temporal por el gobierno federal (Alonso, 1992: 20-21).

La justificación para tal iniciativa consistía en que las partidas presupuestales para el mantenimiento interno de la entidad sufragadas por el gobierno federal eran muy elevadas e injustificadas, aunque en realidad dichos gastos eran cubiertos en gran medida por la misma administración territorial, dado el empuje que tenían sectores como el comercio, la agricultura, la pesca, y principalmente la explotación chiclera y maderera. Sin embargo, el argumento de la decadencia económica que sufría el Territorio ocasionó que el 14 de diciembre de 1931 desapareciera como entidad política, y fuera dividido entre Campeche y Yucatán.

Las consecuencias no se hicieron esperar; la población de Payo Obispo disminuyó considerablemente, y los pocos habitantes que quedaron se quejaban de los procedimientos institucionales del gobierno de Campeche. Asimismo, los pobladores de Chan Santa Cruz también se quejaban de que el gobierno de Yucatán solamente se focalizaba en la explotación chiclera y maderera, dejando a un lado los programas de desarrollo de la región, tan apremiantes; de esta manera, la zona maya en general entró en una seria crisis

económica. Es también en este período que se cambia el nombre de la capital indígena maya, de Santa Cruz de Bravo por el de Felipe Carrillo Puerto, mediante un decreto expedido por el Congreso del Estado de Yucatán, en 1932. También en ese lapso, se crea la zona libre comercial de Payo Obispo y Cozumel, abaratando los productos en la región.

A nivel poblacional, la propuesta generó indignación, frustración y preocupación; por lo que los lugareños (de Payo Obispo principalmente) iniciaron reuniones a fin de expresar a la Federación el repudio popular generalizado a tal medida. Brotes de inconformidad también se dejaron sentir en los asentamientos de Felipe Carrillo Puerto y Cozumel, donde se observaron reuniones y asambleas populares, lo cual denota en gran medida un sentimiento de unidad poblacional, así como un apego y sentido de pertenencia al Territorio. Hay que señalar que esta situación no se presentó con tal intensidad en 1913, cuando Venustiano Carranza decretó la primera desaparición del territorio federal al anexarlo al vecino estado de Yucatán. Por el contrario, la respuesta popular que se observó en 1931 reflejaba la madurez política de la población, principalmente de los que ya se consideraban pioneros en el territorio.

Bajo estas condiciones, la sociedad payobispense se organizó en un frente común que contemplaba todos los segmentos significativos de la población, disponiéndose todo el movimiento bajo la dirección del Dr. Enrique Barocio Barrios, ex gobernador del territorio. Es así como nació el Comité Pro-Territorio de Quintana Roo, con el objetivo de impedir el desmembramiento de la figura del territorio y lograr su posterior federalización (Menéndez, 1978: 57-58; citado en: Higuera, 1992: 25-26).

Tres años y medio después, Quintana Roo volvía a constituirse como Territorio federal, pero la lucha social que llevó a este resultado trajo consigo también un empuje ciudadano que redundó en el desarrollo de la entidad, principalmente de la ciudad de Chetumal. Se construyeron escuelas, hospitales, oficinas públicas y otras obras de relevancia, además de que se sentaron las bases para futuras organizaciones de tipo político que tenían como miramiento principal la aspiración del pueblo por un futuro gobernador quintanarroense (Id.: 14-15).

2.6 Gobierno del General Rafael E. Melgar.

En enero de 1935, el Gral. Rafael E. Melgar fue nombrado gobernador del Territorio por el Presidente Lázaro Cárdenas, con la directriz de que los diversos cargos locales fueran ocupados por nativos de la entidad o bien por gente con al menos cinco años de residencia en el territorio, lo cual ocasionó conflictos con la naciente clase política del lugar, principalmente con aquellos que habían pugnado por la reconstitución de Quintana Roo a través del Comité Pro-Territorio de Quintana Roo, ya que el nuevo gobernador trajo consigo en un principio gran número de allegados para ocupar diversos puestos en la burocracia territorial, al igual que lo habían hecho los gobernantes anteriores (Hoy, 1983: 142).

Sin embargo, dentro de su gestión se inició la construcción del primer piso del Palacio de Gobierno, se favoreció el mejoramiento de la organización productiva, estableciendo la Federación de Cooperativas Limitadas, órgano que funcionó los siguientes años en la administración de los recursos económicos provenientes de los trabajos forestales en el Territorio, además de promover diversas obras públicas como la construcción del aljibe Lázaro Cárdenas en Chetumal (desde 1936), el mejoramiento de las principales calles de dicha localidad, la construcción de varias pistas de aterrizaje en diversos puntos de la geografía territorial, así como de varias escuelas, el inicio de la construcción de la carretera Chetumal-Peto, entre otras de menor envergadura. De manera aparte hay que mencionar que durante su gestión, se eligieron a través de elecciones públicas a los Delegados y Subdelegados de Gobierno de todas las poblaciones, cuando estas designaciones eran facultad del gobernador. Tal medida agradó a la población por su sentido democrático y sirvió para acercar a la gente tanto con el gobierno territorial, como con las nuevas autoridades que el mismo pueblo había escogido (Id.: 147).

También durante este período, se repoblaron tanto la capital como otros lugares del territorio mediante invitación formal por parte del Gobierno Mexicano a todos aquellos residentes en Belice que fuesen de origen mexicano o bien descendientes de éstos. Por otro lado, es en este gobierno cuando se inicia a fondo en Quintana Roo el reparto de tierras bajo el esquema ejidal propugnado por el gobierno federal cardenista, llegándose a establecer

ejidos forestales en las tres principales regiones del territorio (Norte, Centro y Sur) (Id.: 148).

En el mes de diciembre de 1939, se reunieron en la ciudad de Mérida, Yucatán, el entonces Gobernador de ese Estado, Ing. Humberto Canto Echeverría; su homólogo de Campeche, el Dr. Héctor Pérez Martínez; y los Secretarios de Agricultura y Gobernación, José G. Parrés e Ignacio García Téllez, respectivamente, a fin de demarcar los límites territoriales entre Campeche y Quintana Roo. Este encuentro resulta muy significativo en la historia de la entidad, ya que representa el inicio de uno de los procesos más polémicos en el devenir de la existencia del ahora Estado, ya que hasta la actualidad no se ha podido destrabar la controversia constitucional que se ha generado en torno a la mencionada delimitación territorial entre los dos estados. El Gral. Melgar, en calidad de Gobernador del Territorio, no asistió a dicha reunión. En respuesta a esta acción, se constituyó nuevamente el Comité Pro-Territorio de Quintana Roo (que había sido disuelto por solicitud del gobernador Melgar), en esta ocasión presidido por Tirzo Esquivel Montaña; mientras se nombraba una comisión para notificar a las autoridades del Gobierno Federal de la situación. El General Rafael E. Melgar terminó su gestión en 1940 y fue remplazado por Gabriel R. Guevara, quien gobernó el territorio hasta 1944.

2.7 Margarito Ramírez.

La administración de Margarito Ramírez (1944-1958) sin lugar a dudas dejó una profunda huella en la historia de Quintana Roo, su gestión duró quince años (el período más largo que un gobernador ha estado a cargo del Territorio o del Estado) y los acontecimientos que se sucedieron durante su mandato son considerados oscuros y desfavorables por la gran mayoría de las fuentes históricas, dado que ejerció un control discrecional sobre todos los espacios políticos, administrativos y económicos clave de la entidad.

Entre sus primeras acciones, retiró, a través de su influencia en la Secretaría de Agricultura, todas las concesiones chicleras que beneficiaran a yucatecos, adscribiéndolas a su cooperativa propia o a las de sus cercanos. También segregó a los yucatecos de la administración pública, sin importar que éstos constituyeran más de la mitad de los trabajadores burócratas (Alvarez Coral; citado en: Careaga, 1990: 288-289).

Diversas fuentes señalan también que no se preocupó por mejorar la condición del campesinado y que, de manera general, se ocupó más de enriquecerse que de atender las necesidades de la población de Quintana Roo, controlando y manipulando a la clase política, económica y administrativa del Territorio, asumiendo un control absoluto, tal como lo ejercía cuando fue director del penal de las Islas Marías. Cabe señalar que también existen opiniones encontradas, aunque pocas, que manifiestan que el período de Ramírez fue fructífero, contrastando con lo descrito en párrafos anteriores.

2.7.1 El ciclón Janet

Dentro de todos los acontecimientos que abarcó la gestión de Ramírez, el más significativo fue sin duda el paso del ciclón Janet, que dejó una huella imborrable en la memoria colectiva de los quintanarroenses. Sin embargo, hasta del paso del mencionado meteoro, con toda la muerte y destrucción que sembró, tuvo provecho el Gobernador Ramírez, ya que de acuerdo a Roberto Gómez Cisneros, citado igualmente por Álvarez Coral, el entonces Gobernador del Territorio de Quintana Roo, vendió toda la madera que abatió el huracán a la Freiburg Mahogany Company de Nueva Orleans, a un precio de 3.50 dólares

por millar de pies, lo que le redujo, de acuerdo al mismo Gómez Cisneros, la cantidad de dos millones de dólares (Gómez Cisneros; citado en: Careaga, 1990: 291).

Desgraciadamente, la administración de Ramírez es recordada mayormente por los estragos ocasionados por este fenómeno meteorológico, acaecido el 27 de septiembre de 1955. Este siniestro sumió en la ruina en general a toda la región, y a Chetumal en particular, ya que prácticamente destruyó toda la ciudad, quedando en pie solamente algunas contadas construcciones que resistieron los embates de los vientos. Los sobrevivientes tuvieron que ser asistidos con alimentos, medicinas, ropa, etc, provenientes de la ciudad de México, vía Mérida; mientras que el número de muertos ascendió a 87 (aunque al parecer no es una cifra precisa), más aproximadamente 200 personas desaparecidas (Ibid.).

La relevancia del ciclón Janet en la historia quintanarroense es innegable, así lo evidencia la multiplicidad de obras que sobre el suceso existen; abordando los acontecimientos desde diferentes perspectivas y estilos, prácticamente todas las fuentes coinciden en la trascendencia ya mencionada.

2.8 Aarón Merino Fernández.

En enero de 1958 Aarón Merino Fernández llegó a sustituir a Margarito Ramírez. De formación ingeniero agrónomo, Merino Fernández había obtenido su ascenso político dentro de la administración pública a través de los siguientes cargos: Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, diputado, y candidato a la gubernatura de su natal Puebla, postulación a la que renunció para aceptar el cargo de gobernador del Territorio de Quintana Roo.

Durante su gestión (1958-1964), el gobierno federal se propuso sacar a Quintana Roo de la desolación en que se encontraba desde el ciclón Janet. Así, dispuso de 23 millones de pesos para transformar a la entidad e incorporarle activamente dentro de la vida nacional. Para ello, se instrumentaron diversos proyectos de desarrollo, basados en la premisa de la colonización ejidal. De esta manera, familias campesinas enteras fueron trasladadas desde varios puntos del país, a lo largo y ancho de la entidad; otorgándoseles 10 hectáreas de tierra a cada familia de colonos (Careaga, 1996).

El objetivo de este proceso de colonización dirigida era reincentivar la explotación forestal, cosa que sucedió en un principio; pero las prácticas culturales de los colonos ocasionaron que pronto diversificaran sus actividades hacia la agricultura. Por otro lado, Chetumal fue reedificada, aunque ya no fue la misma que antes del huracán, sus casas ya no fueron más de madera, sino de concreto y piedra, y se instalaron los servicios de luz eléctrica y agua potable. También se construyeron carreteras para comunicar la parte norte y centro del Territorio, antes aisladas por la selva. También Carrillo Puerto fue creciendo con pobladores de asentamientos circundantes, que se ocupaban en el trabajo burocrático (oficinas, escuelas, agencias de correo, etc) que se iba requiriendo cada vez más para solventar las necesidades de una población que crecía lenta pero constantemente.

2.9 Hacia el Estado libre y soberano de Quintana Roo.

2.9.1 Rufo Figueroa.

De 1964 a 1967 el C. Rufo Figueroa administró el territorio, su período estuvo ligado a la continuación de las tareas de Merino y al mejoramiento de la salud pública de los pueblos de la ribera del río Hondo; sus principales preocupaciones fueron estimular la producción agrícola de frutales y proteger la explotación chiclera, aunque esta última iba en franca decadencia. Entre sus principales obras se cuentan la construcción de la carretera Felipe Carrillo Puerto-Tulum-Playa del Carmen, el troncal hacia el puerto de Vigía Chico, y varias redes de caminos vecinales en las zonas centro y norte de la entidad (Id.).

2.9.2 Javier Rojo Gómez.

En mayo de 1967 el licenciado Javier Rojo Gómez llegó a Quintana Roo para ocupar el cargo de Gobernador. Rojo Gómez entabló la defensa del territorio en 1968 cuando el gobierno yucateco pretendió establecer poblaciones en perímetros que pertenecían a Quintana Roo. Por otra parte favoreció la formación de nuevos centros de población con avciados de otras partes del país, pero eso sí, circunscritos a la administración del Territorio.

También formuló un plan de desarrollo que contempló los distintos sectores en que se desenvolvía la economía, así como los problemas principales que enfrentaba la población. Por otro lado, disminuyó los costos de la administración pública, destinando los recursos excedentes a obras de infraestructura y desarrollo social. Otro logro importante durante su gestión fue la instauración de elecciones libres en 1968 para elegir a los subdelegados de gobierno, cargos que siempre habían sido otorgados por el gobernador en turno; esto permitió la participación directa de más personas oriundas de Quintana Roo en la vida pública y política del Territorio. Falleció siendo gobernador del territorio, el 31 de diciembre de 1970 (Id.).

2.9.3 David Gustavo Gutiérrez Ruiz.

En enero del año siguiente (1971), inmediatamente después del fallecimiento de Javier Rojo Gómez, fue designado como gobernador, David Gustavo Gutiérrez Ruiz, tomando

posesión del cargo el día 7 del mismo mes. Fue durante su mandato que Quintana Roo se perfiló para convertirse en estado, debido a cambios en los ámbitos económico, social y político. Explícitamente con este propósito, para cumplir las condiciones para la transformación de la entidad en estado libre y soberano, se formuló el plan de desarrollo integral de Quintana Roo para el período de 1971-1976. Esta estrategia contemplaba tres objetivos fundamentales: Crear una infraestructura económico-social básica, maximizar la productividad de los recursos naturales y humanos de cada región del Territorio; y polarizar las inversiones públicas para crear centros de crecimiento que afecten a su vez a las zonas periféricas de cada uno de ellos. Una premisa elemental para lograr estas metas, fue la construcción de redes y vías de comunicación, especialmente de carreteras; además de servicios como luz eléctrica y sistemas de riego para cultivos; dada la dispersión de los asentamientos poblacionales a lo largo y ancho de la entidad.

La primera de las condiciones establecidas en la Constitución para la ordenanza de los territorios federales en estados, que determina que la población mínima del territorio debe ser de ochenta mil habitantes, fue cumplida desde 1970, ya que de acuerdo al IX Censo General de Población y Vivienda, Quintana Roo tenía en ese año 88 150 pobladores. La segunda, que implicaba el aseguramiento de la autosubsistencia económica y política de la entidad, fue cumplida con los cambios y las transformaciones ocurridas desde 1971. Así, el 2 de septiembre de 1974, el ejecutivo federal envió al Congreso de la Unión la iniciativa de ley que proponía que tanto Quintana Roo como Baja California Sur fueran elevados a la categoría de estados; cuya aprobación se vio publicada en el Diario Oficial de la Federación, el 8 de octubre del mismo año. En ese mismo año se formalizó y constituyó la primera legislatura del Honorable Congreso del Estado (Congreso Constituyente) que convocó a las primeras elecciones para Gobernador del Estado y presidentes municipales (Id.).

Capítulo III.

Historias de Vida

Presentación

Las historias de vida son el instrumento ideal para contrastar los procesos histórico – sociales con las vivencias y experiencias tanto individuales como colectivas que contextualizan procesos como la conformación de una identidad. La riqueza cualitativa que aporta esta técnica de investigación histórica y antropológica permite, a través de la perspectiva de la microhistoria, desmenuzar con mayor finura los aspectos más significativos del entramado simbólico microsocioal.

Como ya se mencionó, la cronología presentada en el capítulo anterior tiene la intención de servir como hilo conductor, un “*continuum*” en donde se insertan las vidas de los actores presentados aquí. Bajo esta lógica, en este apartado se presentan cuatro historias de vida representativas del período histórico referido, no sin antes señalar que las marcadas diferencias entre ellas, responden precisamente a los diferenciados contextos bajo los cuales se gestó el desarrollo poblacional de Quintana Roo. Es precisamente esa diversidad la que otorga rostro al tema que nos ocupa.

3.1 Manuel Rosado Rivero.

Descendiente de una extensa familia de comerciantes, personaje de trascendencia social en Chetumal, Manuel Rosado Rivero nació en la isla de Cozumel en 1930; desde niño se dedicó al comercio, primero apoyando a su padre vendiendo refrescos, hasta llegar a ser un empresario reconocido en la ciudad de Chetumal, donde vino a residir desde su niñez por circunstancias ajenas a su voluntad. En Chetumal forjó una vida y una familia, fue fundador de la primera logia masónica en la ciudad y creó empresas comerciales de diversa naturaleza, como una casa comercial y una línea de autobuses (ambos con su apellido). Incursionó también en la función pública, ocupando cargos de importancia en Instituciones como el IFE y el H. Ayuntamiento de Othón P. Blanco. La razón por la cual se le incluyó en este trabajo es precisamente porque fue un personaje de gran reconocimiento social en Chetumal pero sobre todo, porque su trayecto de vida es representativo de muchos pobladores de la entidad que encontraron en el comercio en la región, más que una forma de ganarse la vida, una forma de percibir e interpretar su realidad y su entorno social a partir de la actividad mercante que define toda una clase social en el caso de estudio.

Chetumal, Quintana Roo, Junio de 2006.

Mi familia viene “surtida”, de parte de mi papá son españoles, de parte de mi mamá son ingleses, ése es el caso que son ellos nomás, los demás, nada, o sea, hay españoles entre ellos, hay este... hay otra raza entre ellos (...) han cuidado mucho, han cuidado a la familia, principalmente mis papás, o sea la familia de mi papá, han cuidado mucho; y éstos fueron los primeros de Cozumel y de Holbox. De Isla Mujeres también, pero mayormente de Holbox.

Yo nací el 30 de septiembre de 1930, en Cozumel, en el centro de Cozumel, aunque mi niñez la pasé aquí en Chetumal... fue una niñez bonita, tranquila, hubo de todo, tuve lo mejor. Nunca me desesperé, me ocupaba yo de mis cosas. Recuerdo que llegamos de Cozumel cuando yo tenía como siete u ocho años. En Cozumel vivíamos en una casa de cemento y huano, como se hacían antiguamente las casas, bueno esa casa hasta la fecha

existe, una vez ahora hace pocos años pasé por ahí y la reconocí; aún existe la casa de mis papás.

Cuando llegamos a Chetumal vivíamos por lo que era la Iglesia de Chetumal, estaba en la calle Cinco de mayo con Carmen Ochoa y la 22 de Marzo, era una casa grande de madera, en la mera esquina, está ahí todavía, era de mis tíos, Pepe Patrón, ahí vivía él y tenía allí todas sus cosas. En esa casa vivimos unos nueve años, y ya luego nos pasamos a la calle Cinco de Mayo con Othón P. Blanco y hasta la fecha nos hemos quedado con esa casa. Cuando llegué a Chetumal estudié en la Primaria Belisario Domínguez, en la PRIMERA Belisario Domínguez, que estaba al lado de la iglesia; de allá, nos pasaron pa' aquí arriba. No recuerdo el año. De ahí me fui a estudiar la secundaria a Belice, con mi familia de allá, en el mero Belice, en El Cayo, por Stan Creek, una zona turística; ahí teníamos dado un terreno, pero mi prima lo maneja.

Recuerdo que desde chicos, a los nueve o diez años, comenzamos a trabajar con mi papá, ayudándolo con los refrescos, él vendía refrescos, fabricaba refrescos y se vendían, aquí en Chetumal, eran los refrescos "Rosado" y se vendían bastante; esto duró así algunos años hasta que mi papá nos dejó el negocio a uno de mis hermanitos y a mi, en dos partes dividió el negocio. Somos tres hijos, yo soy el mayor de todos los hermanos, después de mi, sigue mi hermano Miguel Rosado Rivero, que también nació en un mes de septiembre, pero no recuerdo en qué año; y después mi hermano José Inés, que también nació en septiembre, todos somos de septiembre.

Mi madre se llamaba Blanca Rivero y mi padre Tránsito Rosado. Recuerdo que hacíamos el transporte de los refrescos en una camioneta, bueno, era un carro que transformamos en camioneta, pero bueno, nos daba lo que queríamos; y es que antes no había nada, Chetumal era muy pobre, en cuestión de trabajo, me refiero. Había mucha gente de fuera pero se quedaba un tiempo nada más y se volvía a ir. Poco a poco la gente se fue acostumbrando y acostumbrando, y cuando nos dimos cuenta ya teníamos a toda la gente aquí; la mayoría trabajaba en la cuestión de la madera, en los aserraderos. Tenía un aserradero la casa ejidal, y tenía un aserradero mi tío, que era la MIQROO. Eran los más

fuertes, estaban en Santa Elena. Mientras, en Chetumal, había mucho comercio, muy bueno; de hecho yo ya más grande, como a los diecinueve años dejé el trabajo con mi mamá cuando me casé y pues, puse mi tienda y me dediqué a ella, aunque antes trabajé en Telégrafos durante cinco años, como mensajero, repartiendo mensajes por toda la ciudad; claro que en ese tiempo no había problema, ya que todos nos conocíamos.

Yo calculo que por ese entonces en Chetumal habría como unas mil gentes, muy pocas familias que venían y nos conocíamos; y no porque así lo quisiéramos, sino porque no había nada más que hacer, más que jugar pelota o algún otro deporte. Yo jugaba básquetbol, béisbol y fútbol y pertenezco al equipo de Las Panteras. Jugábamos en un campo de béisbol en Barrio Bravo que había construido Antonio Handall. De entre los amigos más especiales, porque llevábamos una linda amistad entre todos, recuerdo a Pepe Suárez, que trabajaba en la Comisión Federal de Electricidad. Hasta la fecha mantengo contacto con los amigos de esa época, bueno, con los que viven y sus familias, ya que pues, muchos somos hermanos masones. Respecto a esto te diré que no hay mayor grandeza en ello,⁹ lo que hice lo hice porque quise, porque tenía yo ganas de hacerlo, y lo hicimos todos, con nuestras familias, crecimos a todos los muchachos: Manuel, Miguel, Blanca, todos son masones Y los hemos cuidado allá. Yo ingresé a la logia desde jovencito, cuando eso, estaba la logia en la Av. Héroes, de ahí se pasó a su actual ubicación, en la parte alta.

Mi esposa se llamaba Esther Guzmán de Rosado, cuando nos casamos yo tenía alrededor de diecinueve años y nos pasamos a vivir a esta casa, tuvimos tres hijos, el mayor se llama Miguel, Luego siguió Blanca Esperanza, y por último Emanuel. Mi esposa y yo teníamos una tienda, como te dije, vendíamos pura importación, desde ropa hasta aparatos eléctricos, toda la mercancía la traíamos de Panamá e Inglaterra, de ahí se embarcaba hasta Belice y posteriormente la hacíamos llegar hasta acá. Tuvimos esa tienda durante muchos años, y fue en ese tiempo que nacieron mis tres hijos... Luego, cuando me quedé solo, porque mi esposa ya había fallecido, la fui descuidando. Esa tienda la cerré después del ciclón Janet. Una amarga experiencia, sufrimos todos. No fue el mismo Chetumal antes que después del ciclón Janet.

⁹ El era maestro masón y uno de los fundadores de la logia en Chetumal.

Chetumal, antes de Janet, era un lugar muy tranquilo, todas las escuelas estaban juntas. La secundaria estaba en el centro, en el mero centro. Ésta era la casa de un profesor. La gente iba y venía para todos lados, pero no había desesperación. En ese tiempo el gobernador de Quintana Roo era Margarito Ramírez, un jalisciense; un hombre muy tranquilo, yo lo llegué a conocer personalmente, pero personalmente. Mucha gente habla, por hablar nomás, pero Margarito, si te podía ayudar te ayudaba; nunca se echó para atrás, nada. De hecho, después del ciclón ayudó a mucha gente, le ayudó a levantarse, tenía yo como veinticinco años. A esa edad había gente de todos lados, principalmente de Belice; los fines de semana, por ejemplo, eran muy alegres, ya que llegaba mucha gente de fuera, de Belice, te digo; venían los sábados a comprar mercancía y se regresaban. Compraban verduras que se traían de Mérida o de las comunidades de acá cerca.

Desde antes de que cerrara la tienda me dediqué a varios negocios, entre ellos lo de los autobuses, tenía yo una pequeña línea de autobuses urbanos, una flotilla. Eso empezó por ahí del sesenta y pico y estuvimos trabajando en eso durante unos doce o catorce años. El negocio tronó porque el gobierno en esos tiempos no era fijo en sus cosas, nomás hacían y deshacían en la ciudad. Y es que en esos tiempos hubo muchos cambios, recuerdo que después de Margarito, que duró mucho, estuvo Merino Fernández, luego otro, y luego otro, y ya luego vino David Gustavo; en ese tiempo Quintana Roo se volvió Estado. Recuerdo que ese momento se vivió muy tranquilo, la gente lo aceptó bien, con alegría. Pues en ese tiempo se vivía tranquilo, la gente no era conflictiva, bueno, salvo dos o tres líderes.

En el aspecto familiar, pues te digo que actualmente tengo seis nietos y un bisnieto. Mi esposa falleció en septiembre de 1986... Se quitó la vida.

Desafortunadamente estas fueron las últimas palabras de la única entrevista realizada al Sr. Manuel Rosado Rivero el sábado 17 de junio de 2006. Ya para esas fechas, un cáncer maligno le comenzaba a aquejar... A pesar de resistir estoicamente, finalmente la naturaleza hizo lo suyo y lo venció. Dejó de estar entre nosotros el 06 de marzo de 2007.

3.2 Olga Canul Canul

Dedicada por completo a su hogar, a su familia y a su fe, Doña Olga Canul Canul (“mami” como todos cariñosamente le llaman) es una mujer de 82 años (nació en 1926) con un vigor envidiable para su edad y con una impresionante trayectoria de vida. Oriunda de una pequeña comunidad ribereña y de familia muy sencilla y humilde, vivió una niñez marcada por los cánones de los roles de género y la división sexual del trabajo de la sociedad occidental tradicional, recibiendo una educación doméstica dirigida a un destino inequívoco en ese entonces: ser una buena ama de casa. Hija de un campesino y una partera que fallecieron cuando ella era prácticamente una niña, se casó siendo muy joven, y a pesar de que su esposo era tres décadas mayor que ella, recuerda su vida en pareja como el período más significativo de su existencia, incluso ahora y a pesar de haber pasado cincuenta años desde que enviudó, atesora los recuerdos familiares de su vida matrimonial como los más preciados. Dueña de una memoria privilegiada, describe cómo era la vida en la ribera del Río Hondo y en Chetumal en los años 30, 40, 50 y hasta la actualidad, plagando de anécdotas sus descripciones, privilegiando siempre los recuerdos familiares. Madre de siete hijos, conoció las durezas y alegrías de la vida rural, ya que su esposo fue caobero, chiclero, campesino y ganadero, entre otras cosas. Vivió la crudeza del ciclón Janet en su pueblo, Ramonal, y en Chetumal, después de enviudar, vio a sus hijos salir adelante. Actualmente reside en la misma casa que construyó su esposo para ella y sus hijos y disfruta mucho de la compañía constante de sus nietos y bisnietos.

La historia de Doña Olga es muy importante para el caso de estudio dada la riqueza de las descripciones que aporta sobre cómo era la vida rural en los tiempos en que Quintana Roo era Territorio Federal, pero sobre todo, porque ejemplifica como se desarrollaba la vida de la gente que se dedicó a construir la entidad, bregando por un futuro incierto, plagado de peripecias y experiencias como huracanes y la rudeza misma de la vida en el campo.

Chetumal, Quintana Roo, Septiembre de 2008.

Yo nací el 26 de agosto de 1926, en la comunidad de Ramonal, Quintana Roo, en la ribera del Río Hondo; era un lugar chiquito, pero muy bonito, la gente era pobre pero

trabajaba, y de lo que trabajaban, pues de eso comían, la mayoría de la gente se dedicaba a la milpa, a sembrar el maíz, aunque también sembraban calabaza, chiles, plátano, en fin, un poco de todo. Mis papás también fueron campesinos, bueno, mi papá; fuimos en total cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres, el mayor de todos era mi hermano Joseíto, después le siguió mi hermana Valeria, luego mi hermana Gregoria, mi hermano Germán y yo. Soy la más chica. La familia de mi papá era de Valladolid, Yucatán; el finado de mi abuelito, Don José Canul, de allá vino, pero todos nosotros (los hermanos) nacimos en Ramonal, Quintana Roo.

De mi niñez no te puedo decir mucho, la costumbre era que las muchachas tenían que estar en su casa, con sus padres, los hombres eran los que salían al campo. Ya cuando una muchacha tenía unos doce años, ya era lo que se podría decir una señorita, enseguida la sacaban de la escuela y la encerraban en la casa, bueno, en la cocina a aprender a trabajar todo lo de la casa: a lavar, a cocinar, a hacer labor de la cocina ¿no? Eso era de lo que más se preocupaban los papás y las mamás en esos tiempos.

Como ya te dije, mi papá era campesino, era muy callado, no se metía con nadie y era muy respetuoso; mi mamá era partera. Antiguamente, cuando una partera atendía un alumbramiento, recogía toda la ropa que se ensuciaba con la sangre que salía del parto y la llevaba a su casa para lavarla, bien lavadita, “sancochada”¹⁰ con hojas de naranja, blanquita quedaba y la tendía. Ya en la tarde iba a ver a su enferma y a ver el ombligo de los niños, porque en ese tiempo solo amarraban el ombligo de los niños y lo cortaban, era trajín de la partera secar el ombligo del bebé hasta que se cayera. Esto lo hacía no solamente mi mamá, sino todas las parteras antiguamente, se hacía con una sartén de lámina en la que se ponía la brasa de la leña, porque no se conocía la estufa, sino que era el carbón que producía la leña, se metía a la casa y se le ponía romero para que eche humo, luego se le acercaba un algodón que se calentaba con ese humo y ese algodón se le untaba con cuidado al ombligo del bebé para que se secara y a los seis o siete días el ombligo ya caía. Bien sequecito quedaba en la faja del bebé. Esto se hacía todos los días hasta que quedaba bien sequecita la herida del ombligo del nené. Incluso cuando yo tuve mis siete hijos se hizo esto, igual,

¹⁰ Hervir la ropa con agua para desinfectarla.

igual. En pago, a mi mamá a veces le daban un pollo, a veces una gallina, o el marido de la mujer atendida le llevaba carne, o a veces hasta aceite, manteca de cochino, en fin, con eso pagaban el parto.

Éramos muy pobres, mis papás pues, no tenían dinero. Cuando cayó la langosta¹¹ se comió todo el maíz, todo, de todos los campesinos, comíamos nosotros harina, pura harina de esa para hacer tortillas de harina y el “makal” que es como la papa, pero más grande, eso se lavaba, se cortaba en pedacitos y se le echaba a la comida, cuando había, si no, solo así. Está sabroso. Eso comíamos nosotros nada más porque como ya te dije, no había dinero, éramos pobres. Recuerdo que teníamos que comer temprano, como a las cinco de la tarde porque en ese tiempo no había corriente¹² y como no había dinero pues tampoco podíamos comprar petróleo para ponerle a las lámparas para alumbrarnos. Nada más tenía su foquito¹³ mi papá para andar en la obscuridad.

De hecho recuerdo que cuando todavía era soltera, una bruja, bueno, una... pitonisa, de esas que tiran y leen cartas... era buenísima, porque todo lo que te echaba en las cartas te lo decía real, me dijo una vez que me iba a casar con mi difunto marido, aún antes de saberlo yo.

Recuerdo que para cuando vino el general Lázaro Cárdenas a hacer su campaña, concentraron a toda la gente de los poblados de la ribera del Río Hondo en Ramonal, y mi papá tocó con su orquesta porque era músico. Hicieron comida, un gran banquete; y Lázaro Cárdenas no se fue a sentar donde estaban los meros meros, los de gobierno... se fue con los campesinos a comer. Empezaron a tocar la música, Mi mamá salió a bailar con el general Cárdenas y recuerdo que la maestra María Góngora de Santana, que ya murió, era profesora, ella bailó con el gobernador de ese entonces y se puso muy bonita esa fiesta. Y es que mi mamá no sabía leer, no sabía escribir, pero bien que hablaba, porque en ese momento se reunieron las mujeres con la maestra María y pidieron en ese momento que les dieran máquinas para costurar para las muchachas y una planta de luz. Pues sí llegó la

¹¹ Plagas de insectos que afectan los cultivos.

¹² Electricidad.

¹³ Linterna de mano.

planta de luz cuando llegó Lázaro Cárdenas a la Presidencia, llegó la planta de luz a Ramonal y llegaron las máquinas de costura que había pedido la maestra.

Igual cuando el general Rafael E. Melgar llegó a Quintana Roo, anduvo visitando varios lugares en el estado y fue al Río Hondo, hasta el final, para recorrer todos los pueblos de la ribera y también entró en Ramonal, lo recuerdo bien aunque estaba yo muy chamaca. Al general Melgar le gustó Ramonal desde que puso los pies en el muelle, le gustó el pueblo; los ejidatarios sabían que iba a llegar, porque había mucho movimiento. Invitaron a mi papá para que junte a sus músicos para recibir al gobernador con música en el muelle. El muelle estaba bonito, fuerte, bien hecho... Ahora ya no tiene muelle ese lugar. Recuerdo que cuando la gente oyó que se acercaba el barco, se empezó a amontonar en el muelle, y apenas puso pié el General en el muelle, comenzaron a tocar los músicos. Pues le gustó al gobernador porque se quedó un buen rato, le mostraron todo el pueblo, porque Ramonal es una planada con un cerro en el final, y en el cerro habían un aljibe, pues le mostraron los ejidatarios todo eso al gobernador: el aljibe, la escuela que habían hecho, todo. Pues sí le gustó porque cada semana regresaba a Ramonal a pasar su domingo. La gente lo invitaba a comer barbacoa de res. En una de esas veces habló con mi papá y le dijo: “-Maestro, lo invito a Chetumal con sus músicos para que toque en el kiosco del parque junto con la orquesta del Estado, en un concurso de música.” Y mi papá le contestó: “-Sí, como no, con mucho gusto señor gobernador”. Lo mandaron a buscar cuando llegó la fecha y vino a Chetumal... y ganó el primer lugar. Reconocido por el gobernador. Después de haber ganado ese concurso, le dieron instrumentos nuevos y un sueldo a él y a los otros músicos para que recibieran al gobernador cada vez que fuera a Ramonal.

Mis papás murieron cuando yo todavía era chamaca, y me fui a vivir a casa de mi hermano Joseíto, el mayor. Mi papá cayó primero, se enfermó porque él tomaba mucho y se le “coció” el hígado,¹⁴ cayó enfermo y lo trajeron a Chetumal, al único hospital que había aquí en ese entonces. Lo aislaron y el médico le dio pocas esperanzas, le dijo que si aguantaba un año entonces podría ser que se aliviara, pero él no quiso seguir más, huyó del hospital y agarró el único barco que en ese entonces llevaba al Río Hondo, se llamaba “El

¹⁴ Falleció de cirrosis hepática.

Goyito” el barco. Era la única forma de llegar a los poblados de la ribera porque no había carretera. Recuerdo que ese barco llevaba correspondencia, pasajes; traía gente de los poblados a comprar aquí a Chetumal y al día siguiente los regresaba. Por ejemplo, subía,¹⁵ es decir, hagamos de cuenta que hoy se subió hasta el último de los poblados de la ribera, luego se quedaba a dormir creo que en Cocoyol, y al día siguiente regresaba por todo el río recogiendo pasaje para traer a Chetumal para que al día siguiente volviera a retomar su rumbo con pasajeros que llevaba hacia la ribera otra vez. Me acuerdo que el señor que “administraba” el barco se llamaba Don Tiburcio Losa. También recuerdo que en ese tiempo el reloj no estaba en el lugar que ahora se encuentra, sino que estaba en la Avenida Héroe, me acuerdo bien, porque cuando mi papá salió del hospital estaba sentado precisamente al pie del reloj cuando pasó uno de sus compañeros y lo vio y le dijo: “-¿Qué hace aquí Don Guillermo? Y él respondió: “-Pues me voy pa’ mi casa, voy a morir ahí”. Yo creo que ya le estaba “latiendo”, ya sabía que iba a descansar. Bueno, la cosa es que ahí se embarcó de regreso a Ramonal...Yo estaba chiquita pero recuerdo todo eso bien, yo iba con mi mamá en otro barquito más pequeño llamado “El Alberto” íbamos saliendo de Ramonal hacia Chetumal para ver a mi papá, pero no sabíamos que él ya venía de regreso. Los dos barcos se cruzaron en el camino, pero en eso el barquito en que veníamos se descompuso y Don Tiburcio en “El Goyito” se dio cuenta y recularon para donde estábamos nosotros para ver qué le pasó al barco que se había parado. Ya que estaban juntos los dos barcos, Don Tiburcio reconoció a mi mamá y le dijo: “-Doña Manuela, aquí viene su esposo en el barco, si quiere usted trasladarse, venga, ¿Para qué va usted hasta Chetumal si su esposo ya va para su casa?” Pues nos pasaron de barco a barco por Don Tiburcio y ya nos fuimos de regreso a Ramonal. En cuanto llegamos mi papá dijo: “-Ahora sí ya estoy en mi casa, en mi pueblo, ahora sí puedo descansar en paz”. Pues como a los quince días después de eso vino mi mamá conmigo a Chetumal, venimos a ver al Doctor Esquivel que era el que vio a mi papá, un muy buen médico, y él le dijo a mi mamá: “-Doña Manuela, yo a su esposo no le doy más de quince días, si ya empezó a vomitar, ya no hay nada que hacer, ya no le garantizo que los medicamentos le sirvan de mucho”. Y es que mi papá ya estaba vomitando, lo inyectaban y se calmaba un poco, pero iba empeorando cada vez más rápido, hasta cuando ya le llegó el tiempo de descansar, una mañana. Es feo ese

¹⁵ Se refiere a que el barco llegaba hasta el final del Río Hondo, al poblado que hoy se llama “La Unión”.

mal, por tanto tomar; y es que en ese tiempo no era cerveza lo que se tomaba sino “caña”,¹⁶ que era muy fuerte y hacía mucho daño. Eso lo mató... ¡Y al mes de muerto mi papá, se fue mi mamá!

Cuando murió mi papá, la gente se le acercaba a mi mamá para darle el pésame y ella pues, se veía tranquila, no le veías una lágrima en sus ojos, nada... A ella la querían mucho en Ramonal porque como ya te dije, era partera, ella atendía a las mujeres de allá que daban a luz, y bueno, le daban el pésame y parecía que no lo sentía, pero sí le dolía mucho porque eran muchos años de estar casados, más de cincuenta años, imagínate que no lo sienta. Pues la cosa es que la familia de mi papá comenzó a decir que mi mamá no sintió la muerte de mi papá y eso la entristecía mucho, además, desde la mañana en que murió mi papá ya mi mamá no quiso comer nada, no quería comer y se la pasaba sentada y fumando; fumaba esa “cachimba”¹⁷ que le decían. Pues la cosa es que una mañana, al mes que había muerto mi papá le dijo a una de mis cuñadas que tenía hambre, y mi cuñada le dijo que enseguida le iba a conseguir algo para cocinárselo porque en ese momento no había nada, pero que enseguida le daba de comer. Mi mamá le dijo: “-Vete con Doña Lela y dile que por favor me venda un poco de la pancita que acaba de hacer”, era panza de venado la que hacía, panza de venado con “pipian”¹⁸ y ahí se fue mi cuñada con una ollita a buscar la comida para mi mamá. Cuando regresó mi cuñada a la casa, al pasar por la puerta vio que mi mamá cargaba a su hija, la más bebita, y le dijo: “-Aquí está la comida suegra.” y ella le contestó: “- Agárrame a esta niña porque se me va a caer, tengo un dolor muy fuerte en el pecho y no lo aguanto”. Mi cuñada hizo lo que le pedía y ayudó a mi mamá a recostarse en la cama un rato... Mi mamá no volvió a hablar más. Estuvo como quince días así, sin poder hablar, y cuando le preguntábamos qué le dolía, solamente se tocaba el pecho y gesticulaba. Murió del corazón y del cerebro.¹⁹ Murió un mes después que mi papá...

De ahí nos quedamos solos, yo todavía estaba chamaca, tenía como trece o catorce años, no recuerdo bien la edad, porque en ese tiempo, no se llevaba la cuenta de cuantos

¹⁶ Alcohol destilado de la caña de azúcar.

¹⁷ Pipa.

¹⁸ Salsa preparada con la semilla de la pepita.

¹⁹ Tuvo un ataque cardíaco que la postró en cama y, posteriormente, un derrame cerebral le ocasionó la muerte.

años tenías, no sabías si tenías quince o dieciséis, o cinco, los papás no eran como los de ahora que están pendientes de los cumpleaños de los hijos, antes no se llevaba la cuenta exacta de las edades, ni se festejaban los cumpleaños porque como había mucha pobreza, pues qué se iban a dedicar a hacer fiesta. Pues la cosa es que, como ya te mencioné, me quedé a vivir con mi hermano Joseíto, que era el mayor, él tenía como veintitrés años y ya estaba casado y tenía dos niñas y su casa aparte, ahí nos fuimos a vivir con él. Él trabajaba en el chicle.

Cuando vivía con mi hermano ya conocía a Don Isidro, pues vivíamos en el mismo pueblo... yo le decía "Don Cheto", porque mucha gente así lo conocía: "Cheto", casi no lo llamaban por su nombre. Pues te digo que desde que estaba yo chiquilla conocía al que iba a ser mi esposo y yo sin saberlo. Él de hecho ya era grande, es más, mi mamá atendió el último parto de la señora que vivía con él, de su último bebé, y nos llevábamos bien ella y yo.

Como al año de que murió mi mamá, el finado Don Isidro ya se había separado de la señora, o sea, lo dejaron por otro hombre, entonces fue a pedirle permiso a mi hermano Joseíto para dejarle visitarme en la casa para platicar conmigo, nada de que "nos vamos a ver por allá", nada de eso, él le pidió permiso a mi hermano para visitarme en la casa y mi hermano le dijo: "-Bueno, ven a platicar con ella." Y ya me dijo que se quería casar conmigo y yo, pues como era una muchacha, pues inexperta, ignorante, en ese tiempo había mucha inocencia, pues yo le dije que sí; como no tenía mamá ni papá... Ya después comenzó a visitarme seguido en la casa de mi hermano. Recuerdo que una vez por andar de "lenguón", dijo que como a él lo había dejado por otro su antigua mujer, que ya no le iba a volver a pasar y que iba a ser más desconfiado conmigo, a mí me lo dijeron y yo hablé con él y le dije: "-Aquí viniste, pues de aquí te vas a ir. Yo no voy a pagar cuentas de otras personas". Nunca volvió a decir nada así. Y bueno, nos fuimos a Corozal a casarnos, me acompañó mi hermano Germán. Dos días antes él (el prometido) vino hasta Chetumal a comprar todo lo necesario, lo hizo rápidamente y se regresó antes de que yo me arrepintiera y ya nos fuimos a casar a Corozal.

Ahí estaba mi tía, una de mis tías, hermana de mi mamá. Nos casamos pero tuvimos que regresarnos rápidamente porque uno de sus hermanos (de su esposo) estaba internado aquí en Chetumal en el hospital, tenía tifoidea y estaba dejando a su esposa y su hijo, era el finado Pancho, y pues tuvimos que regresar. Antes de venir mi tía le dijo: “-¿A qué te vas hijo? Quédate y ya mañana te vas, si te acabas de casar, ni siquiera están listas las fotos que te tomaron en tu boda, con tu esposa. No te vayas”. Y él respondió: “No tía, no nos podemos quedar, le voy a dejar el dinero y páguelas usted y cuando haya una oportunidad nos las manda o nos las lleva”.

Pero en ese tiempo no era como ahorita, hoy todo es fácil, antes uhhh. Y así quedó lo de las fotos de mi boda, nunca las vi porque pegó el huracán del 42, pegó un huracán que no me acuerdo como se llamó, porque en ese tiempo la gente del campo ni nos enterábamos del nombre de los huracanes. Bueno la cosa es que pegó el huracán en Corozal y se llevó todas las cosas de mi tía, porque vivía en la orilla del mar y entró la ola y se llevó todo y la dejó sin nada... y pues mis fotos también se las llevó. Después de cuatro o cinco años vi a mi tía y me dijo: “-Hija, salieron bien bonitas tus fotos, pero me las llevó el ciclón, hasta mi casa se la llevó”. Ese ciclón yo lo viví en Ramonal, ya estaba casada, me acuerdo bien porque fue en el mismo año en que me casé, en 1942. Ese ciclón pegó el 8 de noviembre de 1942. Yo me casé en Julio de ese año y teníamos cuatro meses de casados cuando pegó ese viento. Tenía yo dieciséis años. Pero no pegó tan fuerte, no hubo muertes ni destrozos en Ramonal, creo que la “colita” nada más nos pasó.

A los cuatro años de casados tuve a mi hija Elda, luego “la flaca”²⁰ y así a mis demás hijos, mi esposo se dedicaba al trabajo del campo, también tenía potreros, eran cuatro... Él tenía su estilo, nunca le gustó tener mucho ganado, siempre tenía como treinta cabezas, decía que era mejor así, pocas para tenerlas siempre bien cuidadas, porque tenía buenas razas de ganado, tenía cebú. Bonitos animales.

Cuando metía su ganado en el potrero donde está el zacatal, se veía lindo como el viento movía el zacate. Bueno, la cosa es que movía al ganado de un potrero a otro cuando

²⁰ También se llama Olga Canul.

se acababa el zacate, y cuando sacaba el ganado de un potrero, quemaba el zacate que había quedado, hacía grandes “guardarayas” para que no pase el fuego a otras partes; todo eso lo hacía él con sus trabajadores, viendo y vigilando que se queme el zacate. Después de un mes o menos, estaba reverdeciendo el zacate otra vez en ese lugar. Así le hacía, iba moviendo el ganado de un potrero a otro y ya tenía listo el zacate en el siguiente para que los animales siempre tuvieran qué comer. Siempre tenía dos potreros disponibles para su ganado.

Don Isidro, mi esposo, era una persona muy inteligente, y no porque fuera mi marido, fue muy inteligente con sus cosas, en su trabajo, muy dedicado, muy recto en sus cosas. No te voy a decir que fue santo, porque le gustaba tomar sus cervezas, pero no de días seguidos como otros hombres, sino que si él un día tomaba y se emborrachaba, al día siguiente no podía ni oler la cerveza. Se dedicaba a trabajar. Por eso siempre conservaba sus animales muy bonitos.

Vendía sus animales, los cochinos por ejemplo, pero los vendía bien, porque los alimentaba con puro maíz y calabaza; cuando llegaba gente a Ramonal a comprar cochinos iban a todos lados menos con él. Cuando ya se cansaban de buscar buenos cochinos iban a verlo y le decían: “- ¿Cuánto por tal animal” y él decía: “-Tanto”, “-Es mucho”, le respondían. “-A mí no me van a robar; yo sé cuánto pesan mis animales y te garantizo su calidad porque solo les doy maíz y calabaza para comer, por eso están así como los ves”, respondía. Y se lo pagaban, porque sabían que él vendía calidad, si no, hubieran comprado otros cochinos de otras gentes. Quien sabe cómo le hacía, pero él sabía cuánto pesaban sus animales con sólo verlos, y ya cuando los pesaban en las básculas, toda la gente se asombraba de ver que estaba en lo correcto lo que había dicho. Ya lo tenía medido sólo con verlos.

Mandaba a sus hijos a criar a los cochinos y al ganado, les daban a las reses las mazorcas en el hocico. Recuerdo que a mi hija Olga no le gustaba alimentar a los cochinos, prefería darles de comer a las vacas, y a veces los puercos no se llenaban porque ella les daba todo el maíz a las vacas y a los cochinos no. Cuando mi marido entraba a los

chiqueros, los puercos comenzaban a llorar, era un escándalo. Conocían al difunto Don Isidro, lo conocían. Y él ya sabía que sus cochinos no habían comido, que no se habían llenado y regañaba a todos y volvía a mandar a los chamacos a criar a los marranos. A veces los “zapateaba” (a sus hijos) cuando no le daban de comer correctamente a sus animales.

También teníamos pavos, eran muy paseadores desde que amanecía ya estaban buscando donde ir, y si se descuidaba uno se salían a la calle. A veces le decía a mi hija Edith: “-Negra, ahí se van esos pavos” y a ella no le gustaba verlos (procurarlos). Un día, estaba yo lavando y le dije: “-Ahí se van los pavos” y ella agarró un palito, chiquito, para asustar al pavo para que regrese y le hizo ¡Passs! y sin querer le dio en su cabeza, pero no duro, despacito; pues la cosa es que el pavo se empezó a tambalear en la tierra, ella se asustó y me volteó a ver. El pavo que caía y yo que levantaba la vista, pero sí vi como le pegó sin querer al pavo en su cabeza. Yo como sabía que si se enteraba su papá, le iba a dar una friega, pues la hice de mamá alcahueta. Le dije a Don Isidro cuando llegó que había un pavo enfermo, que había entrado al gallinero la noche anterior pero que no se había subido a su palo y que no sabía qué le pasaba. Él, extrañado dijo: “-¿Qué le habrá pasado? A lo mejor es la peste que entró” “-Pues quien sabe”, le dije. Y se podía comer porque yo vi que lo “tranqueó” mi hija, pero para no delatarla pues ni modo. Yo de todas formas le dije: “-¿Lo cocino Don Cheto?” y me dijo:”-No, sabrá Dios qué tiene ese animal, no lo vamos a comer. Mejor que se muera y lo botas”.

Igual a mi hija Olga le pasó una vez que estaba cuidando que los cochinos de nosotros no se comieran el maíz de los cochinos de mi cuñado, y cuando se acercaban los cochinos al maíz, ella les tiraba una piedrita para espantarlos y ya. Pues en una de esas agarró una piedra, chiquita, y se la aventó a uno de los cochinos y sin querer lo agarró “centradito” en la mitad de su cabeza, en la mera frente y cayó fulminado el puerco. Se murió ahí mismo. Mi hija estaba muy asustada, toda “tembeleque” porque sabía que su papá le iba a pegar y sabía que un cochino era caro, así que vino corriendo hasta donde estaba yo y me dijo lo que había pasado. Pues ahí fueron sus hermanitos, Pancho y Temo.

Agarraron al cochino y le amarraron sus patitas y lo arrastraron hasta el monte donde lo botaron. Cada cosa que hacen los chamacos.

Teníamos también borregos y chivos; de hecho mi hijo Cuauhtémoc creció con leche de chiva. Había un maestro que había comprado una chiva para sus hijos, pero ya se estaban marchando de Ramonal y le dijo a mi marido: “-Cheto te vendo esa chiva, ya mero va a tener sus chivitos. Está gorda la chivita.” La compró y la chivita tuvo sus chivitos; pues “Temo”²¹ tenía como dos o tres años y el maestro que le vendió la chiva a mi esposo le dijo: “Dale a tu hijo leche de chiva”, aunque tomaban leche de vaca y ahí en ese tiempo tomaban mis hijos la leche ¡como agua! Leche pura. Pues pensamos: ¿Será que la tome? Pues sí, cuando mi hijo escuchaba que la chiva hacía: “Beeeee” se levantaba de su cama y se iba corriendo a la cocina, tomaba su taza y ya para eso yo ya había agarrado a la chiva, le había puesto su sogá y la había amarrado de sus cuernos, y me ponía a ordeñarla; ya que se llenaba su tacita se la tomaba. Era poca leche, porque a él no le gustaba tomar mucha por los chivitos, me decía: “Nada más sácale un poquito para que yo tome, para que tengan los animalitos también”.

Recuerdo también que en la casa de Ramonal teníamos matas de naranja, pues mi marido nos tenía terminantemente prohibido bajar naranjas tiernas, sólo se podían bajar hasta que estuvieran “sazón”.²² Pues eran más de veinte matas de naranja. Algunas estaban chicas, todavía no eran altas y ya tenían los racimos de naranjas, él las sembraba bien, les hacía su “poceta” en la tierra, profunda. Pero las naranjas nadie las podía tocar hasta que estuvieran bien sazoncitas y entonces sí, a bajar las naranjas. El terreno siempre estaba limpiecito porque cuando alguno de los chamacos hacía alguna travesura, el finado Don Isidro lo ponía a recoger piedras, hasta las más chiquititas y las tenían que amontonar en un lado, o a arrancar yerbas.

Pues mencionaba que a mi marido le gustaba el trabajo. Era muy chambeador y que yo recuerde, desde que me casé con él nunca nos faltó nada. Cuando venía a Chetumal,

²¹ Su hijo Cuauhtémoc.

²² En proceso de maduración.

regresaba a Ramonal con bolas de queso, piernas enjamonadas, laterías, en fin. Pero es que también en ese tiempo estaba barato todo. Tenía una tiendita donde vendía de todo, aunque también le gustaba comer, como a mi hijo Manuel. Para las cuentas era muy bueno, no se le iba ni una, apuntaba todo, bien apuntadito, muy ordenado. Solamente mi hija Olga salió así de ordenada, mis otros hijos no. Ni mi hijo Manuel que es el más chambeador y bueno para los negocios, ni él le sacó lo ordenado a su papá.

Don Isidro fue también arriero, tumbador de caoba, cubicaba madera, a veces había maderos tan grandes que un hombre alto y grueso se podía parar detrás de ellos y no se veía. Eran unos hermosos árboles los que bajaban de la montaña,²³ los “troqueros”,²⁴ venían a Ramonal con los árboles cortados y los tiraban en el río (Río Hondo), ahí los encadenaban, los aseguraban con cadenas y ganchos y los juntaban, hacían como una cama de puros troncos grandísimos que flotaba en el río.

También sabía chiclear, fue chiclero cuando vino el general Melgar a Quintana Roo. Eso fue antes de casarnos; y fue representante de la cooperativa chiclera en México. Él contrataba a las personas para que fueran a trabajar a los campamentos, en la montaña. Venía a Chetumal y le daban el dinero para pagar a los trabajadores de los campamentos. Manejaba mucha gente cuando era representante de la cooperativa chiclera. Incluso contrataba hasta gente de la colonia inglesa (Belice); era gente muy pobre, pobres pobres; llegaban a Ramonal a vender sus naranjas y toronjas, eran muy pobrecitos, entonces se contrataban con él para ir al chicle, y es que en ese tiempo a los chicleros les daban su “remanente”.²⁵ Recuerdo que un día un compañero de él le dijo: “-Oye Cheto mira, ¿Porqué eres un tonto? A esos de la colonia hasta les vas a llevar su remanente. Si yo fuera tú no se los doy; ellos no se pueden quejar. Los de aquí de la ribera sí, porque son mexicanos y todo, pero ellos como son de la colonia no te pueden reclamar nada”. Y él le contestó: “-Precisamente por eso se los pago, porque vienen desde allá”.

²³ Selva alta.

²⁴ Trabajadores dedicados al corte y transporte de la madera en carromatos (“trucks”, de ahí el nombre) tirados por bestias de tiro.

²⁵ Sobresueldo por el chicle que se vendía por la cooperativa.

Para el ciclón “Janet” todavía estábamos en Ramonal, mi esposo tenía su milpa y con el ciclón se cayó todo el maíz. Muchas personas que tenían sus casitas endeble se fueron a nuestra casa, que estaba bien fuerte. Antes de los vientos los hombres se fueron a cortar todo el maíz que pudieron y las mujeres se pusieron a hacer tamales, atole, de todo. Después del ciclón, había comida, y mi marido se sentaba con todos a comer en el suelo, aunque era su casa, pero no hacía distinción. Recuerdo que para esos tiempos teníamos un cochinito de monte, un “kekeíto”,²⁶ estaba chiquitito; se lo regaló Don Alpuche a mi marido. Pues la cosa es que ya que habían entrado los vientos, nos refugiamos todos en la tiendita, tanto los vecinos que habían ido a refugiarse como nosotros, y pues el cochinito estaba asustado por el mal tiempo creo y se abalanzó sobre unas negritas que estaban ahí con nosotros, las correteaba y las mordía, y ellas decían: “-Aaayyy Don Cheto, su cochinito, ayyy”. Y lo tuvo que agarrar mi esposo porque solamente a esa gente mordía, quien sabe por qué. Todo eso mientras afuera estaban los vientos. Recuerdo también que había marquetas de chicle que nos daban en fardo, pero estaban las marquetas así nomás apiladas, habían cerros de chicle, bastante, pues los chiquitos (niños) que estaban ahí adentro de la tienda mientras los vientos, estaban ¡mordiéndolo las marquetas! Las dejaron todas “mordeteadas” de las orillas (ríe) y estaban masque y masque chicle, mascando chicle con el viento los chiquitos, je. Era chicle natural, no como el de ahorita, estaba cocido, pero sin sabor.

Ahí en Ramonal no hizo mucho daño el ciclón, sólo las casitas que estaban más débiles son las que tumbó, pero eso se arregló rápido también; se juntó a la gente y a levantar casas, a limpiar, todo, bien rápido, en pocos días ya estaban todas las casas paradas otra vez. A nuestra casa no le pasó nada, estaba nuevecita, la acababa de hacer Don Isidro y la madera como era nueva estaba bien fuerte. Era de madera con techo de huano. Pero en ese momento sí nos asustamos porque a la hora de los vientos más fuertes veías como el huano se movía para todos lados y el viento lo “jugueteaba” y parecía que la casa se movía también. Era de noche, lo recuerdo bien. Lo único que sí es que al día siguiente vimos que unos animalitos se murieron, de los que teníamos en los corrales, pero al ganado no le pasó nada. Dicen que los animalitos cuando hay esos vientos, dan la espalda, que si les viene el

²⁶ Del maya K'eken: Cochino.

aire de frente, se giran para darle la espalda, paraditos se quedan, se afianzan bien con sus patitas y le dan la espalda al viento siempre.

Recuerdo que por esos tiempos del “Janet” había una comadre que se llamaba Conchita que hacía unos tamales grandotes. Un día me dijo Don Cheto: “-Oye Olga, ¿Quién hizo estos tamales? Parecen tamales de india”, porque a él no le gustaban las cosas grandes, le gustaban todo chiquito: los tamalitos chiquitos, las tortillas chiquitas, todo. ¡Y mi comadre Conchita estaba parada a un lado escuchando! No encontraba mi comadre donde meter su cara de pena. Ya cuando se fueron los hombres y nos quedamos puras mujeres me dijo que estaba muy apenada porque a mi marido no le habían gustado sus tamales, y yo le dije: “-Ni te preocupes”. De todas formas, me dijo mi comadre, que de ahora en adelante le iba a hacer sus tamales especiales a Don Cheto, chiquitos como a él le gustaban, porque ella quería mucho a mi marido. Lo apreciaba bastante porque en una ocasión, había una fiesta aquí en Chetumal, en la que ahora es la cancha del Nachan Kan, y se vino Doña Conchita con su marido, Don Nico, los dos viejitos; la cosa es que dejó una veladora encendida en su casa, olvidó apagarla. Y la veladora se acabó, se quemaron la tela y la tabla sobre la que estaba asentada y se quemó la casa. Nosotros ni cuenta nos dimos, porque en ese entonces las casas estaban muy separadas una de otra y se quemó y ya. Cuando regresaron del baile como a las ocho de la mañana no encontraron nada, se quemó todo: ropa, dinero, todo. Y es que las casas en ese tiempo eran de puro “tasiste”²⁷ y las puertas estaban hechas de maderas de unas cajas en las que venían las latas de manteca. No se cerraban, sino que se ponían y se quitaban. La gente se iba a la colonia inglesa y cuando regresaban todo estaba en su lugar, no había robos, no se conocían rateros. Pero bueno, llegaron mi comadre Conchita y mi compadre Nico y todo estaba quemado, se pusieron a llorar. Mi marido sabía que Don Nico era muy trabajador y dijo: “-Bueno, dile a Nico que venga a verme en la tarde”. Cuando llegó a la cita le dijo jugando a su compadre: “-Bueno Nico, ya se quemó toda tu ropa, ahora vas a andar desnudo. Toma”. Le dio dos pantalones, dos camisas nuevecitas de mezclilla que tenía en la cooperativa, ropa interior, y le dijo que le diga a su mujer que me fuera a ver a la casa para que yo le diera ropa a su mujer también. También le dijo: “Mañana voy a convocar a una asamblea”. Al día siguiente, a las ocho de

²⁷ Troncos redondos de un árbol parecido a la palmera.

la mañana habló a la gente a la asamblea y les dijo: “-Vamos a ayudar a este compañero.” Algunos dijeron: “-Eso les pasa por andar de rabo caliente, yéndose al baile”, a lo que Don Cheto dijo: “-No nos vamos a fijar en eso, vamos a ayudarlos”. Delegó a cuatro personas a que fueran a cortar huano, otros a cortar maderas, otros, horcones, tablas para las puertas, lo que hiciera falta. En tres días ya tenía su casa Don Nico. “Enhuanaron”²⁸ bien el techo, con su bajareque bien forradito, todo. Por eso Doña Conchita apreciaba tanto a mi marido, porque nunca se olvidó de eso.

Salimos de Ramonal y venimos a vivir aquí a Chetumal ya que tuvimos a todos nuestros hijos y él vio que algunos de los muchachos ya tenían que ir a la escuela, pues él quería que sus hijos estudiaran una carrera. Él le compró este terreno a nuestro compadre Jorge Medina,²⁹ que vivía aquí en Chetumal, de hecho mi finado marido ya tenía el proyecto de venir a vivir aquí, por lo que ya le había dicho a mi compadre Jorge: “-Mire compadre, cuando consiga un terreno bueno en Chetumal, cómprelo y yo se lo voy a comprar a usted.” A lo que el compadre dijo: “-Está bueno”, y ya nuestro compadre habló con Don Eutimio Santín, el papá de los Santín, que era un desastre ese señor y le debía dinero a nuestro compadre, entonces el compadre le pidió este terreno a cuenta de lo que le debía y el otro se lo dio. Ya luego nos lo vendió a nosotros, creo que en quinientos pesos o algo así, ya ni me acuerdo.

Don Isidro empezó a construir, primero hizo una casa, luego hizo esta otra al lado (en el mismo terreno), con un buen ebanista, el finado “Polín” que en paz descansa, fue un excelente ebanista. Esta casa fue hecha con madera que le dieron a Don Isidro en el ejido, es de la que le daban a la gente por pertenecer al ejido y era la madera que se sacaba de las caobas grandes, es madera “machimbrada”. Hizo una en Ramonal cuando vivíamos ahí todavía, hizo éstas de acá y quería hacer una más en la esquina del terreno, pero ya no se lo permitieron, le dijeron que tenía que ser de mampostería y ya no la hizo.

²⁸ Entretejieron el huano.

²⁹ En la casa donde actualmente reside, ubicada en la Avenida Álvaro Obregón, entre las calles Emiliano Zapata y Rafael E. Melgar.

Él era muy desconfiado, cuando él compró el terreno me dijo: “-Olga, ya compré un terreno para mis hijos, para construir unas casas, dos o tres. Pero las escrituras están a nombre de mis hijos, de mis tres hijos varones: De Cuauhtémoc, de Francisco y de Manuel”. Y yo le dije: “-¿Y qué tiene? Para mí no tiene nada de malo, porque lo que es de mis hijos es mío.” A lo que respondió: “-No. Porque si lo pongo a tu nombre y mañana o pasado me muero, te vas a quedar viuda joven, y no va a faltar quien te venga a cantar, pero no vayas a creer que será porque te quieren, sino para que vengan a disfrutar lo que yo ya trabajé. Y no va a gozar otro lo que yo ya trabajé y mis hijos se van a quedar sin nada. Por eso no, lo puse a nombre de mis hijos”. “-Correcto”, le dije. “-No creas que yo me voy a poner celosa, si son mis hijos, no me van a dejar en la calle”. Y dijo: “-Bueno, pero por las dudas...”. Y mírame, donde él me dejó, aquí estoy, bendito sea Dios. A mis pobres hijas no les dejó nada porque decía que luego ellas con el tiempo se iban a casar e iban a vivir de lo que sus maridos trabajasen, mientras que los varones no, ellos serían cabezas de familia y tendrían que ganarse el pan trabajando.

Desgraciadamente él murió y ya no se pudieron hacer muchas cosas que queríamos. Se enfermó del estómago en un mes de noviembre, empezó a sufrir; en diciembre nos fuimos a Mérida y lo operaron el día 12, cumpleaños de la virgencita y de mi hijo Manuel. El doctor me dijo que solamente le quedaba como un año de vida, que yo se lo comunicara a mi esposo y que era conveniente que pusiéramos nuestras cosas en regla. No tuve el valor de decírselo, nunca le dije que se estaba muriendo. No pude. Él tenía esperanzas de seguir viviendo, pensaba mucho en mi hijo Manuel, que todavía estaba chico; pero Dios así dispuso las cosas. Se lo llevó, quien sabe por qué... Murió a los sesenta y dos años. Yo tenía treinta. Mi marido cuando murió era Delegado del gobierno en la cooperativa chiclera, de hecho su último cobro de su sueldo yo lo fui a recibir.

Aún así todos mis hijos fueron a la escuela, aunque solo uno tiene carrera, Manuel. Y es él quien trabaja lo que mi difunto marido logró.³⁰ Algunos de ellos fueron a la primaria de Ramonal, los mayores; y ya los demás estudiaron aquí en Chetumal en la

³⁰ Tiene una refaccionaria de autopartes y un taller automotriz en el mismo terreno donde vive Doña Olga. Él la mantiene.

primaria Álvaro Obregón. Afortunadamente todos mis hijos salieron buenos. A mi hijo Francisco le gustaba mucho tomar, mucho, mucho, mucho. Recuerdo que en las noches oía el carro, el taxi, y me asomaba a verlo y veía que se bajaba del carro bien tomado y yo le decía que no debía manejar así, se bajaba y yo lo acostaba y me quedaba con él en el cuarto para hablarle, pero no se quedaba, yo lo que quería era que durmiera, que se despertara bien y se fuera a su casa, pero no, a veces se levantaba y se iba. Si no fuera porque se enfermó y ya mero se muere... Dejó de tomar y ya lleva así muchos años y espero primeramente Dios que así siga. Ahora “Temo”, ese sí toma, pero es responsable y trabajador. Cumple en su casa como hombre de familia. Mis hijas ya todas están casadas, con hijos y nietos, excepto Olga que nunca se casó.

3.3 Clara Alicia Rosado Acosta.

Yucateca de nacimiento, Quintanarroense por el destino, Clara Alicia Rosado Acosta descende de padre mexicano y madre beliceña (por el destino también, ya que sus ascendientes eran mexicanos igual), arriba a la capital de Quintana Roo a los doce años y se asienta junto con su familia en Barrio Bravo, uno de los suburbios más representativos e históricamente ricos del Chetumal antiguo. Su padre trabajaba en la famosa MIQROO, que tanto empleo brindó a la ciudad, mientras ella, siendo la hermana mayor, ayudaba a su madre a cuidar a sus ocho hermanos menores y a completar los ingresos necesarios para la manutención del hogar... Tal carga le obligó a dejar sus estudios al terminar la primaria y a trabajar hombro con hombro con su madre, lavando ropa, costurando, haciendo postres y comida, etc, para sacar a flote a la familia. En su relato, describe aspectos cuasi románticos de la vida chetumaleña; sus anécdotas nos remiten al Chetumal antiguo con su faro, sus campos deportivos, sus cines, sus soldados y sus vecinos, todos ellos reconocibles entre sí. Cuando sus padres se separan, la familia se disgrega, y bajo esta nueva dinámica se ve obligada a ser autosuficiente en todos los sentidos y así, por necesidad, busca emplearse en alguna actividad que le permita un sustento completo, por lo que aprovechando una oportunidad, ingresa al sector salud donde se desempeñó durante muchos años como enfermera en diferentes hospitales. Posteriormente, se casa con un médico y forma su familia, deja de trabajar y se dedica al hogar. Actualmente tiene tres hijos y tres nietos que son su adoración.

Esta historia de vida es muy significativa para el presente estudio ya que nos presenta muchos detalles de cómo era la vida en Chetumal alrededor de la segunda mitad del siglo pasado, justo cuando se presentaban los procesos más dinámicos previo a la erección de Quintana Roo como Estado libre y soberano. De igual forma, los relatos sobre la vida de esta mujer en Barrio Bravo, constituyen un anecdotario muy rico que nos sirve para bosquejar un rostro del Chetumal de aquellos tiempos.

Chetumal, Quintana Roo, Julio de 2008.

Mi nombre es Clara Alicia Rosado Acosta, nací en Progreso, Yucatán, el 24 de febrero de 1944. Ahí radiqué hasta los doce años, en que ya me trajeron aquí a Chetumal,

que era Territorio todavía. En Progreso vivía en la calle 14, entre la 29 y la 31, en una casa de material, grande, con una ventana muy amplia de esas características de ahí de Yucatán, con su balconcito, en donde se sentaba mi abuelita en su mecedora y mi tío, al que le decían “el mozo”, pero si vieras que no me acuerdo de su nombre, pues siempre le decían: -“Mozo, mozo”. La acompañaba en las tardes mientras tocaba su guitarra. Creo que por eso a mi me gusta mucho también la guitarra. Mi abuelita se llamaba Teresa, Teresa Villanueva de Rosado.

En ese tiempo vivíamos en esa casa mi abuelita, mi tío al que le decían “El pelón”, el tío Enrique, mi tía Hortensia, de los solteros, digo; también mi tío “el mozo”, mi abuelito Raúl, mi hermano menor Manuel el que me seguía y yo. Todos juntos vivíamos en esa casa. Era la casa de mis abuelitos; bueno, era alquilada, porque ya luego cuando yo ya vivía acá en Chetumal, ellos se cambiaron a otra y ésa sí era de ellos. Yo vivía con ellos y no con mis papás porque según tengo entendido en esa época mis papás estaban en muy mala situación económica. Antes mi papá trabajaba en Ixcopen, por el Río Hondo, y creo que ya venía otro hijo en camino o algo así. Yo estaba muy chamaca en esa época cuando vivimos en Ixcopén, solamente recuerdo muy vagamente que en ese lugar me enfermé de sarampión o de algo así. Ya fue como a los cuatro años que me mandaron a vivir con mis abuelitos a Progreso. La cosa es que recuerdo que ahí en Progreso crecí mi infancia, ahí estudié parvulitos y luego mi primaria, en la escuela Candelaria Ruz Patrón, así se llamaba, bueno, todavía existe porque ya fui hace poco para allá y todavía existe. Está frente a un parquecito justo a la entrada de Progreso, con una iglesia a un lado. En el parquecito que te digo recuerdo que cada domingo nos divertíamos con mi tía Hortensia que era la menor, para ella yo crecí como una hermanita. Bueno, la cosa es que los domingos acostumbrábamos primero ir a misa y de ahí, si nos daban permiso, nos íbamos a la matiné y de ahí, a dar vueltas y vueltas al parque. Era divertido y en esa época era lo que había.

Para el ciclón Janet yo todavía estaba en Progreso y no es mucho lo que recuerdo, tenía yo como diez u once años. Me acuerdo que estaba mi abuelita escuchando la radio, yo era una chamaca todavía, pero pues, yo oía que el Janet, que estaba pegándole a Chetumal, etc. Y veía a mi abuelita y a mis tíos pegados todos a la radio, nerviosos y atentos, pero yo

no entendía, y mi abuelita que estaba muy chapada a la antigua me decía: “-Estas cosas no son de chicos, váyase para allá”. Es lo único que supe. Cuando ya llegué a vivir a Chetumal, recuerdo que mi papá me dijo que para el Janet mi mamá la pasó en Corozal, en el rancho de mi abuelita materna, y que se metieron en el granero creo, y recuerdo que me dijeron que había como una mesa grande, de madera dura, pesadísima, que voltearon para que se refugiaron detrás de ella, y que terminaron todos mojados, pero a salvo. Mi papá sí pasó el Janet en Chetumal, pero no sé en donde. Lo han de haber sacado de su casa en Barrio Bravo seguramente, pero en dónde la pasó, no sé. Cuando él fue a ver lo que quedó de su casa, no encontró su curvato, que era un tinacote grande de maderas y fajillas de acero que servía para recolectar agua de lluvia porque en ese tiempo no había todavía agua potable, hubo agua entubada hasta ya años después, poco antes de que mis papás se separaran. Era un curvatote enorme... ¡Pues el huracán lo voló! Cuando yo llegué a Chetumal, ya tenían ellos otro curvato, pero no como el que ellos tenían antes, que era grande. ¿Cómo lo levantó el viento?, quien sabe, pero me acuerdo que me dijo mi papá que el viento levantó el curvato entero y lo fue a depositar en otro terreno, entonces, ¿cómo lo llevaban de vuelta después del ciclón? Pues ahí se quedó. Porque quien sabe cómo lo reconocía mi papá, pero me decía: “-Ése era mi curvato”.

Mi papá se llama Perfecto Rosado Villanueva y mi madre difunta se llamaba Alicia Acosta Aké. Él es originario de Progreso, Yucatán y ella nació en Corozal, Honduras Británicas en aquella época. Cuando ellos se casaron mi mamá iba a cumplir apenas quince años y mi papá yo calculo que ya tendría más de veinte. Mis papás no vivieron siempre en Chetumal, te digo, tengo entendido que vivieron primero en Corozal, luego en Ixcopen, donde trabajó mi papá y de ahí se vinieron a radicar ya aquí a Chetumal, es cuando mi papá empezó a trabajar en la MIQROO, un aserradero que había en esa época. Tenía yo doce años y era 1956 cuando llegué a Chetumal. Se iba a trabajar mi papá a la MIQROO desde temprano, a las siete de la mañana pasaba un camión a recoger a los trabajadores ahí en la esquina del teatro de los insurgentes;³¹ ahí se estacionaba el camión a esperarlos y después los llevaba hasta Santa Elena, que era donde estaba el aserradero. Ahí trabajaba hasta las cuatro de la tarde en que los regresaban otra vez. Vivíamos en Barrio Bravo.

³¹ Teatro de los Constituyentes.

Somos nueve hermanos en total y ya vivíamos todos en la misma casa, yo soy la mayor, luego sigue mi hermano Manuel, el que vivía conmigo en Progreso, luego Teresa, Clodio, Roberto, Jaime y Lupe, que vivían ya con mis papás; y por último Martín y Juanita que nacieron cuando yo ya estaba en Chetumal y a quienes prácticamente yo atendí como si fuera mamá. Además hubo otros dos niños más que tuvo mi mamá pero con otro señor cuando se separó de mi papá y se fue a vivir a Corozal. ¡Dios ampare a mi mamá, tuvo once hijos! Pobrecita.

Yo llegando a Chetumal dejé de estudiar porque mi papá no quiso, nada más terminé la primaria y él ya no quiso que siguiera estudiando que porque tenía que ayudar a mi mamá, que eran muchos ya mis hermanitos, y pues éramos humildes y lo que él ganaba no era suficiente para varias bocas. Vivíamos en una casita que era de dos piezas, una servía de cuartito y la otra era más grande pero pues ahí colgaban las hamacas y ahí dormíamos también. No recuerdo la dirección de esa casa, sólo recuerdo que estaba en Barrio Bravo, por donde estaba el faro, del lado por donde antes había un cuartel de los soldados que había en esa época, de ese lado. Recuerdo que en ese lugar como a dos calles, ya en el centro, había un campo de futbol, yendo para la playa; y un estadio de béisbol donde está ahorita el teatro de los insurgentes.³² No había luz en esa época. Las noches eran oscuras. Ya vino a haber corriente como a los dos años que me trajeron acá, más o menos.

Pues te digo que mi papá trabajaba en la MIQROO y mi mamá, para ayudarle en los gastos, hacía pan, de ese que se acostumbraba en Corozal, los “queques”, pan batido, pan “de pastel” que le dicen, tamales, en fin, cosas así para vender y ayudarse con el gasto; además lavaba ropa ajena, que por cierto, esa pasaba por mis manos, ropa de soldados, albañiles, etc, aparte de la de la casa, la ropa de todos nosotros; mientras, ella se dedicaba a hacer cosas para la venta y también vendía “bolita”. Pues así se ganaban la vida mis papás y yo, pues a pesar de ser tan joven trabajé mucho con ellos, porque además de lavar ropa ajena como ya dije, atendía a mis hermanitos, atendía la casa, planchaba... Los sábados eran para planchar. Además, mi mamá ayudaba a una viejita que vivía enfrente de nosotros, cruzando el campo, se llamaba Doña Aurelia y era muy buena la señora, Doña “Lelita” le

³²Idem.

decía yo, una viejita que andaba mala de su columna; ella le daba asistencia a soldados y mi mamá y yo hacíamos tortillas a mano para ella, no recuerdo cuantos kilos torteábamos, no se ya, pero sí recuerdo que era todos los días, hacer sus tortillas y aparte las del consumo de nosotros. En esa época no había molinos y había que preparar el nixtamal también. Fue una época muy dura para todos. Yo vivía muy absorbida por tantos problemas en la casa, atender hermanitos y con toda esa responsabilidad, ya que mi mamá salía y yo por ser la mayor tenía que hacerla a veces de mamá y hacerme responsable de la casa.

De esa época recuerdo que había un teatro o cine, no sé que era, el Ávila Camacho, nuestra diversión era el cine. Sobre esto recuerdo que salía una leche “Rainbow” que vendían en una tienda que era de un señor que venía de Corozal y que tenía una tienda aquí; bueno, la cosa es que se juntaban las etiquetas de la leche ésa para cambiarlas por las entradas al cine, ya que por un lado no teníamos dinero y por otro, pues nosotros consumíamos esa leche en casa. Y así íbamos al cine.

Como te digo, éramos muy humildes, recuerdo que también pasaban repartiendo en las casas leche en polvo en bolsitas y a mi me encantaba ir a pedir, siempre me ha gustado mucho la leche, hasta la fecha; me daban mi bolsa de leche y pues estaba dura, era en polvo y estaba buena, pero estaba dura, y así me la agarraba yo a mordiscos. La carne solamente la consumíamos una vez a la semana, si acaso los domingos o en días en que le pagaban a mi papá. En esos días precisamente, cuando mi papá cobraba, iba a pagar a una tienda de por allá donde él agarraba mercancía fiada, iba, pagaba lo que debía y volvía a sacar mercancía para la casa, la despensa para comer; y era muy justa esa despensita, apenas alcanzaba para todos y eso que mi mamá se las tenía que ingeniar para que rindiera. Por eso te digo que pues carne era una o dos veces a la semana cuando mucho que la consumíamos. El pescado sí, pues en aquella época aquí había mucha “chihua” y “liseta”; pasaban vendiendo una que le llamaban “macabí” no sé si es la misma “liseta”, la cosa es que pasaban vendiéndola a las casas ya asada, nada más había que tener cuidado y sacarle las espinitas. Los mismos habitantes de Barrio Bravo eran los que pescaban, asaban y vendían los pescados en las casas. Hasta yo me iba luego con algunos de mis hermanitos, ahí en donde estaba el faro, en unas piedras, unas rocotas que había ahí en la orilla, nos íbamos

con los hijos de Doña Aurelia, a la que te digo que le torteábamos, tenía dos hijos, uno se llamaba Javier y la otra Angela. Íbamos a echar la tarraya y sacábamos “chihuas”, y es que antes el agua llegaba hasta donde está ahora el faro, y estaba entre rocas. El faro estaba a la orilla del mar y nosotros nos metíamos hasta allí, entre las rocas y mientras los varones echaban la tarraya nosotras hacíamos relajo, ya sacábamos el pescado y de ahí consumíamos el pescado en la casa. Era lo que más se consumía de hecho, porque como te digo, todo mundo sacaba pescado y por eso estaba bien barato, y si no había dinero, pues uno mismo iba y lo sacaba de la orilla del mar. Tenía yo como catorce años.

En ese tiempo también recuerdo que se quitaron los militares, porque como ya te dije, antes ahí cerca de la casa, en la misma calle, estaba el cuartel, estaba por donde ahora está el Salón Bellavista. Poco después llegaron unos que les decían los “zapadores”, no sé porqué les decían así. En ese tiempo no había calles por ahí por el cuartel, sino que eran unas brechas muy angostas nada más lo suficiente para darte el paso. De hecho hasta las calles principales del barrio no eran pavimentadas sino de tierra. Bueno, pero decía que se fueron los soldados y llegaron los “zapadores” y esos eran bien vagos, terribles, hasta miedo les teníamos luego, y es que no pasaba ningún autobús por el rumbo de Barrio Bravo y estaba bien oscuro en las noches, aunque ya había corriente eléctrica.

Después de algún tiempo, cuando yo tenía como unos dieciséis o diecisiete años, por problemas familiares que nunca supe cuales fueron, mi papá y mi mamá se separaron. Realmente nunca supe la razón, porque mi papá era muy deportista, cada semana jugaba fútbol, béisbol, que yo recuerde no tomaba, ni fumaba y no era de mujeres. Yo hasta ahorita no entiendo que los motivó a separarse, ni he querido averiguar. A mi mamá pues no tuve oportunidad de preguntarle porque la verdad es que casi no convivimos, porque ella con sus cosas de ventas y yo atendiendo chamacos y todo, pues a mí me trataba pero no como a una hija... Ya tenía una preferida y yo sentía que ella no me quería a como a los demás hermanos que sí crecieron con ella. Yo no me quise ir ni con uno ni con otra, me quise independizar, pensando que yo no me iría a vivir con mi mamá porque ella nada más me quería para trabajar y yo quería hacer otra cosa, no nada más estar metida en la casa, atendiendo hermanitos, lavando, planchando y todo lo que ya te dije; y mi papá quería que

yo me fuera con él para que lo atendiera también y tampoco quise. Me fui a vivir con una señora que tenía su casa a la vuelta de la de mis papás. Mi papá se quedó en Chetumal, en la misma casa, solo, después supe que ya no, se quedó abandonada la casa. Luego vivía en un hotel, unos decían que vivía con una señora, pero ahí sí no sé, no puedo decirte porque nunca lo confirmé, pero nunca tuvo otra pareja fija, nunca. Mi mamá sí, se fue a Corozal y estuvo con otro señor, tuvo dos niños con él. Me venía a visitar a la casa de Doña Aurelia, la viejita... Mi mamá murió en un accidente y dejó a esos dos niños, uno tenía tres años o algo así y la otra niña era más chica. De mis hermanitos, unos se fueron con ella, de hecho, mi hermano Clodio creció con mi abuelita materna, en Corozal, así como yo crecí en Progreso con mi otra abuelita Teresa. Mi abuela materna se llamaba Florencia Ake y tenía una propiedad en Corozal, era una “quinta”, grande, había animales y un montón de árboles frutales, ahí tenía su casita, con un pozo de esos antiguos que se usaban para sacar agua... Recuerdo que nos íbamos a visitarla en carreta cuando todavía vivíamos todos juntos aquí en Chetumal, nos pasábamos ahí dos o tres días y nos regresábamos; estaba lejos y estaba grandísimo ese lugar. Cuando falleció mi abuelita, el rancho se le quedó a un señor que vivía con ella, le decían “el gordo”, y es quien terminó de crecer a mi hermanito Clodio; Roberto vivió un tiempo con mi mamá en Corozal y luego se salió de la casa y se fue a la isla de San Pedro, Belice, la que le dicen “La Isla Bonita”, se dedicó a la pesca, al buceo, se casó e hizo su vida. Ahí sigue viviendo. Los demás fueron haciendo su vida, Lupe vive en Cozumel con Martin, Juanita está en Estados Unidos, Teresa vive en el mismo terreno de Barrio Bravo, mi papá hizo una casita y se lo dejó a ella y a sus hijos. Ahí viven todos ellos, incluyendo familia de su esposo.

Por la razón de que mis papás se separaron empecé a trabajar, primero en el Hospital Morelos, luego en Salubridad y luego en el Hospital Regional, que en esa época pertenecía a Salubridad y donde se atendía también a los pacientes que tenían ISSSTE, porque tengo entendido que el ISSSTE le pagaba a Salubridad por los consultorios que había al frente de lo que era el hospital, es decir, en el mismo edificio, al fondo se encontraba el área de hospital, mientras que al frente se hallaban los consultorios del ISSSTE. Esto estaba en la Avenida Morelos, y en la actualidad el edificio es de SESA siempre.

Recuerdo que antes pasaba yo por el Hospital Morelos y me daba miedo, no se porqué, pero evitaba pasar enfrente de ese lugar. Comencé a trabajar ahí porque un día cuando me acababa de independizar recuerdo que iba por la calle pensando: -“¡Dios mío, tengo que hacer algo, tengo que trabajar!” y pues no lo pensé dos veces, me dirigí directamente al hospital; entrando pensé: -“Y ahora ¿qué hago?”, estaba yo temblando, imagínate, tenía diecisiete años, y en aquella época, una muchacha de esa edad no tenía experiencia en nada ni sabía nada de la vida, nada, porque así nos crecían, con los ojos cerrados nos tenían a las mujeres en esos tiempos. Pues recuerdo que estaba el Doctor Miguel Martínez Villalpando, que en esa época era de peso ahí, era director del hospital Morelos; pues no sé qué me vio, qué cara me vio, si se me notaba lo desesperada, lo angustiada, no sé, la cosa es que me habló y me dijo: -“¿Qué deseas? ¿Vienes a consultar?” y le dije: -“No. Ando buscando trabajo” Y se empezó a sonreír y me dijo: “-¿Qué sabes hacer? Porque aquí nada más hay trabajo de afanadora, o ¿quieres aprender enfermería?” porque en esa época te daban la facilidad de que te enseñaban en los hospitales, no como ahora que lo tienes que estudiar en CONALEP o en otras escuelas y es muy difícil encontrar trabajo de enfermera. Pues le dije que sí, y recuerdo que llamó a una mujer que era jefa de enfermeras en esa época que se llamaba Irene, una bellísima persona, y me puso a su cargo. Así comencé a trabajar, aprendiendo. Me estaban enseñando y aparte me empezaron a pagar. Recuerdo la primera vez que vi un parto, fue un golpe muy impresionante para mí, porque nunca había visto una cosa de esas, ni siquiera sabía cómo nacía una criatura; y recuerdo que el Doctor Martínez Villalpando se reía de mí, porque me ponía muy nerviosa en los partos y en otras cosas del trabajo. Pues gracias a él fue que conseguí mi empleo, y aunque muchos hablaban pestes de él y todo, porque tenía su famita de tener sus asuntos con las demás del hospital, a mí nunca me faltó al respeto ni nada, al contrario, siempre se portó muy decente, muy gente. De ahí me pasaron a Salubridad, como enfermera sanitaria, que es otro tipo de trabajo de enfermería, éramos enfermeras visitadoras, que salíamos a la calle. Nos llevaban a determinada colonia y de ahí a visitar cada casa. Recuerdo que en ese tiempo la ciudad solamente llegaba hasta la colonia de “Las Casitas”, y hacia el sureste, calles como la Calzada Veracruz y la Tampico (Av. Universidad) eran puras brechas; y ahí nos metíamos a hacer nuestras visitas a domicilio. En el hospital dividíamos a la ciudad en cuatro sectores, y entre nosotras las enfermeras nos

dividíamos para cubrir toda la ciudad. Éramos cuatro enfermeras sanitarias y a cada una nos tocaba un sector. Ya ahí me ofrecieron plaza, también por medio del Doctor Martínez Villalpando, en Salubridad, ya estando así me tocó el sector que iba de la Av. Héroes con Chapultepec hasta la Av. Carranza, ya de la calle San Salvador para arriba eran caminos de tierra, no había pavimentación, y la San Salvador era la única de ellas que parecía calle, de tierra, pero calle, ya tenía algunas tienditas, las otras eran brechas. Pues ahí andaba yo con mi maletín, dentro de él andaba yo medicamentos, báscula, expedientes de la gente que visitaba, en fin, lo que se necesitaba. Había señoras que se atendían con parteras e iban luego a Salubridad para sus vacunas, las canalizaban y luego nos las encargaban a nosotras para ir a hacerles sus visitas, para ver que estén sanos los recién nacidos, los pesábamos, los checábamos en todo eso, igual que a las mamás, canalizarlas para que fueran luego a que las revise el médico, que estuvieran bien. De ahí me pasé al hospital Regional, que era nuevo, recuerdo que el mismo Doctor Martínez Villalpando me dijo: -“Van a abrir un hospital y yo voy a ser el director, ¿No te quieres pasar ahí como enfermera, como estabas en el Morelos? ¿O quieres seguir aquí? Porque voy a necesitar personal” Pero a mi me había gustado el área de Hospital y le dije que sí y nos fuimos varias personas con él, algunos del Morelos, otros de Salubridad y los demás quién sabe de dónde, pero armó el personal del hospital. Y sí, fue el primer director del Hospital Regional. Cuando menos me di cuenta, ¡Pum! Ya tenía plaza en el Hospital Regional, porque a mí me dieron mi cambio de Salubridad al Regional y ese cambio me subió de categoría, porque había Enfermera G, Enfermera D, Enfermera A, todos los niveles.

Ahí en el Hospital Regional se trabajaban tres turnos, y cuando me tocaba el turno de tres de la tarde a once de la noche yo sufría, porque me iba caminando ida y vuelta, desde el Hospital, en la Avenida Morelos, hasta la casa en Barrio Bravo, a las once de la noche. Esto te lo comento porque te decía que los “zapadores” eran bien terribles, les tenía yo miedo, porque en una ocasión en una noche en que regresaba yo del hospital, hubo uno que me empezó a seguir, noté que me andaba siguiendo porque yo siempre andaba vigilando atrás, pendiente que no se me acercara nadie, sobre todo hombres, porque empezaba a apretar el paso. Me metí en una casa... que no era mi casa, creo que Dios me la puso en el camino, porque estaba abierta la reja y abierta la puerta, y yo entré como si fuera

mi casa, para que aquél se fuera de largo, recuerdo que iba a tocar la puerta y se abrió y me metí e hice como que estaba cerrando la casa, porque aquél ya se me estaba acercando... No iba yo a llegar a mi casa, y todavía me faltaban unas dos cuadras. Pues dejé la puerta emparejada y por una rendijita observé cuando pasó volteando a ver. Di tiempo a que se adelantara a llegar a su cuartel o de perdida que se adelante más. ¡Y oía yo voces en la casa! Nadie se asomó. Volví a salir, volví a jalar la puerta como estaba, salí y retomé mi camino. Aquél ya iba muy lejos, ya ni volteaba a ver porque pensó que yo ahí vivía. Bendito sea Dios, llegué a mi casa. Ese día sí me espanté y me dio miedo porque los zapadores tenían fama de hacer muchas maldades. Y es que solamente había dos caminos para llegar a la casa y por cualquiera de los dos tenía que pasar delante de una cantina, había dos cantinas, una en cada calle. Pues imagínate, siempre el temor de pasar delante de una de las cantinas, porque no fuera a toparme con ningún borracho. De hecho en otra ocasión, recuerdo a un señor... Don "Nato", que me ayudó una noche que iba yo a tener un percance con un borracho. Regresando a mi casa, saliendo de trabajar, me salió al paso un hombre cerca de una de las cantinas y me estaba jaloneando, me quiso jalonear... También Dios puso en mi camino a este señor Don "Nato", que en gloria esté, porque tengo entendido que ya murió; él era policía en esa época y recuerdo que venía de su casa, él andaba en bicicleta. Cuando vio lo que estaba pasando se acercó y como me conocía, apartó al hombre ése y le dijo que se fuera, porque si no se iba lo iba a llevar, yo no sé dónde, a la comandancia me imagino, porque no sé ni dónde quedaba en ese tiempo; y ya me acompañó a mi casa. Pues así era, ahí me veías, siempre que me tocaba ese turno en el trabajo, apretando el paso hasta que llegaba a mi casa. Eso era una semana corrida, ya que luego cambiábamos de turno, o sea que cada tres semanas me tocaba el turno de las tres de la tarde a once de la noche. Luego de un tiempo, seguía yo trabajando en el hospital ya independizada, y me pasé a vivir con Doña Aurelia de la que te comenté que le torteábamos las tortillas, porque pues nos quería mucho y me ofreció su casa. Esas son algunas de las anécdotas que más recuerdo de ese lugar que es mi barrio... Barrio Bravo.

Barrio Bravo se conocía así porque, no sé si hasta ahora siga siendo igual, pero en ese tiempo, si tenías un enamorado que no fuera del barrio, los muchachos de la colonia no permitían que entrara a verte, porque yo recuerdo que tuve un novio de fuera del barrio, y él

sí entraba, me acompañaba a mi casa al salir de mi trabajo, hacía sus visitas, etc; pero porque él se llevaba con los muchachos de la colonia porque era del mismo equipo de fútbol en el que estaba Javier, el hijo de Doña Aurelia, la señora con quien yo vivía. De hecho, gracias a este muchacho (Javier) yo también participaba en el fútbol, como porrista; nos íbamos hasta Corozal, iba el equipo a jugar y ahí me iba yo también. El equipo se llamaba PRENASA, era el equipo fuerte de por acá. Ya luego terminé con el novio porque empezó a ser muy informal y pues, pasó un tiempo y mejor cada quien por su lado. Ya tenía yo veinte años.

En casa de Doña Aurelia viví hasta que conocí a mi esposo, en 1970. Tenía yo veintiséis años. Mi esposo es médico cirujano, tenía su consultorio en la calle Chapultepec; de hecho ahí vivimos durante un año (en un cuartito detrás del consultorio) cuando recién nació nuestro primer hijo, Jorge, y fue nuestro primer hogar. Él no estuvo en Chetumal cuando nació mi hijo porque se tenía que titular, así que él estaba en esos trámites, esperando la fecha de su titulación en Jalisco cuando el alumbramiento. Ya luego regresó a Chetumal para quedarse. Al llegar, comenzó a buscar trabajo, primero inició cubriendo guardias en el ISSSTE, que a veces no se las pagaban o tardaban en pagárselas, y luego siguió haciendo guardias en el hospital Morelos también, hasta que se empezó a desempeñar como cirujano ahí. Ese consultorio que puso en la Chapultepec era de los Menchaca, de los de las farmacias Menchaca, que en aquél tiempo eran muy fuertes. Como te dije, vivimos en ese lugar como un año más o menos y luego nos cambiamos a una casa en la Avenida Morelos. Durante todo ese tiempo seguí trabajando en el mismo lugar, hasta que mi hijo tenía como tres años, en 1974. Dejé de trabajar para cuidar a mi hijo, primero metía permisos y permisos hasta que ya, dejé el trabajo definitivamente. No me jubilé por causa de mi marido, porque no quiso que yo siguiera trabajando.

Por ese tiempo precisamente recuerdo que pegó el ciclón Carmen; el día que iba a pegar mi esposo no lo creía porque nunca había pasado él un huracán, ni siquiera una tormenta tropical. Recuerdo que él tenía la costumbre de “perderse” al mediodía (rie), entonces yo le dije que estaba anunciado un ciclón, y él me dijo: “-Ah, ni va a pegar nada”, y se fue; entonces me acuerdo que estaba medio nubladón el día, ya para eso, como te dije,

rentábamos una casa en la avenida Morelos, entre las calles Mahatma Gandhi y Cristóbal Colón, era una casa con un patio grande; la cosa es que estaba yo limpiando el patio cuando empezó a nublarse y ya estaba empezando a oscurecer cuando llegó mi esposo y le dije: “-Ya estamos en alerta roja, nos va a pegar el ciclón”, y me dijo: “-No, que ciclón ni que nada”, y se acostó a dormir. Yo me puse a pensar en mi familia, en mi papá, en mis hermanos, que estaban ya casados y con sus familias, pero de todos modos; en mi hermana Teresa y su familia que vivía por Barrio Bravo con su suegra en la casa que era de mis papás, y yo pensaba: “-¿Qué hago?, ¿Cómo los voy a ver?, ¿Cómo les digo que se vengan?” pero no podía hacer nada porque mi esposo estaba bien dormido, mi hijo estaba en el cuarto cuando empezó a llover y a llover, el viento y el viento y yo cerrando la casa. No pude dormir, me asomaba en las ventanas que daban para la calle y veía como se movían los árboles y pensé: “-Dios mío, y ahora, ¿cómo va a ser esto?” Pues me la pasé así, el ciclón pegó ya amaneciendo, porque mi esposo todavía se fue a buscar a unos compadres y los llevó a la casa, ellos iban con una niña, Clarita se llama también, nuestra ahijada, los llevó a pasar el ciclón con nosotros. Sí nos pegó muy fuerte. Recuerdo que nos metimos en el cuarto que daba para el patio, y yo cuando vi que se venía esta cosa tan fuerte, metí a un venadito chiquito que teníamos en el patio, ya que teníamos un pequeño zoológico atrás de la casa, metí al venadito en la cocina de la casa y ahí lo amarré y abrí las puertas del patio y de la calle, la de enfrente; porque nada más veía como una de las camionetas de mi esposo que tenía en la cochera, una Ford azul, se mecía con el viento, se bailaba. Entonces le dije a mi marido: “-Hay que abrir las ventanas de la casa para que no se estallen los vidrios”; y había una ventana grande en la entrada que daba para la cochera, y esa también la abrimos, aunque a pesar de eso, se cuarteó el cristal. Como dije, nos encerramos en el cuarto que daba para el patio, y nomás veía cómo a mi esposo, que en esa época estaba “fortachón”, y al compadre que también estaba “ponchado”, los empujaba el viento, los movía mientras ellos apuntaban la puerta con sus cuerpos para que no se abriera; mi comadre y yo mientras con los chiquillos ya ni en la cama nos podíamos estar tranquilas, nada más estábamos esperando un “tranco” porque ya nada más se oían ruidos: oímos como voló la tapa del tanque de agua, después oímos un “tranco”, de un arbolón de almendra que tenían los vecinos, que les cayó encima de su casa, gracias a Dios cayó en la casa de material que estaba en construcción y no en la de madera donde vivían, ellos se refugiaron

en la casa de material, aunque no estaba terminada, ahí se metieron, gracias a Dios estaba bien hecha la casa porque aguantó el peso del árbol... Yo estaba sentada en el piso con mi hijo abrazado y mi comadre con su hija abrazada mientras mi esposo y el compadre apuntalaban la puerta del cuarto, así estuvimos todo el tiempo. Recuerdo que en un momento me recargué en la pared y nada más sentía como vibraba recio, podíamos oír cómo se rajaban los árboles que teníamos en el patio, que era grande: había árboles de aguacate, de naranja, un mangote grandísimo atrás, pues todos esos los trozó. A dónde fueron a volar esos pedazos, no lo sé, pero cuando pasó todo eso, nada más vimos el patio desolado, el aguacate, sin ninguna hoja, el tronco nomás, a la mitad trozado, el puro tronco, el mango también a la mitad, los demás árboles, nada; una palapa que teníamos atrás voló toda, los animales, pues a unos los pude meter y los que no, se salvaron también gracias a Dios. El patio se veía desierto, todo desolado y fue cuando le dije a mi esposo: “-¿Y ahora?” la casa estaba toda inundada, se mojó todo, pero pues nosotros estábamos bien... Como siempre he tenido la costumbre de tener un poquito de reservas en la despensa, pues no nos la pasamos tan duro. Ahí fue donde mi marido pasó su primer huracán. Al día siguiente pues ya le tocó a él. Dijo: “-Voy a salir”, aunque habían dicho que no salga nadie, pero pues no había suficiente comida, pan sobre todo; recuerdo que salió mi marido con el compadre, y regresaron con una lata de galletas, de esas latas grandes, pues con eso y lo que teníamos ahí en la casa, comimos. Mientras a sacar agua y agua, todo estaba mojado; solamente en el cuarto donde estábamos, ahí sí gracias a Dios, ni agua ni nada nos entró.

En esa casa vivimos dieciocho años, mi esposo siguió trabajando en el ISSSTE ya con su base, y seguía con su trabajo también en el hospital Morelos; y yo pues me dediqué a cuidar casa, hijos, a atender marido, a atender animales, y costuraba ajeno y vendía ropa en mi casa, porque pues como yo trabajaba antes, estaba acostumbrada a tener mi dinero y además me servía para entretenerme, porque mi marido, no es por hablar mal de él, me limitaba con el dinero y pues yo tenía que ver de dónde. Sigo haciéndolo, vendiendo ropa, costurando ajeno, un poquito de todo.

3.4 Mario Gerardo Castellanos Álvarez

Apasionado de la poesía, la música y la buena lectura, el profesor Mario Castellanos es un personaje muy reconocido en la comunidad del magisterio quintanarroense por su amplísima trayectoria. Originario de Temax, Yucatán, estudió su primaria en la escuela pública rural de su pueblo, mientras que su secundaria y estudios posteriores los cursó en escuelas para trabajadores en Mérida, Yucatán y en la ciudad de México, respectivamente. A la par de su formación académica, se desarrolló como escritor y poeta, teniendo grandes profesores y mentores, entre los que destacó Octavio Paz. Ingresó al magisterio en Yucatán y recorrió todo el estado como maestro rural en poblaciones mayaparlantes al ser esta su lengua natal. Arribó a Quintana Roo en 1949 por invitación del profesor Santiago Pacheco Cruz y se desarrolló como maestro rural también en diversas comunidades mayas donde pasó muchas aventuras y vivencias mientras recorría las selvas quintanarroenses. Posteriormente se asentó en la ciudad de Chetumal donde se desarrolló como director de dos escuelas primarias. Se jubiló en 1982 y desde entonces se ha dedicado a su poesía y a su familia.

Esta historia de vida resulta muy significativa para el estudio ya que el papel del magisterio ha sido trascendental para la conformación de la identidad quintanarroense, al ser la educación uno de los pilares de la estructuración social de cualquier nación. La vida del profesor Castellanos, además de presentar lo anterior, también muestra un cúmulo de vivencias y experiencias que reflejan la forma de vida de las poblaciones indígenas del ahora estado.

Chetumal, Quintana Roo, Septiembre de 2008.

Yo nací en Temax, Yucatán, en el año de 1918. Mis padres fueron: el profesor Emilio Castellanos y Severa Álvarez Escalante. Ahí en Temax crecí, allá me hice niño y joven; me habré quitado de ahí como en 1935. De mi infancia recuerdo que mi abuelito era herrero, hacía machetes, coas, cuchillos y así, componía escopetas, y esas cosas, y yo pues lo aprendí, empecé a hacer cuchillitos, cositas; al menos de chamaco es el único trabajo que recuerdo haber hecho. Y, pues parte de mi trabajo con mi abuelito era también ir a buscar carbón para encender y mantener prendida la fragua, Nos íbamos yo y un hermano mío, mi

abuelito y otros, nos íbamos como unas cuatro o cinco personas, íbamos a una milpa x, recogíamos madera, la juntábamos y la quemábamos para hacer el carbón, recogíamos y le echábamos tierra a la madera encendida, y ya apagada, quedaba el carbón. Después la recogíamos y la echábamos en sacos con cuidado, procurando no meter ninguna brasa encendida al saco, porque si no nos dábamos cuenta, se prendía todo el saco. Todas esas cosas las sabía y las hacía yo.

Como todo muchacho, llegué a la edad en la que se tiene que estudiar la primaria, y pues empecé a estudiar y también para mi fortuna, ahí empecé a dibujar, a desarrollar mis habilidades como dibujante. En una ocasión me di cuenta que lloviendo, en el terreno de mi casa, yo adentro de ella, viendo que llueva, observé cómo los pavos se ponían debajo de un árbol, distinguiéndose el macho por la cosa esa que le cuelga del pico, mientras que las pavas no lo tienen y se paran con una sola pata. ¡Todo eso lo dibujé! Y para colmo, ¡me inspiró mi primera poesía! Un pavo, eso fue lo que me inspiró por primera vez. Tenía como doce años. Después ya me ponía a dibujar no solamente pavos, sino todo lo que veía: las casas, los árboles, hasta a la gente en la calle.

Pues eso me hizo conocido entre la gente; familiares, amigos, todos del pueblo; todos conocían y admiraban mis dibujos, hasta llegar al punto en que en la propia escuela primaria me agarraron de dibujante y pasaba al pizarrón en todas ocasiones para copiar cualquier dibujo que me pidieran. De ahí me nació también el gusto por la pintura, no sé cómo me sucedió, porque son cosas que me vinieron solas, porque no tuve ningún maestro, son cosas muy naturales mías. Empecé a pintar letras en edificios de tiendas, las pocas que había en el pueblo; y me pagaron por hacer la nomenclatura de las calles, desde la número 1 hasta quién sabe cual, no me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de una tienda que rotulé que se llamaba “Los Cocos”. El dueño me dijo que me daría la pintura, de aceite, para que perdure, de los colores que yo quisiera, además de que me daría una escalera para que yo llegara hasta lo alto de la pared. Me pidió que pintara unas como tiras que se agarraran de una mata de coco. Pues le hice lo que me pidió y como me lo pidió, quedó muy a gusto con mi trabajo, todo a colores y brillante; pero no estuvo fácil, de hecho recuerdo un incidente. En uno de los días que estaba pintando esta tienda precisamente, se me acercó el dueño y

yo estaba descuidado, estaba pintando y pues mi mente estaba volando, la cosa es que salió de improviso y me gritó para decirme algo sobre mi trabajo pero hizo un movimiento que me sorprendió y perdí el equilibrio y me caí con todo y escalera, ¡Encima de él!; afortunadamente nada grave pasó. Yo me golpeé fuerte y él también, pero solamente enderezamos la escalera, nos calmamos un poco y de vuelta al trabajo. Es una anécdota que siempre recuerdo y que me gusta contar.

También recuerdo que en el pueblo se hacían unas fiestas a San Miguel Arcángel, el patrono de mi tierra, y en esas fiestas recurrían también a mí, porque los ganaderos ya sabían que yo dibujaba, y me llamaban para marcar al ganado, aunque yo le tengo algo de miedo al ganado, me llevaban no solamente para ponerles el número, sino que si algún ganadero admiraba a alguna muchacha del poblado, a ella le dedicaban uno de esos toros, y había que marcarles el nombre de la muchacha al animal; ahí se toreaban seis u ocho toros por tarde, grandes, había mucho ganado; y yo tenía que ponerles el número; si el animal era negro, le pintaba el número de blanco, y si era blanco pues pintaba el número de negro, y así, si era de dos colores el animal, pues yo le buscaba, la cosa es que les grababa el número y el nombre de la muchacha. Esto era todos los días durante la fiesta, una semana completa, en las corridas de toros; corridas que se hacían en entablados improvisados de dos pisos, de maderos. Siempre tenían a los toros “entroncados”,³³ bien amarrados y pues así no había nunca problema para marcarlos y pintarlos, pero recuerdo que en una ocasión, un toro cebú, de esos que traen una joroba tremenda, fuertísimo, que va reventando el lazo que lo detenía, ¡Y yo junto de ese animal, dentro del cajón! ¡Casi sobre del toro! Pero para mi fortuna, el toro de mí se olvidó en ese momento, cuando dijo alzar la cabeza, lo único que buscaba era salirse, y no me tocó; yo me caí desvanecido, pero por el temor, por el miedo que me ocasionó; recuerdo que pensé: “-¡Yo aquí ya me morí!” porque un animal de esos nomás te acaricia y te manda a quién sabe donde, tienen tremenda fuerza. Pues me dio un desmayo y unos que estaban ahí fueron a pescar al toro y otros se quedaron a cuidarme, me llevaron al doctor y ya dijo este: “-No, no tiene nada, solamente fue el susto.” Lo único que ganaba yo por hacer todo esto era que no me cobraban mi entrada y me sentaba en la baranda, donde

³³ Afianzados en los cajones de donde salen al ruedo.

se sientan los muchachos para gustar³⁴ la corrida, y tampoco pagaba nada en el baile de las noches, porque traían orquesta de algún lugar, incluso de Mérida. Tenía yo como trece o catorce años. Ése era mi gane.

Recuerdo de igual manera que para estas mismas fiestas, se traía una virgen de un poblado que ahorita no recuerdo el nombre, y en un barrio de Temax, mi pueblo, se amontonaba toda la gente de ese pueblo a recibirla, porque la traían cargada desde allá, como a diez leguas de distancia, más o menos, diez u ocho leguas; descansaban por ratos, claro, y luego seguían cargando y se cambiaban los señores, no la cargaba un solo hombre sino varios, pesaba. Llegaban a donde estaba la población y la paraban en una mesa, y la gente con sus velas y veladoras, y comenzaban a echar “voladores”,³⁵ y yo de metiche, comencé a rogarle a uno de los mis cuates más conocidos de Temax, ¡Que me diera uno, para probar cómo se hacía eso de echar *voladores*! Y me dijo: “-No, es peligroso, Mario, hay que saber dirigirlo”, a lo que le respondí: “-Mira, yo voy a soltarlo puntualmente”; bueno, lo convencí, y que me da un *volador* y él mismo prendió la mecha; y yo, en lugar de soltarlo, de abrir la mano y que se fuera a donde sea, yo bajé la mano y que se va el volador derecho a la casa del Presidente Municipal, que era de techo de palma de huano. Pues se clavó el *volador* en el huano ¡Y que se prende toda la casa! Entonces hasta lo de la virgen se olvidó, que esto que lo otro, y yo me fui a apagar la casa. Pues de momento hizo un coraje este señor, pero luego le levantaron otra vez la casa, inmediatamente, pues en el monte hay palmas, maderas y todo lo necesario, no pasó a más.

Estudí en Temax mi primaria hasta el sexto año, después, para mi desgracia; bueno, no solo mía, sino de muchos de nosotros en esa época, no había secundarias en el pueblo, y solamente las gentes que en verdad tenían manera de estudiar, posibilidades económicas me refiero, podían ser enviados por sus padres a estudiar a Mérida, principalmente, allá había de todo. Durante mi niñez en los poblados de Yucatán no había mucho en realidad, solamente había primarias; ya luego con el paso de los gobiernos pues sí, cambiaron las cosas en muchos lugares, pero en mi pueblo no. Cuando subió a la

³⁴ En toda el área de Yucatán, el término “gustar” se utiliza a menudo como sinónimo de *ver y/o disfrutar*.

³⁵ Fuegos pirotécnicos.

presidencia de la República el General Lázaro Cárdenas del Río, de entre las cosas que él pensó e hizo, además de lo del petróleo, fue el fundar seis secundarias para hijos de trabajadores, ubicándolas en lugares estratégicos del país, para que tres o cuatro estados aledaños tuvieran acceso a ellas, para que fueran punto de reunión de varios lugares en los que hasta esa fecha no hubiera secundarias. Pues puso una por acá y otra por allá, la cosa es que en el sureste de la república, tocó una en Mérida, Yucatán; fue hasta entonces, ya grande yo, como de diecisiete años, que nos tocó una secundaria junto con Cozumel y el resto de Quintana Roo, Campeche, Tabasco y Chiapas, creo.

Así, en las escuelas del Estado, incluyendo la de Temax, llegaron unas notas, cartas, que decían que como el General Cárdenas había fundado varias escuelas en varios estados de la república, afortunadamente a Mérida le tocó una. Esto fue en 1937, a principios de ese año. Ya estaba listo el local y las instalaciones para la escuela cuando esto, y nos dijeron “-Ya pueden venir”, “-Presenten examen es sus pueblos todos los que quieran estudiar y si traen una calificación regular o buena, entran”. De esa forma yo tuve la dicha de estudiar la secundaria, gracias a la bondad, a la generosidad de tan ilustre presidente, como lo fue el General Cárdenas del Río; porque te repito que estas seis secundarias eran para hijos de trabajadores, para muchachos que no tuvieran recursos para estudiar su secundaria, era con becas; y aún más, el trato de esa escuela era que si un muchacho terminaba la secundaria con excelentes calificaciones, su beca continuaba (y esto era lo más lindo) para sus estudios posteriores, hasta que su esfuerzo se lo permitiera o terminara una carrera x, la que él quisiera; fue un encanto la idea de este señor presidente, que para mí es inmortal.

Pues mi mamá no quería que yo me fuera a estudiar, como toda madre, lloró, porque yo ya estaba grande y vivía con ella. Mi papá era maestro, pero como daba clases en otro lugar, pues pasaba mucho tiempo fuera de casa y yo era su compañía de mi mamá... Tanto tiempo. Me decía: “-No, que tú estás bien aquí, ¿Que vas a hacer hasta Mérida?” y yo le respondía: “No. Yo quiero estudiar”; y ella: “-No, Quédate”, pero yo le decía: “-Yo me voy”; y no quería, pero a como dio lugar, me fui. Me arregló mi ropita y me fui.

Tenía un familiar en Mérida, una tía; ahí llegué primero, le dije a qué iba y al día siguiente me presenté en la escuela. Ya ahí me llevaron con el director, quien ya me tenía en una lista de aceptados. Después se hizo una ceremonia, nos juntaron a todos, hombres y mujeres, y nos presentamos todos: “-¿De donde eres?” “-De Motul” “-De Tabasco” “-De Temax” “-De Chiapas”, así.

Entonces estudié mi secundaria en Mérida, Yucatán, en la Escuela Secundaria Federal para Hijos de Trabajadores, en los años 1937, 1938 y 1939. Pues poco a poco iba yo avanzando, fui saliendo bien, fui saliendo bien. Estaba yo joven, tenía dieciocho años, era un jovenazo, cuando recuerdo llegó a la escuela donde yo estudiaba este gran maestro de la ciudad de México que fue el profesor Octavio Paz, a quien por cierto llegaban a verlo muchísimas mujeres, tanto casadas como solteras, con la intención de verlo porque les encantaba, su físico o no se qué, era para ellas muy atractivo, y nosotros, muchachos al fin, lo notábamos. Cuando se hacía una fiesta, por ejemplo, venían a verlo, y esas fiestas se ponían muy buenas porque uno se ponía a cantar, otro a declamar, así. El profesor Octavio Paz me ayudó a mí mucho en la poesía, por eso no lo olvido. Él trabajaba de planta en mi escuela, pero no me daba clases directamente, era Secretario de no se qué, sin embargo, en una ocasión sustituyó a uno de mis maestros que salió por enfermedad. El director, Octavio Novado, se llamaba, recuerdo su nombre, era de México también; le dio permiso a este maestro enfermo, de ausentarse dos o tres días, o una semana, no me acuerdo bien, y como teníamos programada una excursión, nos puso de maestro sustituto al profesor Octavio Paz, que fue quien nos llevó finalmente. Pues te decía que era un hombre muy exitoso con las muchachas, según las mujeres, era un hombre muy guapo; señoras grandes, jóvenes, casadas, solteras, muchachas, morían por él. Yo ahí en Mérida conocí a una muchacha a la que admiré mucho; nos hicimos amigos, por no decirle novios.

Nos atendieron muy bien en esa escuela, ahí aprendí a boxear, deportes de todo tipo; en las mañanas nos llevaban a marchar en la ciudad, en el Paseo Montejo, para que tuviéramos un poco de “fibra” y al día siguiente era día de deporte, nos despertábamos muy temprano, ahí casi no dormíamos, no como aquí que me levanto a la hora que me da la gana, no; ahí a las seis y media o siete de la mañana, si íbamos a hacer ejercicios militares,

llegaba un cornetero del ejército, de los militares de ahí de Mérida, tocaban la corneta y a formarnos todos, preparábamos nuestras botas, la ropa, todo rápidamente, para formarnos a tiempo y “-¡Firmes!””, nos decían. Así como en la milicia. Y ahí nos íbamos, ida y vuelta, ejercicio tras ejercicio, marcha tras marcha; otro día, deportes, me gustaba el fútbol. En el box era muy bueno, también nadábamos, aprendí varios deportes ahí, afortunadamente. Era yo ya un joven de veintiún años cuando salí.

Poco antes de terminar completamente la secundaria, ya casi al salir de vacaciones, se nos informó que los que teníamos mejores calificaciones íbamos a poder continuar nuestros estudios en la ciudad de México, porque teníamos beca completa, de alimentación, vivienda, todo para que siguiéramos estudiando. Pues yo salí bien, para mi fortuna; y otros llantos de mi mamá, otras tristezas, aunque la gente le decía “-Doña Severa, él lo está haciendo por su bien y por el de usted también, el día de mañana puede ser algo en la vida y le puede ayudar a usted”, y ella respondía: “-Pues sí, pero yo lo siento mucho...”, bueno, me dejó ir.

Pues nos llevaron a Coyoacán, a una escuela que habían fundado específicamente para nosotros, hicieron una casa grande para el dormitorio, un comedor, grande, en fin, una escuela formal, siempre dentro de este programa que te comenté, siempre para hijos de trabajadores, becados todos. Preparatoria Nacional Para Hijos de Trabajadores, se llamaba. Ahí nos reunieron a todos los estudiantes más destacados de las secundarias para hijos de trabajadores de los Estados, los de mejores calificaciones; de verdad era una preparatoria nacional. Eso fue ya en 1940.

Pues formaron una comisión para ir a ver al Presidente de la República, a Los Pinos, y en ese evento el Presidente anunció que íbamos a tener todo y entregó ahí mismo mercancía: aceite, leche, de toda clase de panes, mobiliario para aulas, para cocina, buenas cocineras, todo para que no nos faltara nada mientras estudiábamos, igual que en Mérida, igual. De hecho las actividades eran las mismas, lo único que cambiaba era que en México había más frío y que los días que salíamos a correr, el día de deportes, nos podíamos ir a jugar fútbol al campo militar que se llama Marte, Campo Marte; había un campo de fútbol

grande ahí donde nos dejaban jugar. Al regreso del juego, teníamos que bañarnos, lógicamente, para entrar a clases temprano, y recuerdo que el agua estaba tan fría en las mañanas que las regaderas estaban cubiertas de hielo, hasta que uno abría las llaves del agua y se disolvía el hielo, caía el agua como alfileres sobre el cuerpo de uno, heladísima, y nosotros, sudados, así que venía como gloria el baño, pero muy fría el agua; era muy diferente que en mi estado.

Cuando terminé mi preparatoria en 1941³⁶ me gradué con honores, y bueno, salí con buenisimas calificaciones en Inglés, Francés, Español, etc; lógicamente con el nivel de preparatoria, bachillerato. Hasta ahí estudié. Posteriormente, me regresé a Mérida, porque ahí estaba esta muchacha que mencioné, que fue mi novia en la secundaria, pues nunca la dejé realmente, aunque vivía en México, yo iba cada año a Mérida a verla, en las vacaciones. Pues regresé a Mérida con ella y me casé.

Me decidí a enseñar porque al unirme con la dama, necesitaba trabajar. Me urgía trabajar porque cuando llegué a Mérida saliendo de la preparatoria me ayudaban mis tías y familiares que tenía ahí. Me puse a pensar que el título de bachillerato que tenía me podía ayudar bastante en Yucatán, así que me animé, fui a pedir trabajo de maestro, al magisterio, e inmediatamente me lo dieron; me lo dieron también porque se dieron cuenta de mi habilidad como dibujante, y hacía falta el diseño de material didáctico para las escuelas, pues me pusieron a hacer eso primero, a dibujar el material didáctico.

Poco después, me enviaron primero a una hacienda, después a otra, y así, y así, me cambiaban a cada rato, de un lugar a otro, siempre en comunidades mayas, porque la lengua maya desde pequeño la aprendí a hablar, porque mis abuelos maternos así nos hablaban a todos; ya después la aprendí a leer y a escribir. Así me la pasé de un lado a otro por todo Yucatán, en pueblitos y haciendas donde solamente se hablaba la maya, así hasta que hice trabajado siete años, me dieron plaza; yo tenía que ver con toda la zona indígena, y un amigo mío que trabajaba en Quintana Roo, me dijo una vez: “-Mire, están sacando a muchos maestros de las comunidades, llegan a un poblado, y si no saben hablar maya, los

³⁶ La preparatoria la hizo en dos años, no en tres como actualmente se estila.

mismos pobladores los sacan porque no se pueden comunicar”, y pues cansados de tantas vicisitudes, este amigo, compañero maestro que en paz descansa, le comentó al profesor Santiago Pacheco Cruz, Director de Educación Federal en Quintana Roo, en ese entonces: “-En Mérida tengo un amigazo, que desde que nació sabe hablar maya, se llama Mario Castellanos y conoce muchísimo sobre comunidades mayas” y claro, ya tenía yo siete años en comunidades indígenas. Esto fue en 1949. Así llegué a Quintana Roo, por invitación del profesor Santiago Pacheco Cruz, dado que yo sabía y manejaba la maya y tenía experiencia en comunidades indígenas.

Pues llegando me mandaron a la zona indígena de Quintana Roo, ahí hice diez años, “encerrado”, por así decirlo, en la zona maya, porque nada más iba a Carrillo Puerto a cobrar mi sueldo cada quince días y me volvía a mi comunidad; Yaxley, se llamaba mi primera comunidad, luego me fui a Komchén, que quiere decir “*Pozo en hondonada*”, luego estuve en Yodzonot Poniente, en Santa María, en Chunkunché, en Señor, en esos lugares estuve, pero donde trabajé mas tiempo fue en Komchén.

Estuve primero en Yaxley, ahí me mandaron, y los pobladores no me sacaron como sacaron a los otros profesores que llegaron antes que yo, porque yo llegué hablando maya y eso le dio cierta confianza a la gente; recuerdo que en ese poblado se producía y se consumía mucho alcohol, “arrias” de alcohol; a un litro de alcohol le sacaban dos botellas rebajando el alcohol puro con agua, y aun así quedaba muy fuerte, pues eso se llevaban a sus milpas por las mañanas o lo tomaban en sus casas antes de ir a la milpa. Otra cosa que recuerdo de ese mismo lugar, Yaxley, es que cuando comenzaron los niños a ir a las clases había criaturas de ocho, de diez, de catorce, de dieciséis años, ya grandes; y para mi desgracia, las mujeres ahí en ese tiempo no usaban ninguna prenda de ropa en la parte de arriba, y algunas de las muchachitas ya estaban desarrolladas físicamente y andaban con los pechos al desnudo. Eso me trajo conflictos morales; yo no estaba viejo, estaba en mi punto, y pues tuve que tener muchísimo cuidado. Yo ya le había comentado decentemente y en idioma maya a la gente de la comunidad, que no debían ir las niñas así de descubiertas a la escuela, que si se podían tapar con una toallita o con cualquier cosa, y recuerdo que me dijeron en su modo de hablar: “-No, maestro, si usted vino a dar clases, dé sus clases, pero

no quiera imponernos cosas que vayan en contra de nuestra costumbre, desde que nacemos, porque no lo vamos a aceptar. Pórtese bien usted con nosotros y nosotros nos portaremos bien con usted”. Pues ¿Qué iba a hacer? Pues lo acepté. Pero era difícil, porque a una chamaca de quince años a la que se le está enseñando a escribir en un cuaderno, uno junto a ella, y ella le está untando el seno a uno... ¡pues esa es la verdad!, uno es humano. Todavía recuerdo que eran dieciséis niñas y seis niños en esa clase.

Recuerdo que estando ahí tuve una visita de mi inspector que me medio desubicó porque al darse cuenta de que las niñas no tenían ropa puesta y ya estaban grandes me reclamó y yo le dije: “-Mira, Miguel (porque ese era su nombre, que en paz descanse), yo hablo maya, no como tú, y ya les dije, ya les rogué; pero me dijeron que si venía a dar consejos que mejor agarre mi camino, pero si venía a trabajar como maestro, que están conmigo. El que se vistan o no es cosa de sus costumbres y así lo harán hasta que mueran”. No sabría decir si en la actualidad siguen haciendo eso, pero en esa época sí. Pues este señor Miguel se ofuscó y empezó a querer gritar y la gente lo asustó, lo rodearon con sus machetes y lo corrieron del pueblo, le dijeron: “-Váyase usted y no siga peleando”. Se fue junto con otro profesor que le acompañaba, el maestro Mario Peniche, se fueron de noche, a Chunkunché, otro poblado donde había otro compañero que ya falleció también. Me dejaron solo a mí con el problema. Le dije a la gente que dispensaran a este señor, que no sabe maya y que piensa diferente, no como yo, y así, hasta que los convencí, se calmaron y me quedé. Si no, ni el año hubiera terminado ahí.

Yo dormía primero en la escuela, porque al principio la gente no me quería dar alojamiento en ningún lado, pensaban que era yo maloso o algo así, pero la verdad es que esa gente es muy desconfiada. Ya luego me construyeron un lugarcito para que yo viviera, un cuartito chiquito, un pedacito para que yo durmiera. La comida era otra cosa, me cobraban veinte centavos por un atole en la mañana, otros veinte por otro al mediodía y veinte más por otro en la tarde. Me salía un poco caro, y la comida era muy sencilla. Yo hablé con la gente y les dije que con mucho gusto pagaba mi comida, pero que estaba acostumbrado a comer algo que tenga caldo, algunas cosas fritas, con tortillas calientes, etc. Pues me empezaron a dar frijolitos y otras cosas, y como en esos lugares todo el tiempo

están matando venado, pájaros de todo tipo, etc, pues cambiaron las cosas. Me iba a comer una semana en una casa, otra semana en otra casa y luego en otra y así, pagando una cantidad diaria por cada una de las comidas. Mi sueldo era regular, no recuerdo exactamente cuánto era pero me alcanzaba justo, por eso a veces solamente hacía dos comidas, el desayuno y el almuerzo, mientras que la cena me la brincaba en ocasiones, claro que avisando antes en la casa donde estuviera comiendo esa semana. El desayuno y la cena eran más baratos porque eran cosas sencillas, el almuerzo tenía tortillas calientes y otras cosas y por eso era más caro. Pagaba mi comida cada quince o veinte días. Eso fue en 1950. Trabajé un año en ese lugar.

Debo decir que aquella dama de Mérida, cuando me invitaron a Quintana Roo no quiso venir, quiso quedarse en Mérida y que yo le mandara dinero, así que yo lo hice y le estuve cumpliendo, pero ella pues, una mujer, un año sin ver a su marido; me traicionó... Vivió, incluso tuvo otros hijos; yo le mandaba dinero sin saber nada, quincena tras quincena... Un año estuve así, sin saber, hasta que fui a Mérida de vacaciones, sin avisar, y antes de llegar a mi casa fui a comprar lechuga en casa de una vecina porque iba a pedirle a mi mujer que hiciera un buen bistec, como los sabía hacer, y pues la vecina me recibió sin saber quién era yo, y ahí, donde fui a comprar lechuga me “bañaron”, me laceraron el alma y todo, me dijeron la verdad. Me dijeron que en mi casa vivía un policía, de la motorizada de Mérida, que ahí dormía, que él vivía con mi mujer. La vecina no me conocía, se apenó mucho al enterarse que yo era el marido, me dijo que de haber sabido que ella era mi esposa no me hubiera dicho nada; yo no lo podía creer y le pedí que me mostrara la casa, si estaba segura. Salimos a la calle, a la acera y desde ahí me señaló mi casa diciéndome: “-En esa casa. Ahí vive un policía de la motorizada de Mérida. Su esposa se llama Josefa Reynoso López”. Dijo el nombre de mi esposa. Eso fue todo, pues ya se había “juntado”. Volví a tomar mi maleta y solamente fui a darles un beso a mis hijos. Tuve cinco hijos con ella, tres mujeres y dos varones; son: Gloria, Beatriz, Mario (como yo), y de los más chiquitos no me acuerdo bien, casi no los vi, pero eran cinco mis hijos. Me fui porque moralmente no podía permanecer ahí, así. Mis hijos se los dejé a ella, pero no con la idea mala de abandonarlos, sino porque no podía traérmelos hasta aquí, eran otros tiempos; para venir desde Mérida a Chetumal había que andar mucho; primero desde Mérida hasta Peto,

luego de Peto en camión hasta el kilómetro 50, del kilómetro 50 a Tabi, son como veinte leguas a pie, y luego otras veinte leguas hasta Carrillo Puerto, igual a pie. En todo el camino había milpas por todos lados, sartenejas para tomar agua y todo, pero aún así era un viaje muy cansado y largo.

Después de Yaxley me enviaron a Komchén, donde estuve cinco años. Ahí la vida era mejor, la gente sí andaba vestida, las mujeres, bueno, las mestizas. La gente sí entendía el español; antes de mí habían tenido solamente un maestro en toda su vida, y afortunadamente ese maestro dejó buenas impresiones, por lo que me aceptaron bien, solamente me tuve que dar a conocer. Ahí conocí a mi mujer, a mi actual mujer, la que me acompaña hasta la fecha, a mis noventa años. Cuando estaba enamorando a esta dama, que ahora es mi mujer, sus padres la sacaron de la escuela porque era mi alumna, se dieron cuenta y un pariente de ella vino y me dijo que no podía yo andar enamorando a una alumna y la sacaron. Me hicieron un favor al sacarla porque así sí podía yo enamorarla, porque si seguíamos así, me podían meter a la cárcel y quitarme la plaza. Fueron tiempos difíciles, porque había también ahí mujeres casadas que sí “soltaban la rienda”, (sí me doy a entender, ¿verdad?).

Recuerdo una vez que regresé de cobrar mi sueldo en Carrillo Puerto, me dijo un amigo: “- Tu novia se fue a bailar a Petcacab.” “-¿De verdad?”, le contesté. Y le dije: “- Oye ¿No me acompañarías para ir allá?” Y es que ya se estaba haciendo de noche. Carrillo Puerto estaba a doce leguas de Komchén, y de ahí seis leguas más hasta Petcacab, o sea, dieciocho leguas en total. Y yo estaba regresando de cobrar en Carrillo Puerto apenas. Pues solamente me bañé y ya, ése fue mi descanso. Pues con el amigo me fui a bailar a Petcacab, caminando. Dieciocho leguas caminando en la noche; además del baile y unas copitas que nos echamos allá y de regreso al día siguiente. Mi novia se había regresado más temprano y llegó antes que yo, porque yo tenía otros amigos allá y me quedé un rato más a platicar con ellos mientras que ella sólo fue a bailar y ya. Esos bailes eran diferentes a los de ahora, eran zapateados, nada de abrazarse; cuando iniciaba la música salía un hombre zapateando y le tendía la mano a la mujer y ya se levantaba esta a bailar

con él, como en la jarana yucateca, no se abrazan ni nada. Es muy bonito ese baile y se divertía mucho uno con eso.

En una de esas ocasiones en que andaba de noche entre los poblados, a caballo, saliendo de Carrillo Puerto, antes de llegar a una curvita en el camino, a mi lado derecho había cañaverales, pero no de caña de azúcar, sino como bejucos, pero no recuerdo bien; mientras que del otro lado, a mi izquierda, había un montículo de piedras con una cruz puesta, en donde habían matado a un tal Chávez. Pues era la selva, de noche, a oscuras y yo nada más llevaba mi lámpara de mano, cuando comencé a ver a mi caballo muy diferente, sus orejas y su hocico los movía desesperadamente y quería como volar, y yo me pregunté: “-¿Pues qué pasa aquí?”, pues que me voy asomando en la curvita y veo parado a un hombre, parado en un lado del camino, junto al montículo de piedras con la cruz, a las once de la noche. Yo no le hablé, pero él me preguntó: “-¿No lleva velas?” Y a mi me dio miedo y le contesté: “-No. No llevo compadre, se me olvidó comprar” y me respondió: “-Entonces, llévame en tu caballo hasta tu casa y ahí ya compro yo.” No lo hice. Tenía yo mucho miedo, sobre todo por dos cosas: Que fuera un espíritu o un malhechor. Cualquiera de las dos cosas podían ser; y no llevaba yo ni machete, ni arma, ni nada; y yo sabía que ahí habían matado a un hombre. Pues me aventuré a comprobar y le pregunté: “-¿Tú a dónde vas?” Y me respondió: “-Yo aquí me quedo.” Recuerdo que mi garganta y mi cuello se pusieron muy duros del miedo. Pues que le arranco al caballo que ya tenía ganas de volar; como una legua estuvo corriendo, a galope. Me asustó. Yo todo el tiempo andaba a deshoras de la noche por las selvas de la zona maya, cantando a veces. Y a veces también sentí temor como en aquella ocasión. Había muchas formas de asustar a la gente en la selva, porque es muy peligrosa; por ejemplo, un árbol viejo y grande que se quiebre y sus gajos casi lleguen al camino cuando uno está pasando, espanta enormemente al caballo, se pone muy distinto, después de todo, es un animal; por muy buen caballo que sea, si uno no lo sabe controlar bien, como yo, pues podía haber un accidente.

También recuerdo que en esa región, pero en otro camino, ya llegando a un poblado llamado Señor, había un pueblo abandonado; pues cuando uno pasaba por ahí, poco antes de llegar, al acercarse se escuchaba cómo hablaba la gente, un rumor de gente, no se podían

entender las palabras, pero se identificaban las voces de gente, no hablaban ni maya ni español, pero se oía gente hablando; ¿Quién era? No lo sé, pero al llegar al poblado, se callaban las voces. Al atravesar el caserío abandonado, puro silencio; pero nomás salía uno del otro lado; ¡Y otra vez el rumor! De noche, once o doce de la noche, siempre de noche.

Era muy bonita la vida en la selva de la zona maya, recorrerla a caballo me gustaba mucho. A veces cargaba yo con mi escopeta por si se ofrecía algo; y en una ocasión, después de pasar un poblado, me topé con un enorme venado, estaba comiendo maíz, a las orillas del camino, donde hubo mucho maíz que los milperos ya recogieron y sacaron, pues quedan muchos restos, y eso era lo que estaba comiendo; pues pensé: “-Ahorita tomo mi escopeta, jalo mi caballo aquí a un lado, me meto y lo tiro.” Pues me salí del camino, me bajé del caballo y lo amarré en un tronco seco y me acerqué para tirarle, ya estaba yo casi listo para disparar cuando levantó la cabeza y le vi las dos enormes astas. Enorme y tremendo animal, todo un ejemplar, como para ponerlo en un zoológico. De la impresión que me dio, dudé y pues huyó. También había “tigres”,³⁷ pavos de monte, jabalíes, tepezcuintles, en fin, una lluvia de animales. En las sartenejas habían culebras enormes, y es que en la selva crecen muy grandes, donde no hay mucha gente crecen mucho, en libertad, en las selvas; y en ocasiones se metían a los poblados y se comían alguna gallina o se la llevaban mordida.

Recuerdo muy bien que en la zona maya, en cada “grupito” de dirigentes de cada poblado, existía la obligación moral y material de acudir a otro poblado más grande que se llama Tixcacal Guardia, a adorar a la patrona o patrono de ellos, su santo o virgen, o alguna cosa así; iban unos representantes de cada poblado y se quedaban una semana entera, ahí mismo se ayudaban con la comida y todo, pedían creo limosna³⁸ entre ellos y hacían sus guardias, llevaban también muchas cosas a ese lugar para ayudarse, comida sobre todo. En Komchén vi esto palpablemente, vi que se iba a Tixcacal Guardia un grupo conformado por

³⁷ En toda la zona maya de Quintana Roo existe la costumbre de llamarle tigre al jaguar.

³⁸ Bajo la óptica personal del entrevistado, el apoyo entre vecinos con finalidades rituales es visto como “limosna” y no como parte de una estructura de cooperación comunitaria definida a partir de un sistema cultural y religioso.

los señores más viejos, iban una semana y regresaban, yo no los conocía. Cuando morían eran sustituidos por otros más “jovencitos”, por así decirlo, porque también eran viejos.³⁹

Yo estaba en Yodzonot Poniente en 1955, cuando el huracán Janet. Vivíamos en una casita muy humilde, hecha con horcones y maderas; mi esposa estaba embarazada de una niña. Pues con los vientos se empezó a mover la casa; a mi me preocupaba mucho porque encima de nosotros, como a tres o cuatro metros de altura, se balanceaba un gajo enorme de un árbol gigantesco, de un señor cedro que estaba tan grueso que cinco personas no lo rodeaban con sus brazos. Tenía miedo de que se llegara a caer sobre mi humilde chocita, porque nos moríamos todos, mi mujer, embarazada, y yo. Pues le dije a mi mujer que apenas hacía un mes que acababan de hacernos la escuela, nuevecita, y que nos fuésemos para allá en ese momento, que no quedaba de otra. Pues le puse unos trapos y nos salimos como a las dos de la mañana. Me dirigí a buscar unos caballos; uno para ella y otro para mí; y cuando estábamos a punto de llegar a la escuela, a un par de metros, ésta se cayó frente a mis ojos. Como si le hubiera pasado una aplanadora encima. Le dije a mi mujer: “¿Y ahora, que hacemos?” Yo no me había dado cuenta de que la gente del pueblo se iba a la iglesia a refugiar. Apenas se veía la luz de las veladoras, pero yo no me quise ir para ahí porque los horcones de ese lugar eran más viejos que los de mi casa, que estaban mejor amarrados y eran más fuertes. Pues nos regresamos a nuestra casa a pasar el mal tiempo. Gracias a Dios se empezó a normalizar la cosa y ahí nos amaneció, en nuestra casa.

Después del ciclón, pues estábamos en la selva, no había gas, no había estufas, no había nada, y todos los caminitos, brechas y lugares por donde podía entrar o salir uno del poblado, se habían cubierto del mismo monte que había quedado revuelto. Entonces había que volver a abrir esas brechas con hachas y machetes para que la gente pudiera salir a otras comunidades a hacerse de cositas como ropa seca, comida, azúcar, café, velitas, etc. Iban a Carrillo Puerto. Yo no salí inmediatamente, tenía que ver cómo iba a seguir la cosa. Ya luego me enteré de la magnitud de lo que había pasado, supe que el ciclón había tirado muchas casas en muchos poblados, hasta casas grandes, que murieron muchas personas en

³⁹ Hace clara referencia al culto a la cruz parlante en el Santuario maya de Tixcacal Guardia.

Chetumal, que el mar las jaló y las ahogó, que la gente se refugió en las escuelas y en el hospital, y que todo quedó destruido.

Después de estar en la zona maya, luego de diez años, me pasaron a la zona del Río Hondo, siempre como maestro. Las diferencias principales eran las costumbres; la gente de la zona maya era más aferrada a sus creencias, no las cambiaban aunque yo o cualquier otra persona les hicieran sugerencias, creo yo que eso era en virtud de que no se creían mexicanos, se creían de Belice; todos, de cualquier poblado, hacían referencia a su relación con Belice y claro, todo lo referente al gobierno de México, incluyendo los maestros, les parecía ajeno y en algunos casos, hasta ofensivo. Y eso que desde hacía años, Othón Pompeyo Blanco les había dicho que México era su patria, que no tenían que ver nada con Belice. Ahora que recuerdo, yo estando en la zona maya escribí un himno que se llama precisamente “Territorio de Quintana Roo”, que actualmente está en poder del señor gobernador del Estado. Escribí también otras cosas, poesías mayormente, inspiradas en la forma de vida de la zona maya.

En la zona de la ribera del Río Hondo estuve cinco años en San Francisco Botes. Recuerdo un barquito que iba y venía por la ribera, “El Goyito” se llamaba. Iba hasta más atrás por el río y regresaba a buscar a los que querían ir a Chetumal y de regreso. Las cosas eran muy diferentes, era como si fueran varios territorios, una cosa era la vida en Chetumal y otra era la vida en la ribera, y otra más diferente era lo que se vivía en la zona maya, era a principios de la década de 1960, como 1961 o 62 cuando dejé la zona maya.

Pero bueno, como mencionaba, me enviaron a San Francisco Botes, en la ribera del Río Hondo, ahí también la gente hablaba maya, pero todos entendían también el español. Recuerdo que de este poblado, enfrente, partía una vereda por la cual se podía ir hasta el río, y podía uno cruzar a Belice en una lanchita cualquiera, cruzando el río. Ahí me dediqué a pescar, llegué a pescar muy buen sábalo, tremendos sábalos sacaba, después de clases, algún domingo, o un sábado, yo cargaba con buenos anzuelos y pescado de carnada, que les gusta mucho al sábalo y se lo tragaban entero, y ya los sacaba yo. En otra ocasión, como también sé manejar rifle, tuve la dicha de encontrarme con unos jabalíes en el camino de

una milpa mientras me detenía a tomar agua de mi cantimplora, que llevaba al hombro; y tomando el agua escuché otros pasos entre la basura y la hojarasca del monte, pasos claros que hace un animal; yo pensé que eran los jabalíes que acababa de ver, pero cuando bajé la cantimplora y tomé mi rifle, vi que era un venado, grande, y le apunté y le tiré; de repente, ya no lo vi; entré a buscarlo al monte, por si lo había herido, entré dos o tres veces, sin hallarlo, hasta como a la cuarta vez, creo, fue que lo encontré al pie de un zapote podrido, caído el animal. Lo saqué al camino, lo amarré de las patas y me lo eché a las espaldas y lo llevé. Mi mujer se estaba yendo a casa de su mamá y le dijo un señor, en maya: “-¿Dónde va?”, y ella respondió: “-Voy a casa de mi mamá”, y le dijo este señor: “-Ahí viene el maestro y tiene cargado un venado”, “-¡No me diga!”, respondió mi mujer. Pues lo llevé a la casa donde yo vivía, subiendo un cerro con todo y el venado; era de bajareque y palma la casa, con piso natural,⁴⁰ justo como la casa en la que viví cuando era niño. Lo llevé a la casa y ya todo el pueblo sabía que había venadito, ahí lo repartimos, un kilito para aquí, otro para allá. La hice de ventero de venado.

Estando en San Francisco Botes, en la ribera del Río Hondo, me la pasé muy bien, pude levantar una escuela de mampostería, el gobierno estaba cambiando, y ya después de cinco años más o menos, me cambiaron ya aquí a la ciudad de Chetumal, siempre como maestro, en la primaria Belisario Domínguez. El director de la escuela Belisario Domínguez en ese tiempo se apellidaba España Cruz.

Yo me jubilé en 1982, era yo director de primaria, aquí en Chetumal, de hecho fui director de dos escuelas, de la primaria Francisco J. Mújica y de la Francisco I. Madero. No fui director de ambas simultáneamente, sino que primero hice cinco años en la Francisco J. Mújica y luego tres en la Francisco I. Madero. Me cambié de la J. Mújica a la otra porque la escuela primaria Francisco I. Madero me quedaba cerca de mi casa; me vi en esa necesidad porque cuando llegué no tenía casa propia, vivía en una casita de madera en esa colonia que se encuentra hasta la fecha en la misma avenida, la Venustiano Carranza, la colonia llamada “Las Casitas”. Pues como dije, me quedaba cerca la escuela de la casa, así que me iba caminando un par de cuadras y ya llegaba a trabajar, de por sí me gusta caminar. Estaba en

⁴⁰ Piso de tierra.

el turno vespertino y mis maestros entraban a la una a sus clases, así que salía de mi casa a las doce y media o a las doce en punto y salíamos de la escuela a las cuatro o cinco de la tarde, ya no recuerdo bien. Me acostumbré rápido porque más había yo caminado en la zona maya.

Pues me jubilé y dejé el magisterio. Me siento muy bien. Me levanto a la hora que me de la gana, mis hijos ya todos son grandes, y pues ya no tengo ninguna obligación. Tengo mi pensión, que no es mucha, pero alcanza para mí y para mi esposa. Sigo escribiendo poesías y canciones, algunas de las cuales se publican ocasionalmente en el Diario de Quintana Roo. Tuve seis hijos; cinco vivos y uno muerto. El mayor, Javier, es contador público, luego le sigue Yolanda, luego Wilma, luego Elsa, y Rocío. Nacieron en diferentes lugares. En la ribera del Río Hondo nacieron dos de mis hijas: una en Sabidos y una en San Francisco Botes; los mayores nacieron en la zona maya.

Conclusiones

Presentación

A partir de los procesos históricos desglosados previamente en otros apartados, así como de las vivencias descritas en el capítulo anterior, que sirven de referente representativo del período abordado en este estudio, se pretende argumentar que el mismo devenir social, poblacional, cultural, político y económico que ha sufrido la entidad, ha permitido el surgimiento de un sentido de adscripción claramente particularizado, en el que el elemento constitutivo principal es la diversidad.

Para que tal identificación se haya generado, fue necesaria la conjugación de todos los procesos históricos mencionados, del poblamiento y desarrollo que en precisa medida han dado forma al Quintana Roo de hoy. Así, se pretende argüir que la conformación de la identidad quintanarroense ha sido un proceso paralelo al de la constitución de la entidad, y que la erección de Quintana Roo como Estado Libre y Soberano es de cierta manera, consecuencia de la progresiva maduración de ese sentido identitario que sentó las bases poblacionales, políticas y económicas necesarias para tal suceso.

4.1 La materia formadora...

Año tras año, por el mes de julio, los chicleros invaden el territorio. Vienen de Belice, por Payo Obispo, cruzando el Río Hondo; de Tizimín, y Valladolid y Peto, procedentes de Yucatán y Campeche; entran por Puerto Morelos y Tabcah los que fueron traídos en barcos especiales fletados en Tuxpan. 6 u 8 mil llegan así cada año, de Veracruz y Tamaulipas; de San Luis y de Jalisco; de México, Oaxaca, Tabasco, Campeche, Yucatán; de todas partes: mexicanos. Éstos que ahora son chicleros fueron, cuando la bonanza en Tampico, trabajadores de los campos petroleros, o han sido ferrocarrileros, soldados, cargadores, gente sin oficio, habiéndolos tenido todos. Son hombres sin arraigo, sin familia. De los mil y pico que engancha por la región de Tuxpan todos los años, la negociación de Santa María, apenas el 20 por ciento tienen mujer.

Éstas son, pues, las gentes de Quintana Roo: los empleados, los indios, los chicleros, los comerciantes. De éstos, sólo el indio tiene arraigo en aquél suelo; los otros son, por su naturaleza misma, accidentes; así es que en el territorio hay gente, pero no habitantes; hay hombres, no moradores (Careaga, s/a: 68).

De esta manera, Lorena Careaga describe sucintamente la dinámica del poblamiento que sufría el territorio durante el auge chiclero, en donde tales movimientos migratorios dieron pie a la conformación de una diversidad sociocultural que aún hasta nuestros días pervive como una constante. Acontecimientos significativos como la Guerra de Castas, las dos desapariciones del Territorio Federal, la conformación del comité Pro-Territorio y su lucha social y política, así como la estrechez de vínculos (económicos, políticos, etc.) con la Honduras Británica, son algunos de los puntos angulares de la constitución sociocultural de lo que hoy llamamos Quintana Roo y es precisamente a partir de esos nodos que se construyó (y se sigue construyendo, aunque bajo diferentes contextos), una identidad *sui generis*, que no es india, ni mestiza, ni criolla; que es parte de la identidad nacional mexicana pero con sus propias especificidades y unicidades culturales.

Es importante señalar que las diferencias poblacionales en distintas partes del territorio iban y van más allá de la diversidad de los lugares de procedencia o el origen étnico y/o social, sino que también hay que resaltar la percepción del lugar hacia los migrantes recién llegados; sus formas de valorar el mundo y la realidad marcaban, en gran medida, los patrones de adscripción y la forma en que se auto percibían los individuos en sociedad. Para reforzar mi argumento tomaré como referencia a Victoria Chenaut, quien menciona la impresión que se llevó el entonces subsecretario de Educación Pública, Moisés Sáenz, en su visita al territorio en 1929, refiriendo que cuando éste visitó las islas de Cozumel e Isla Mujeres, encontró una población con un sentido de arraigo más agudo, lo cual se observó en el cuidado del entorno físico, la visión social a largo plazo (establecimiento de familias enteras, vínculos de compadrazgo y en general redes sociales más amplias y fuertes), inclusive en la misma construcción de las viviendas, “hechas como para durar” (Chenaut, 1989: 19), lo que denota la intención de la gente de permanecer en los asentamientos.

Más aún, esa diversidad de la que se conformó (y conforma) Quintana Roo, si bien ha generado incluso que la entidad se perciba como relativamente fragmentada, regionalizada en función de los diferentes procesos de poblamiento y desarrollo que se han sucedido en las diferentes partes o regiones del ahora estado, no han obstaculizado el sentido de cohesión social y el desarrollo de una fuerte noción de arraigo compartido; sino todo lo contrario, han ofrecido un ambiente de acoyo y amparo a todo aquél migrante que no tiene porqué sentirse extraño en una tierra de extraños. El sustento para tal argumento se presenta en el apartado siguiente.

4.2 Los hechos significativos.

La identidad como proceso de autorreconocimiento e identificación con el entorno social, cultural, ambiental, etc; responde a la interacción entre los individuos, al intercambio de cargas y valores simbólicos que otorgan un sentido definido a la convivencia colectiva. Así en el territorio de Quintana Roo, el hecho de que personas de múltiples orígenes, con diferentes referentes culturales, costumbres variadas y concepciones diferenciadas de la realidad hayan compartido lazos familiares, alimentos, carencias, vivencias, ciclones, etc; originó una identificación claramente visible.

Acontecimientos como la fundación formal de Payo Obispo en 1898 y la mitificación que alrededor de dicho suceso se ha desarrollado, no expresan otra cosa más que la construcción en el imaginario colectivo de un sentido de adscripción y pertenencia que busca reproducirse de manera alegórica; y aunque este hecho histórico cae fuera del período estudiado, resulta significativa su injerencia en el tema.

Por otro lado, el gobierno del General Ignacio A. Bravo marcó hondamente la dinámica social del Territorio. Esos largos años de poblamiento forzado y desarrollo a punta de hierro y sangre, flagelaron tanto a la población que sin duda perfilaron un referente psicosocial y cultural unido en torno a este período, unificando criterios entre los individuos a través de la compartición de experiencias y vivencias significativas.

También el auge chiclero y maderero, con el consecuente apogeo que los flujos de capital y el comercio trajeron a la entidad, sin lugar a duda fomentaron una forma de vida muy particular. Específicamente los largos años de intercambio comercial con la colonia inglesa de Belice, influyeron de manera determinante en el entramado cultural y el entretejido simbólico de la población del Territorio.

Otro suceso como la segunda desaparición de Quintana Roo en 1931 y la consecuente conformación del Comité Pro-Territorio, dan prueba del sentido de cohesión que se había desarrollado, haciéndose tangible en las reacciones poblacionales que surgieron a lo largo y ancho de la entidad ante tal acontecimiento. La organización de un

significativo sector de la población que habitaba la región y que insistía en autodenominarse **quintanarroense** para hacer frente al desmembramiento de la entidad, da fe del arraigo social hacia el territorio y del autorreconocimiento como parte de un grupo social diferenciado. Esto nos presenta de manera clara y palpable un enraizado sentido de adscripción que se había generado ya en lo que hoy es el Estado Libre y Soberano de Quintana Roo, y aún en la conformación de una identidad si bien no definida, sí plenamente existente. Como lo refiere Francisco Bautista Pérez:

(...) revisar a fondo aquella gesta de los quintanarroenses del cuarto decenio; la gallarda generación de hombres forjados en el trabajo y la adversidad, pero no obstante satisfechos de su presente, orgullosos de su identidad y, sobre todo, de ciudadanos llenos de confianza en el futuro de un pueblo que fortalecían a diario para legarlo a sus hijos.

Por esto, cuando vino la catástrofe, al amanecer del día 20 de diciembre de 1931, 'resultaba difícil aceptar que ya no eran quintanarroenses'(...) (Bautista Pérez, Prólogo; citado en: Alonso, 1992: 11).

Otro hecho relevante de igual o mayor magnitud, que cambió y marcó la autopercepción y el autorreconocimiento de los quintanarroenses de la época, fue sin duda el episodio del ciclón Janet, acontecimiento que detonó una dinámica poblacional de *unidad*, que reforzó los criterios de identificación que ya eran presentes en la entidad a través del devenir de los acontecimientos previos a 1955. Después del Janet, se vieron establecidos vínculos de reforzamiento social derivados de la impactante naturaleza del acontecimiento referido; y este proceso se vio retribuido y reforzado más aún con el exponencial desarrollo posterior al ciclón.

Más allá de los hechos históricos registrados en innumerables obras, la relevancia del ciclón Janet para el presente estudio gira alrededor de dos aspectos: primero, que el suceso mismo, dado el grado de destrucción y sufrimiento que generó en la población quintanarroense, representa uno de los hechos más significativos que permanecen hasta la fecha en la memoria colectiva, incluso traspasando las barreras generacionales y los

procesos migratorios que con los años se han venido presentando en la entidad, llegando incluso a integrar tintes míticos en el devenir narrativo popular de los hechos, generando a la vez, una identificación común y compartida con los mismos. Segundo, que fue gracias a este desastre natural que el centro del país puso los ojos en Quintana Roo, lo que en gran medida contribuyó a acelerar el desarrollo e identificación de la entidad.

Finalmente, las oleadas de migrantes que arribaron a Quintana Roo en los años sesenta y setenta, así como el desarrollo que se observó a lo largo y ancho del territorio durante esas dos décadas, fungieron como sostén para convertir en realidad el anhelo que gran parte de la población del territorio venía acariciando desde tiempo atrás: la erección del Estado de Quintana Roo,

4.3 La identidad en el Territorio de Quintana Roo.

En definitiva si hablamos de identidad en el período referido se tendrán que considerar forzosamente ciertos matices atribuibles a la propia percepción psicosocial. En el primer capítulo de este trabajo se menciona que la identidad no se da necesariamente en función del lugar de nacimiento, sino que es un sentido de autoadscripción que el individuo va forjando conforme a su experiencia de vida, sus valores socioculturales, su cosmovisión, etc; y bajo esa premisa cabe sustentar el hecho de que en el período estudiado, la mayor parte de los habitantes del territorio de Quintana Roo procedían de diversas regiones del territorio nacional; pero habían desarrollado a través del trabajo, el arraigo hacia una forma de vida, la adecuación hacia una dinámica social y cultural, un sentido de adscripción hacia la entidad.

Esta identidad no era definida o única, más bien era diferenciada y fragmentada, ya que se expresaba de manera diversa en el territorio, pero con la peculiaridad de expresarse unificadamente en lo social, en la convivencia diaria con los vecinos, en la identificación como sociedad diferenciada de aquellas tierras de donde los pobladores eran originarios. Si bien se mantenían las costumbres de los diversos lugares de procedencia de los quintanarroenses de esa época, en el ámbito social se manifestaba una unidad particular que atendía a la autoidentificación con un grupo social, a la autopercepción como payobispenses, cozumeleños, etc, de manera particular, y como quintanarroenses de manera general.

Ya en las postrimerías de la vida de Quintana Roo como Territorio Federal, la mencionada interacción entre gente de distintos orígenes moldeó una manera particular de asumir la existencia, de ver la vida y de vivirla, esto se vio reflejado por ejemplo en la manera de hablar, entremezclando en el léxico cotidiano términos ingleses criollos, regionalismos mayas y la lengua castellana; en la gastronomía, que se vio enriquecida por elementos propios de la región, como quesos europeos, jamones y laterías, entre otras cosas, que se han integrado a la ya de por sí variada dieta peninsular, en la forma de vestir; y en general en la forma de dinamizar las vivencias y la cotidianidad.

Por ello, considero pertinente el afirmar que si bien no existía una identidad consolidada en el período histórico referido, sí existía un sentido de adscripción que iba más allá del arraigo, un sentido de pertenencia hacia un entramado social que se basaba precisamente en la diferencia, no en el lugar de procedencia u origen.

La relación entre los cuatro personajes presentados en el capítulo III es que confluyen en el mismo espacio histórico-social, comparten procesos de poblamiento y dinámicas sociales congruentes con lo revisado en el capítulo II y buscan ser una muestra y nada más; cuatro ejemplos de cómo se fue conformando social, cultural, económica y poblacionalmente Quintana Roo. El que no compartan profesión, lazos familiares, origen social, etc, es precisamente lo que sostiene el argumento de que Quintana Roo se ha construido socialmente con gente totalmente diferente entre sí, una constante observada en el desarrollo poblacional de la entidad y por ende en la identidad. La identidad de Quintana Roo encuentra su solidez precisamente en la diferencia.

Así, estas historias de vida son *representativas* de los procesos de poblamiento que constituyeron la entidad, ya que presentan *diferentes* realidades sociales, económicas, culturales, etc que confluyen en Quintana Roo, y esa es precisamente la condición constante que se observa en la constitución social del Territorio.

Cabe señalar que no se pretenden explicar los procesos históricos abordados en el capítulo II a partir de las historias de vida, sino meramente presentar un panorama de cómo se fue gestando en el imaginario colectivo un sentido de identidad, a partir de los procesos diferenciados de poblamiento, desarrollo económico, diferenciación sociocultural, etc. que sí se desglosan en la cronología presentada. Para ello, reitero, se presenta únicamente una *muestra*, un ejemplo que consiste en cuatro historias de vida *representativas* del período de estudio (1902-1974).

Definitivamente a lo largo del documento se aprecian diferentes apreciaciones sobre lo que se concebía como el Territorio de Quintana Roo en los diferentes gobiernos, ya que se observan (tanto en el capítulo II como el III) diferencias sustanciales en la percepción

social, política, cultural, etc. de lo que *era* (subjétivamente) el Territorio. Esto se observa entre líneas en las historias de vida y claramente en el desglose cronológico que se presenta.

Además, el entrecruzamiento de las diferentes percepciones de la realidad que confluyen en Quintana Roo (a nivel social, político, económico, poblacional, etc.), es lo que constituye la materia prima de la identidad quintanarroense. Como se ha planteado anteriormente, no existe en el caso de estudio una identidad uniforme, sino diferenciada. Y precisamente lo que tienen en común los cuatro casos presentados es una marcada diferenciación al respecto.

Por otro lado, hay que resaltar de nuevo, que existieron múltiples procesos y sucesos que detonaron una cohesión social significativa en el período de estudio, tales como los procesos políticos que resultaron en la desaparición de Quintana Roo en dos ocasiones y que impulsaron movimientos sociales que buscaban restituir la condición de Territorio Federal a la entidad. Otro ejemplo son las catástrofes naturales, como los ciclones (particularmente el Janet), que se convirtieron en catástrofes sociales y económicas, pero que también sirvieron para reforzar los vínculos sociales de los pobladores que por las circunstancias, se vieron obligados a reconocerse y apoyarse ante contingencias de ese tipo.

Nos hemos adentrado en uno de los temas más discutidos dentro de la antropología social. Los estudios identitarios son trascendentales dentro de esta disciplina porque permiten el reconocimiento de la diversidad de los grupos humanos a través de sus contrastes, lo que a la vez nos muestra el vasto panorama de la complejidad humana. Los procesos sociales de definición y adscripción son inherentes a nuestra naturaleza, y su conocimiento nos permite comprendernos un poco mejor.

Sin embargo, lograr lo anterior no es sencillo, ya que precisamente porque somos seres tan complejos y estamos en constante redefinición y autoconstrucción, es que requerimos de métodos y técnicas de estudio social acordes a esa dinámica de cambio constante. Construir estos elementos precisa redefinir los cánones estructurales de las ciencias sociales en general, y al parecer, al menos en este caso, la particularización parece ser la respuesta más apropiada.

Lo cierto es que estudiar la identidad de un conglomerado social tan complejo como lo es la población quintanarroense, forzosamente implica el reconocimiento de las diferencias y las semejanzas intragrupalas, de los contrastes socioculturales que, basados en la diferencia, permiten vislumbrar las primeras trazas de un rostro aún por terminar de conocer.

Ciudad Chetumal, Quintana Roo, Junio 2009.

Fuentes de Información

Bibliografía

Aceves Lozano, J., (1996) “Un enfoque metodológico de las Historias de Vida” en *Historia Oral e Historias de Vida. Teoría, método y técnicas. Una bibliografía comentada*. México, D.F. CIESAS.

Alonso Alcocer, P., (1992) *Cuando Quintana Roo fue desmembrado. (1931-1935)*. México, Congreso del Estado de Quintana Roo, VI Legislatura / H. Ayuntamiento de Othón P. Blanco / Comité Directivo Estatal del PRI en Quintana Roo.

Álvarez Coral, J., (1971) *Historia de Quintana Roo*. Chetumal, Gobierno de Quintana Roo.

Bacon, J., (1999) “Constructing Collective Ethnic Identities: The Case of Second Generation Asian Indians” en *Qualitative Sociology*. No. 2, Vol. 22, pp 141-144.

Barth, F., (1969) *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference*. Boston, Little Brown.

Bautista Pérez, F.

(s/a) *Chetumal*. Tomo I, Chetumal, Fondo de Fomento Editorial del Gobierno del Estado de Quintana Roo.

(2004) *Janet*. México, Gobierno del Estado de Quintana Roo / H. Congreso del Estado de Quintana Roo.

Careaga Viliesid, L., (comp.) (s/a) *Lecturas básicas para la historia de Quintana Roo*. Tomo 6, Chetumal, Fondo de Fomento Editorial del Gobierno del Estado de Quintana Roo.

Careaga Viliesid, L., (comp.) (1990a) *Quintana Roo, Textos de su Historia*. Tomo II, México, D.F., Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Careaga Viliesid, L., (1990b) *Quintana Roo, Una Historia Compartida*. México, D.F., Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Careaga Viliesid, L., (1996) *Quintana Roo. Monografía Estatal*. Tercera Edición, México, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, Secretaría de Educación Pública.

Chenaut, V., (1989) *Migrantes y aventureros en la frontera sur*. México, D.F., SEP / CIESAS.

Cruz Burguete, J., (1998) “El escenario de la sociología de las identidades”, en *Identidades en fronteras, fronteras de identidades*. México, El Colegio de México.

Dachary, A. y M. Antochiw, (1991) *Historia de Cozumel*. México, CONACULTA.

Dachary, A. y S. Arnaiz

(1984) *Estudios socioeconómicos preliminares de Quintana Roo*. Puerto Morelos, Quintana Roo, CIQRO.

(1998) *El Caribe Mexicano. Una frontera olvidada*. Chetumal, Quintana Roo, Universidad de Quintana Roo / Fundación de parques y museos de Cozumel.

García Canclini, N., (1989) *Culturas Híbridas*. México, Grijalbo.

Garzón, A. (Rev.) (1994) *Gran Diccionario Enciclopédico Visual*, Colombia, Programa Educativo Visual.

Gobierno del Estado de Quintana Roo, (1975) *Galería de Gobernadores*. México, Gobierno del Estado de Quintana Roo.

Higuera Bonfil, A.

(1997) *Quintana Roo entre tiempos. Política, poblamiento y explotación forestal, 1872-1925*, Chetumal, Quintana Roo, Universidad de Quintana Roo / Instituto Quintanarroense de la Cultura.

(1992) *Historias y Hombres: El Comité Pro-Territorio de Quintana Roo*, México, Fondo de Publicaciones y Ediciones del Gobierno del Estado de Quintana Roo.

Hirsch Adler, A., (s/a) “Identidad y Carácter Nacionales en México”, en *México: Valores Nacionales. Visión panorámica sobre las investigaciones de valores nacionales*. en: <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/lecvmx055.html>

Hostettler, U., (2004) “Rethinking Maya Identity in Yucatan, 1500 – 1940”, en *Journal of Latin American Anthropology*, No. 1, Vol. 9, pp 187-198.

Hoy, C. (1983), *Breve Historia de Quintana Roo*, Chetumal, Quintana Roo, Edit. “impresora México”.

Menéndez, G.

(1936) *Quintana Roo, Una Interrogación Nacional*, México, Biblioteca de Cultura Social y Política, P.R.I..

(1936) *Quintana Roo. Álbum Monográfico*.

Parsons, T. (1975) “Some theoretical considerations on the nature and trends of change of ethnicity”, en: Glazer, N. y Moynihan, D. P. (Comp.), *Ethnicity. Theory and experience*, Cambridge, M.I.T, Harvard University Press.

Sanders, J., (2002) “Ethnic Boundaries and Identity in Plural Societies”, en: *Sociological Annual Reviews*, No. 28, pp 327-357.

Sartori, G., (2001) *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Madrid, Taurus.

Su Kim, L., (2003) “Multiple Identities in a Multicultural World: A Malaysian Perspective”, en *Journal of Language, Identity and Education*, Año 2, Mes 3, Malaysia, Lawrence Erlbaum Associates Inc., University of Kebangsaan, pp. 137-158.

Torrens, X., (1998) “Racismo y antirracismo”, en Antón Mellón, J. *Ideologías y Movimientos políticos contemporáneos*, Madrid, Tecnos.

Valk, A. y K. Karu, (2001) “Ethnic Attitudes in Relation to Ethnic Pride and Ethnic Differentiation”, en *Journal of Social Psychology*, No. 5, Vol. 141, pp 583-601.

Vallarta Vélez, L., (2001) *Los Payobispenses. Identidad, población y cultura en la frontera México-Belice*, México, Uqroo/CONACyT.

Villa Rojas, A., (1987) *Los Elegidos De Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México, INI.

(1894) *Defensa del Tatado de Límites entre Yucatán y Belice, etc.* Calle de Victoria, num. 15, México, Publicada por el Gobierno de Yucatán, Imprenta de “El siglo XIX”.

Fuentes Electrónicas

Página oficial de Oficialía Mayor del Gobierno del Estado de Quintana Roo

<http://om.qroo.gob.mx>

Archivos

ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO DE QUINTANA ROO.
Fondo Territorio Federal de Quintana Roo / Gobernadores del Territorio 1902-1974.

Entrevistas

Clara Alicia Rosado Acosta. Chetumal, Quintana Roo, Julio 2008.

Manuel Rosado Rivero. Chetumal, Quintana Roo, Junio 2006.

Mario Gerardo Castellanos Álvarez. Chetumal, Quintana Roo, Septiembre 2008.

Olga Canul Canul. Chetumal, Quintana Roo, Septiembre 2008.